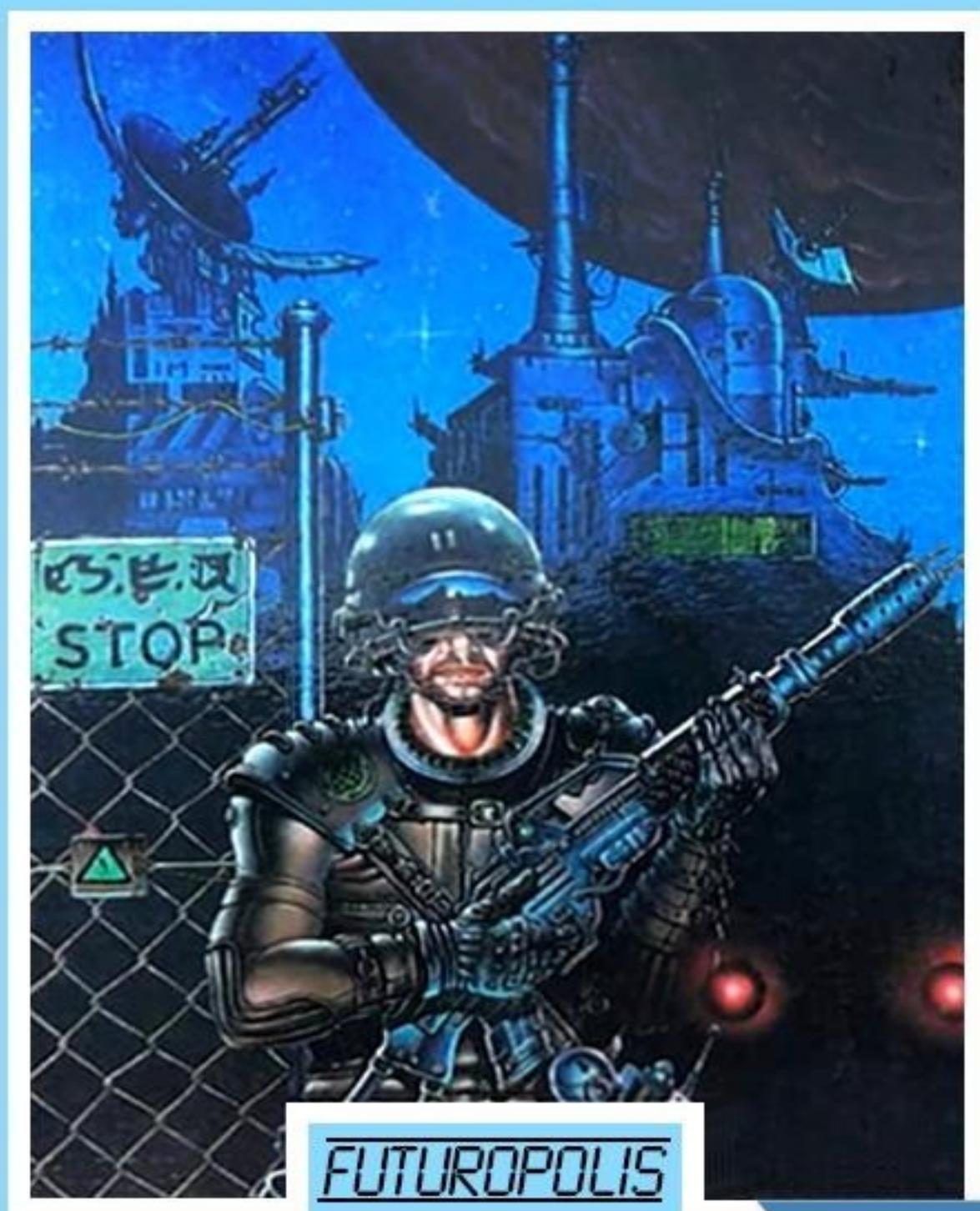


Gordon R. Dickson
**EL ESPIRITU
DE LOS DORSAI**

Cielo Dorsai V



se

Lectulandia

En su mente había demasiadas cuestiones que no podía explicar, cosas que aún no le había admitido ni siquiera a ella. Por ejemplo, la cuestión de su visita a Foralíe, y aquél momento en particular en el que pudo atravesar la puerta, que algunos de los más grandes Graeme, como los hermanos Ian y Kensie, los tíos gemelos de Donal Graeme, ordenaran cegar desde el alféizar hasta el dintel y de lado a lado. Tal como ocurriera con ellos, los descalzos pies de Hal se posaron en el alféizar y la parte superior de su cabeza rozó el dintel. Mas, a diferencia de ellos, sus hombros no tocaron los marcos del costado. Quizá, una vez que recobrará su salud y con algunos años más de crecimiento por delante, tal cosa también pudiera ocurrir. No importaba. Lo que sí importaba era el repentino e intenso sentimiento de unión con los Graeme.

Lectulandia

Gordon R. Dickson

El espíritu de los dorsai

Futurópolis 24: Ciclo Dorsai - 5

ePub r1.0

XcUiDi 18.05.18

Título original: *The spirit of dorsai*

Gordon R. Dickson, 1979

Traducción: Elías Sarhan

Editor digital: XcUiDi

Digitalización y OCR: Grupo de digitalización de exvagos

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny

(1970).

5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).
12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphan Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).
32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).

38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

Prólogo

Era alta, delgada y tan rubia, que su cabello parecía blanco. Su cuerpo irradiaba tal altivez que ningún hombre hubiera podido poseerlo sin sentir su rígida presión. Mientras permanecía sentada con las piernas cruzadas, la mirada dirigida hacia abajo, al valle del planeta Dorsai en el que se encontraba Fal Morgan y las casas que la rodeaban, su rostro poseía la cualidad de un perfil grabado en una moneda de plata.

—Amanda... —dijo Hal Mayne con voz suave.

Perdida en sus pensamientos, ella no le oyó; y el momento parecía tan próximo a la perfección que él sintió dudas sobre si debía perturbarlo. Esa parte de su interior propia de un poeta, que había sobrevivido a los meses en que fuera un guerrillero acosado en Armonía e incluso a la enfermedad y a las brutalidades de la prisión antes de escapar, se agitó de nuevo al contemplarla. Aquí, en el techo de un mundo de guerreros, bajo un cielo limpio y claro, en una época donde la especie humana se hallaba sometiéndose por doquier a las cadenas de una nueva esclavitud, ella portaba una armadura de luz, inconquistable. A su lado, en aquel cuerpo más pequeño, de anchos hombros pero flaco debido a las privaciones y al sufrimiento, se sentía como una especie de pájaro oscuro cuyos huesos y carne estuvieran anclados a la tierra, inclinado justo encima de una entidad depuro espíritu.

Mientras esperaba, los ojos de ella perdieron su abstracción. Como si hubieran permanecido separados por una distancia tan enorme que su voz, pronunciando su nombre, hubiera tenido que proyectarse a través del tiempo y el espacio para llegarle ahora, ella, por fin, se giró hacia él.

—¿Has dicho algo? —preguntó.

—Iba a comentar cuánto te pareces a la fotografía de ella..., la primera Amanda Morgan —afirmó—. Bien podría tratarse de una fotografía tuya.

Ella sonrió brevemente.

—Sí —corroboró—, soy la tercera Amanda que lleva ese nombre y me asemejo mucho a la primera. Suele ocurrir.

—Aún así resulta extraño, que sólo tres de vuestra familia hayáis llevado ese nombre durante más de doscientos años —dijo él—. ¿Cuándo fue tomada esa fotografía tenía ella la misma edad que tú ahora? —inquirió.

—No —sacudió la cabeza—. No la tenía.

—¿De verdad?

—Sí. El cuadro que viste en nuestro corredor fue realizado cuando ella era mucho mayor que yo en este momento.

Él frunció el ceño.

—Es verdad —insistió ella—. Nosotros los Morgan envejecemos muy lentamente... y ella era especial.

—No tan especial como tú —comentó él—. No pudo serlo. Tú eres una Dorsai...,

el resultado final de los Dorsai. Vivió antes de que hubiera gente parecida a lo que tú eres ahora.

—Eso no es cierto —negó la tercera Amanda—. Ella fue una Dorsai antes de que existiera un planeta de Dorsais. Lo que ella fue, es el material del que nuestra gente y nuestra cultura surgieron.

Él agitó la cabeza despacio.

—¿Cómo puedes estar tan segura de lo que fue ella... hace doscientos años estándar?

—¿Que cómo puedo? —Ella le miró durante unos segundos—. De alguna forma, yo soy ella.

Él también la miró.

—¿Una reencarnación? —preguntó.

—No —respondió ella—. No exactamente. Sin embargo, siento algo más..., como si el tiempo tuviera poca importancia. Como si todo fuera lo mismo; ella, allí en el comienzo de nuestro planeta, y yo aquí, al...

—Final de él —sugirió, interrumpiéndola.

—No —le miró de nuevo fijamente con sus ojos grises—. El fin no ocurrirá hasta que muera el último de los Dorsai. De hecho, ni siquiera entonces. El fin se producirá cuando desaparezca el último humano..., ya que lo que permite que nosotros seamos Dorsais es algo que pertenece a todos los humanos; esa cualidad que poseía la primera Amanda cuando nació, allá en la Tierra.

Algo —quizá la sombra de un ave en vuelo—, ocultó la luz del sol reflejada en sus ojos durante una fracción de segundo.

—La tienes en alta estima —comentó pensativo—. No obstante, es en Cletus Grábame y sus libros de texto sobre el arte militar, que escribió hace doscientos años..., es en Donal Grahame y el modo en que unió a todos los planetas habitados hace cien años..., en lo que piensan los demás mundos cuando emplean la palabra «Dorsai».

—Hemos tenido a los Graeme como vecinos desde la época de Cletus —replicó ella—. Lo que se piense de ellos, es merecido, sin duda. Mas la primera Amanda se estableció aquí antes que cualquiera de ellos. Limpió las montañas de bandidos antes de que Cletus llegara; y con noventa y tres años, defendió el distrito Foralie contra las veteranas tropas de Dow deCastries cuando nos invadieron, en la creencia de que no tendrían ninguna oposición por parte de los niños, las mujeres, los enfermos y los ancianos, que eran los únicos que permanecían aquí por entonces.

—¿Quieres decir —intervino Hal— que Dow deCastries intentó apoderarse del planeta Dorsai tras el final de los combates que Cletus mantuvo con él?

—Con todo el potencial de la Tierra a su espalda, en una época en la que se pensaba que la Tierra era más poderosa que todos los demás planetas unidos.

—Sin embargo, ¿no fue Cletus el que suministró las directrices para la defensa de Dorsai entonces?

—Cletus no se hallaba presente. Dejó a dos de sus oficiales, Arvid Johnson y Bill Athyer, para que coordinaran la defensa y proporcionaran a los distritos una visión general de las situaciones estratégicas y tácticas necesarias. No obstante, su trabajo consistió en plantear el esquema militar de la situación, utilizando como guía las teorías y principios de Cletus. Una vez hecho esto, dependía de cada distrito desarrollar su propio plan para enfrentarse a los invasores. Eso es lo que hizo Foralie..., con la certeza de que sufriría el fuego enemigo mucho más que cualquier otro distrito, ya que Foralie albergaba la mansión, y se esperaba que Cletus retomara tan pronto como supiera que Dorsai había sido invadido.

—Entonces, ¿fue la primera A manda la que recibió el encargo de defender el distrito de Foralie por parte de su gente? —preguntó él—. ¿Por qué ella? No era un soldado.

—Ya te lo dije —replicó—. Durante los Años Sin Ley, ella fue la que condujo la operación de limpieza contra los mercenarios forajidos. Una vez que lo hubo hecho —además de conseguir otros objetivos—, y sólo con las mujeres, los lisiados, los ancianos y los niños como única ayuda, el resto de los distritos siguieron su ejemplo y la ley se estableció en todo el planeta Dorsai. Era la persona más preparada para el mando.

—¿Cómo lo hicieron?

—¿Acabar con los bandidos? —inquirió la tercera Amanda.

—No..., aunque también me gustaría escuchar esa historia alguna vez. Lo que quiero preguntar es ¿cómo Amanda y el distrito de Foralie consiguieron derrotar a tropas de primera clase? La mayoría de los especialistas militares parecen creer que los invasores se derrotaron a sí mismos; ya que no había forma de que un puñado de mujeres, niños y ancianos pudiera hacerlo.

—En cierta manera, se puede decir que las tropas se vencieron a sí mismas... ¿no has leído *La Estrategia del Error*, de Cletus? —respondió—. Sin embargo, lo que ocurrió fue producto únicamente de la unificación de nuestras fuerzas contra las debilidades del invasor.

—¿Debilidades? ¿Qué debilidades pueden encontrarse en tropas de primera clase?

Ella le miró de nuevo con esos ojos impasibles.

—No estaban dispuestos a morir a menos que no les quedara otra salida.

—¿Eso? —Hal la miró con curiosidad—. ¿Yeso es una debilidad?

—Comparativamente. Porque nosotros sí que estábamos dispuestos a hacerlo.

—¿A morir? —La estudió—. ¿No combatientes? ¿Viejos, madres...?

—Y niños. Sí. —La armadura de luz que la rodeaba pareció proporcionar a sus palabras una cualidad de certeza más grande que la que él hubiera escuchado en ninguna otra persona—. El planeta Dorsai se formó con gente que estaba dispuesta a pagar con su vida en las luchas de otros mundos con el fin de comprar la libertad para sus propios hogares. No sólo los hombres que partían a la batalla, sino también

aquella gente que permanecía en casa y defendía la misma imagen de libertad, por cuyo mantenimiento vivirían y morirían.

—Sin embargo, por el simple hecho de estar dispuesto a morir...

—Como no has nacido aquí, no lo comprendes —le comentó—. Fue una cuestión de ser capaces de realizar elecciones más duras de lo que la gente menos dispuesta aceptaría. Amanda y las personas del distrito más cualificadas se sentaron y analizaron un determinado número de planes... Todos acarrearían bajas... y estas bajas podrían incluir a la propia gente que analizaba los planes de acción. Eligieron el que le confería al distrito la mayor efectividad contra el enemigo con la menor cantidad de muertos; y, una vez que lo eligieron, todos estuvieron dispuestos a encuadrarse en el grupo de los que habrían de morir en caso de que fuera necesario. Los soldados invasores no poseían nada semejante a ese plan..., ni tampoco ese valor.

Él sacudió la cabeza.

—No lo entiendo —pronunció.

—Es porque no eres un Dorsai. Por ello jamás comprenderás a alguien como la primera Amanda.

—No —corroboró—. Es verdad. No la entiendo.

La miró.

—¿Cómo sucedió? —preguntó—. ¿Cómo actuó ella..., cómo actuaron todos? Tengo que saberlo.

—¿De verdad? —Su mirada estaba fija en él.

—Sí —contestó.

En su mente había demasiadas cuestiones que no podía, explicar, cosas que aún no le había admitido ni siquiera a ella. Por ejemplo, la cuestión de su visita a Foralie, y aquel momento en particular en el que pudo atravesar la puerta, que algunos de los más grandes Graeme, como los hermanos Ian y Kensie, los tíos gemelos de Donal Graeme, ordenaran cegar desde el alféizar hasta el dintel y de lado a lado. Tal como ocurriera con ellos, los descalzos pies de Hal se posaron en el alféizar y la parte superior de su cabeza rozó el dintel. Mas, a diferencia de ellos, sus hombros no tocaron los marcos del costado. Quizá, una vez que recobrar su salud y con algunos años más de crecimiento por delante, tal cosa también pudiera ocurrir. No importaba. Lo que sí importaba —algo de lo que él todavía no estaba capacitado para hablar— era el repentino e intenso sentimiento de unión con los Graeme, inesperado como un golpe, que había surgido en su interior sin previo aviso mientras permanecía en el umbral de la puerta.

—Necesito saberlo —repitió.

—De acuerdo —aceptó ella—. Te contaré cómo fue.

Amanda Morgan

*DE PIEDRA SON MIS PAREDES, MI TECHO ES DE MADERA;
PERO LAS MANOS DE MI CONSTRUCTOR SON MUCHO MÁS FUERTES.
EL TECHO PODRÁ SER QUEMADO Y MIS PIEDRAS DISPERSAS,
PERO NUNCA SU LUZ SERÁ DERROTADA EN LA GUERRA...*

CANCIÓN DE LA CASA LLAMADA FAL MORGAN

Amanda Morgan se despertó súbitamente en la oscuridad, y su dedo se posó de forma automática en el disparador de su pesada arma de energía. Había oído —o soñó que había oído— el llanto de un niño. Despertándose por completo, recordó a Betta en la otra habitación y se enfrentó a la imposibilidad de que su bisnieta hubiera dado a luz sin llamarla. Pero seguro que aquello también formaba parte de su sueño.

Sin embargo, y durante unos pocos segundos más, yació sintiendo la presencia fantasmal de viejos enemigos todavía cerca de ella y de la durmiente casa. El llanto se le había mezclado con un sueño: en él revivió el antiguo y vertiginoso descenso en deslizador, empuñando la pistola, sobre el primero de los campamentos de forajidos. Ocurrió cuando Dorsai aún era reciente; y los campamentos, allá en las montañas, servían como bases para los mercenarios sin trabajo. Finalmente ella condujo a las mujeres del distrito de Foralie contra esos hombres que habían asolado sus hogares durante tanto tiempo, aprovechando los intervalos en los cuales los soldados profesionales de sus propias casas se hallaban lejos luchando en otros mundos.

Lo último que hubieran esperado los forajidos de un grupo de mujeres era un asalto frontal a pleno día. Por lo tanto, eso fue lo que planeó. En su sueño rememoró los llameantes rayos de la pistola atravesando las paredes improvisadas y los cuerpos que se protegían detrás, y el fuego haciendo presa en la madera reseca y los sucios harapos.

Para cuando ella consiguió entrar en algunas de las chozas, un puñado de forajidos ya se había armado y ocupaba posiciones fuera de las estructuras de madera; pero pronto la lucha se desintegró en una mezcla borrosa de armas y cuerpos. Los forajidos eran todos veteranos..., pero, a su manera, lo eran también las mujeres de las casas. Hubo intensos intercambios de disparos por ambas partes; pero, entonces, con su fuerza juvenil aún intacta, ella resultaba un duro rival para cualquier mercenario carente de forma. Además, estaba poseída por una furia que ellos no podían igualar...

Parpadeó, alejando las imágenes de su sueño. Los forajidos ya no existían..., al igual que los Eversill, que habían intentado robarle su tierra, y otros enemigos. Todos habían desaparecido, aunque en su lugar surgieran nuevos adversarios. Escuchó durante un momento más, pero a su alrededor la casa de Fal Morgan permanecía en absoluta calma.

De todas formas, después de un rato se incorporó, quedando durante un segundo

bañada por el frío del aire nocturno mientras alargaba el brazo para coger una bata de la silla cercana a la cama. Una fuerte luz lunar, que se filtraba a través de las leves cortinas, le devolvió su fantasma en la forma de una difusa imagen desde el alto espejo del armario. Un fantasma de sesenta años. Un instante antes de que la bata la envolviera, la delgada pero todavía erguida figura del espejo creó la ilusión de un cuerpo joven, aún en plenitud. Salió de la habitación.

Apenas había dado veinte pasos por el corredor adornado de paneles, con los familiares y silenciosos rifles de aguja y otras armas de combate dispuestas como centinelas en los estantes de ambas paredes, cuando se dio cuenta de que la costumbre aún le hacía llevar la pistola de energía empuñada. La colocó en un anaquel y prosiguió hasta la puerta de su bisnieta. La abrió y entró.

En este lado de la casa la luna brillaba con más intensidad a través de las cortinas. Betta todavía dormía, su respiración era pesada, su hinchado vientre se alzaba como una promesa bajo las protectoras mantas. La preocupación por su futuro niño, que había mantenido ocupada a Amanda durante los últimos meses, retornó a ella con urgencia renovada. Tocó la áspera y pesada manta por encima de la vida nonata, breve y levemente, con la punta de los dedos. Luego dio media vuelta y se marchó. Bajó por el corredor y dobló en una esquina; el reloj que había en la sala, de fabricación terrestre, sonó con el primer cuarto de una hora después de las cuatro de la madrugada.

Se encontraba totalmente despierta ahora, y su mente funcionó con determinación. El parto tendría lugar en cualquier momento; y Betta insistía en querer usar el nombre de Amanda para el caso de que fuera una niña. ¿Acaso se equivocaba al no desear que fuera así otra vez? No podía postergar demasiado tiempo más su decisión. En la cocina se preparó una taza de té. Se sentó a la mesa que había al lado de la ventana y bebió, mientras contemplaba los pinos y las píceas en la pendiente que descendía desde un lado de la casa, para luego alzarse de nuevo ante el cercano horizonte de las colinas, y las cimas de las montañas de más allá, que daban a la Villa de Foralie y a Fal Morgan, junto con otra docena de casas similares.

No podía dilatar durante más tiempo esa decisión. Tan pronto como naciera la criatura, Betta querría ponerle un nombre. Aparentemente, no parecía un asunto demasiado importante. ¿Por qué el nombre de una habría de ser particularmente sagrado? Salvo que Betta no se daba cuenta —nadie en la familia parecía darse cuenta— de cómo el nombre de Amanda había cobrado cualidades de talismán para todos.

La cuestión era que el tiempo la había acorralado. No tenía ninguna seguridad de que ella pudiera aguardar al nacimiento de más niños. Con el problema que seguro surgiría, las probabilidades de que ella fuera lo suficientemente afortunada como para estar aún aquí cuando tuviera lugar el bautizo oficial del niño de Betta disminuían. Pero existía una razón poderosa para apoyar su negativa de todos estos años a autorizar que le dieran su nombre a alguien de las generaciones más jóvenes. Ciertamente

que no era un motivo que se pudiera defender o explicar con facilidad. Sus raíces se asentaban sobre algo tan profundo como la superstición..., la sensación que tenía de que Fal Morgan sólo perviviría mientras ese nombre fuera en la familia como un pilar al cual todos pudieran aferrarse. Pero ¿cómo descubrir antes de tiempo la naturaleza de un niño?

Una vez más había trazado un nuevo surco completo alrededor del problema. Durante unos momentos, mientras bebía su té, dejó que sus pensamientos se deslizaran hacia las coníferas del jardín, que ella misma había comprado, con gran sacrificio económico, cuando por fin las semillas de la Tierra fueron importadas a este mundo al que llamaban Dorsai. Habían crecido hasta bloquear la visión del campo de tiro desde la casa. Durante los Años Sin Ley, nunca habría permitido que crecieran tan altas.

Con los problemas que seguro surgirían con la Tierra, probablemente tendrían que cortarlas por completo..., aunque ese pensamiento iba en contra de algo profundamente arraigado en su interior. Esta casa, esta tierra, todo, constituía la obra que había levantado para ella, sus hijos y los hijos de sus hijos. Se trataba del mayor de sus sueños hecho realidad; y no existía ninguna parte en él, una vez conquistado, del que pudiera desprenderse con facilidad.

Se lo repitió una vez más mientras permanecía sentada en una casa que ya sólo cobijaba dos vidas entre sus paredes. No..., tres, contando al niño que aguardaba su nacimiento y que pronto tendría sus sueños propios. ¿Cuántos años tenía ella cuando soñó por primera vez con cabalgar en el viento?

Aquél había sido un sueño muy antiguo, que le asaltaba incluso despierta..., y que también invocaba cuando estaba a punto de dormirse. Muchas veces se había imaginado capaz de correr a gran velocidad junto al viento, por encima de la ciudad y del campo. En su imaginación corría descalza, y hasta podía sentir la textura del aire en movimiento debajo de sus pies, tan parecido a una alfombra suave y viva. Era muy joven entonces. Pero aquella carrera significaba algo poderoso.

En su imaginación había corrido desde Caernarvon y Cardiff hasta Francia ida y vuelta; no sobre los grandes bancos solares o los densos grupos de las factorías, sino sobre los campos abiertos y las montañas y el ganado, y por encima de praderas repletas de flores donde crecía lo verde y la gente era feliz. En su imaginación, ella corría más veloz y más lejos que nadie.

Nadie era tan ligera como ella. Corrió hasta España y Noruega. Atravesó Europa y llegó hasta Rusia; corrió hacia el sur, hasta el fin de África y, después, a la Antártida y vio a las grandes ballenas todavía con vida. Vio a los vaqueros y a los gauchos tal como una vez habían sido, y conoció a la extraña gente del extremo más oriental de Sudamérica, donde hacía mucho frío.

Corrió hacia el oeste por encima del Pacífico, atravesando el océano de norte a sur. Corrió hasta los volcanes de las islas Hawai, hasta Japón, China e Indochina. Giró hacia el sur, a Australia, y vio desiertos, y grandes rebaños de ovejas y a los

canguros salvajes en sus saltos.

Entonces retornó de nuevo al oeste y conoció las estepas y Ucrania y el Mar Negro y la antigua Constantinopla, y Turquía, y todas las llanuras por las que Alejandro hizo marchar a su ejército hacia el este; y luego regresó a África. Vio extraños barcos con velas infladas en el mar, al este de África, y atravesó el Mediterráneo, hasta llegar a Italia. Posó sus ojos en Roma, con toda su historia, y en los Alpes suizos, donde la gente, cuando no trabajaba duro, cantaba canciones tirolesas y practicaba el alpinismo; y vio muchas cosas, hasta que por fin volvió a casa y cayó dormida en el pecho del viento y en su propia cama. Ahora, con noventa y dos años —una cifra que para ella no significaba nada—, permanecía sentada, a años luz de todo aquello, en el planeta Dorsai, bebiendo té y rememorándolo bajo la última luz de luna que iluminaba sus coníferas.

Se movió, apartó la taza de té vacía y se incorporó. Era hora de comenzar el día..., su brazaletes de control sonó con la nota de una llamada.

Apretó el botón de comunicaciones del brazaletes. La tapa que cubría la pantalla telefónica de la pared de la cocina se hizo a un lado y ésta se iluminó con el sólido rostro de Piers van der Lin. Esa cara la miró: las arrugas que el tiempo había impregnado en ella se marcaban de forma más profunda de lo que jamás había visto. Un sonido de voz tomada se escuchó como fondo de su trabajoso hablar.

—Lo siento, Amanda —la voz era áspera y lenta debido a la edad y a la enfermedad—. ¿Te desperté?

—¿Despertarme? —Sintió cierta tensión en él y eso la alarmó—. Piers, casi ha amanecido. Me conoces lo suficiente. ¿Qué ocurre?

—Me temo que malas noticias... —Su respiración, como la música distante de flautas de guerra, se escuchó entre palabra y palabra—. La invasión de la Tierra ya está en marcha. Acabo de enterarme. Tropas de primera línea de la Coalición..., llegarán al planeta en treinta y dos horas.

—Bueno, Cletus nos comentó que ocurriría. ¿Quieres que baje a la ciudad?

—No —dijo él.

La voz de ella se tornó más aguda a pesar de sus intenciones.

—No seas tonto, Piers —expuso—. Si nos arrebatan la libertad que poseemos aquí, los Dorsais dejarán de existir..., salvo por el nombre. Todos somos prescindibles.

—Sí —aceptó resollando—, pero tú estás al final de la lista. No seas tonta tú, Amanda. Sabes lo que vales para nosotros.

—Piers, ¿qué deseas que haga?

La miró con un rostro marcado por los mismos años que tan ligeramente la habían tocado a ella.

—Cletus acaba de enviarle un mensaje a Eachan Khan en el que le comunica que evite cualquier acto de resistencia. Eso nos deja donde estábamos, es decir: ante la necesidad de elegir al Comandante del distrito. Ya sé que Betta...

—No es eso —interrumpió ella—. Tú sabes lo que es. Por lo menos, deberías. Yo ya no soy tan joven. ¿Quiere el distrito a alguien que pueda plegarse ante ellos?

—Te quieren a ti, a cualquier precio. También lo sabes —comentó Piers con pesadez—. Incluso Hachan aceptó sólo porque tú dijiste que fuera otro el que lo hiciera. No existe persona alguna en el distrito, no importa su edad o nombre, que no salte cuando tú lo pidas. Nadie puede decir lo mismo. ¿Crees que les importa algo el hecho de que ya no eres la misma físicamente? Te quieren a ti.

Amanda respiró profundo. Tenía el presentimiento de que iba a suceder esto. Él continuó:

—Ya se lo he dicho a Arvid Johnson y a Bill Athyer..., los dos que Cletus dejó atrás para organizar la defensa del planeta. En el estado en el que se halla Betta, no te habríamos llamado si hubiéramos tenido otra elección..., pero ahora no queda ninguna...

—De acuerdo —aceptó Amanda. No tenía ningún sentido tratar de evitar lo inevitable. Fal Morgan habría de quedar vacía y desprotegida frente a los invasores. Simplemente, así eran las cosas. Tampoco tenía ningún sentido atacar a Piers. Su cansancio bajo el prolongado ataque de asma era evidente—. Si de verdad me necesitáis, me encantará, ya lo sabes. ¿Les has confirmado a Johnson y a Athyer que lo haría?

—Les dije que te lo preguntaría.

—No hace falta. Deberías saber que puedes contar conmigo. ¿Los llamo y les comento que está todo arreglado?

—Creo que... ellos se pondrán en contacto contigo.

Amanda miró su brazaletes. La diminuta luz roja del teléfono parpadeaba..., indicando que había otra llamada a la espera. Tal vez ese parpadeo comenzó en el último minuto, pero ella lo tendría que haber notado antes.

—Creo que están en línea —señaló ella—. Corto. Me encargaré de todo, Piers. Trata de descansar un poco.

—Dormiré..., pronto —repuso él—. Gracias, Amanda.

—Tonterías —cortó la comunicación y tocó el brazaletes para dar entrada a la segunda llamada.

El contraste era característico de este planeta Dorsai repleto de ellos: un equipo de comunicación sofisticado en una casa construida a mano, con madera y piedras nativas. La pantalla se volvió gris y luego recuperó el color, para mostrar una oficina casi oculta tras el rostro de grandes huesos de un hombre rubio, de poco más de veinte años. La solitaria estrella de vicemariscal brillaba en el cuello de su uniforme de campaña. Encima se veía la cara que una vez pudo ser infantil, pero que ahora poseía un cierto hieratismo, una tranquilidad y paciencia que la envejecían de forma prematura.

—¿Amanda ap Morgan?

—Sí —aseveró Amanda—. ¿Es usted Arvid Johnson?

—Correcto —respondió—. Piers nos sugirió que le pidiéramos que asumiera el cargo de Comandante del distrito de Foralie.

—Sí, acaba de llamarme.

—Tenemos entendido —los ojos de Arvid en la pantalla estaban fijos en ella— que su bisnieta está embarazada...

—Ya le he confirmado a Piers que lo aceptaría —Amanda examinó a Arvid detenidamente. Era una de las dos personas de la que todos ellos deberían depender..., ahora que Cletus se había marchado—. Si usted conoce este distrito, sabe que no hay nadie más que pueda asumir tal trabajo. Eeachan Khan podría hacerlo, pero, en apariencia, su yerno le pidió que estuviera disponible para otras cosas.

—Sabemos que Cletus le pidió que se quedara al margen —dijo Arvid—. Lamento que deba ser usted...

—No lo sienta —replicó Amanda—. No lo hago por usted. Todos lo hacemos por nosotros mismos.

—Bueno, gracias de todos modos —sonrió con un poco de cansancio.

—Como le he dicho, no es una cuestión de agradecimiento.

—Como quiera.

Amanda siguió examinándole con profundidad, a través del océano de años que les separaban. Lo que veía, decidió, era esa nueva seguridad que se captaba en los Dorsais que rodeaban a Cletus. Había algo en Arvid que parecía tan inamovible como una montaña.

—¿Qué quiere que haga primero?

—Habrà una reunión de todos los comandantes de distrito de esta isla en el Punto Sur, a las horas de esta mañana. Nos gustaría que asistiera. Y como Foralie es el lugar al que retornará Cletus —si regresa— puede que reciba una atención especial; a Bill y a mí nos agradaría hablar con usted al respecto. Podemos arreglar que la recojan en la zona de despegue de la Ciudad de Foralie si se presenta allí en una hora.

Amanda pensó con rapidez.

—Que sean dos horas. Tengo cosas que hacer.

—De acuerdo. Entonces, en dos horas. En el punto de despegue de la Ciudad de Foralie.

—No se preocupe —aseguró Amanda—. Lo recordaré.

Cortó la comunicación. Permaneció sentada durante un breve momento, analizando las cosas. Luego llamó a la casa Foralie, hogar de Cletus y Melissa Grábame.

Se produjo una breve espera, y luego la delgada cara de Melissa —la hija de Hachan Khan, ahora esposa de Cletus— cobró forma en la pantalla bajo un pelo revuelto. Los párpados de Melissa aparecían pesados por el sueño.

—¿Quién...? Oh, Amanda —dijo.

—Piers me acaba de pedir que me haga cargo del mando del distrito —le informó Amanda—. La invasión está en marcha y en una hora tengo que abandonar Fal

Morgan para una reunión que se celebrará en el Punto Sur. No sé cuándo, si es que puedo hacerlo, volveré. ¿Puedes llevarte a Betta contigo?

—Por supuesto —la voz y el rostro de Melissa despertaban a medida que hablaba—. ¿Cuánto le queda?

—Dará a luz en cualquier momento.

—¿Puede moverse?

—Casi en cualquier cosa menos a caballo.

Melissa asintió.

—Iré a buscarla con el deslizador en unos cuarenta minutos. —Miró a Amanda desde la pantalla—. Sé que... tú preferirías que me quedara con ella allí. Pero no puedo dejar Foralie ahora. Se lo prometí a Cletus.

—Lo entiendo —comentó Amanda—. ¿Sabes cuándo volverá Cletus?

—No. En cualquier momento..., como Betta —su voz bajó de volumen—. Nunca estoy segura.

—No. Supongo que él tampoco —Amanda contempló durante un segundo a la mujer más joven—. Haré que Betta esté preparada para cuando llegues. Adiós.

—Adiós.

Amanda cortó la comunicación y se dispuso a despertar a Betta y a prepararle las cosas. Una vez hecho esto, había que organizar la casa para un período de unos días en los que estaría deshabitada. Betta esperaba hundida en una silla de la cocina, mientras Amanda finalizaba la programación de los controles automáticos de la casa para ese intervalo.

—Puedes llamarme de cuando en cuando a Foralie —le dijo Betta.

—Cuando me resulte posible —repuso Amanda.

Alzó la vista y vio el rostro normalmente abierto y amistoso de su bisnieta, ahora hinchado y pálido por encima del *cardigan* que la envolvía. Betta se mostraba muy eficiente en tiempos normales; sólo en emergencias como ésta era cuando tendía a hundirse. Amanda contuvo su propio umbral mental crítico. La situación no resultaba fácil para Betta, a punto de dar a luz mientras su marido, su padre y su hermano se hallaban fuera del planeta, en alguna batalla, y —tal como era la naturaleza de la guerra— con la posibilidad de que ninguno de ellos volviera. Ahora sólo quedaban tres hombres en la casa de los ap Morgan, y únicamente dos mujeres; y una de esas dos, la propia Amanda, se encargaría de un trabajo que podría acabar al final de una cuerda o ante un pelotón de fusilamiento. Ya que no se engañaba sobre el hecho de que los terrestres de la Alianza y de la Coalición lucharían contra los civiles del mismo modo que los soldados de los mundos más jóvenes.

No servía de nada pensar en el carácter de Betta ahora. No les ayudaría a ninguna de las dos..., escuchó una vibración que se aproximaba desde el exterior hacia la casa y que creció en intensidad justo fuera de la puerta de la cocina, hasta que se detuvo.

—Melissa —comentó Betta.

—Vamos —le dijo Amanda.

Abrió el camino hasta el exterior. Betta la siguió, con cierta torpeza, y Melissa, con Amanda, la ayudó a entrar por la escotilla abierta del deslizador.

—Te llamaré cuando tenga tiempo —repuso Amanda besando fugazmente el rostro de su bisnieta.

Los brazos de Betta se apretaron con fuerza en derredor suyo.

—¡Mandy!

El diminutivo de su nombre, que habitualmente usaban sólo los niños pequeños y el repentino ruego desesperado en la voz de Betta, hizo que surgiera una oleada de empatía entre ellas. Por encima del hombro de Betta, Amanda vio la cara de Melissa, tranquila y a la espera. A diferencia de Betta, Melissa despertaba a toda su plenitud en épocas de crisis..., era en los tiempos normales cuando la hija de Eachan Khan perdía su camino.

—No te preocupes por mí —comentó Amanda—. Estaré bien. Cuida de tus propios deberes.

Empleando un poco de fuerza, se liberó y las despidió con un gesto de la mano. Permaneció allí durante un segundo más, observando cómo el deslizador bajaba la pendiente. La despedida de Betta había despertado algo sombrío en ella, que aún seguía en su interior. Melissa y Betta. Cualquiera..., ser una mujer sólo útil la mitad del tiempo no servía. La vida requería que se fuera operativa en todo momento y en cualquier estación.

Ése era el problema con un nombre-talismán como el suyo. Ella, su propietaria, debía ser operativa de esa manera, en todo momento. Cuando alguien con semejante capacidad naciera en la familia, podría liberar el nombre de Amanda, que hasta ahora había negado a todas sus descendientes. Como se lo había negado a Betta para su niña. Sin embargo..., sin embargo, no era correcto impedir el uso del nombre para siempre. A medida que cada generación se alejaba de su propio tiempo, ésta y los acontecimientos relacionados con ella se volverían cada vez más legendarios, más y más irreales...

Por milésima vez apartó el tema de su mente y se volvió para cerrar Fal Morgan. Atravesando el largo pasillo, deslizó sus dedos durante un instante por el negro friso. Casi pudo sentir una calidez viva en la madera, como si el corazón de la casa latiera. Pero ya no había nada que pudiera hacer para protegerla. En los días venideros, también la casa habría de correr sus riesgos.

Quince minutos más tarde, se hallaba a bordo de su propio deslizador, pendiente abajo en dirección a la Ciudad de Foralie. A su espalda llevaba una mochila pequeña, mucho más que la que habían preparado para Betta. Bajo su cinturón acomodó una pistola pesada de energía con carga llena y en perfecto funcionamiento. En el largo anaquel de armas del deslizador había una vieja escopeta de perdigones, con su limpio y buen cañón reemplazado poco antes por uno oxidado y antiguo pero que aún funcionaba. Cuando llegó al pie de la pendiente y comenzó a subir por la colina, sus ojos se fijaron en las montañas y Fal Morgan, de momento, quedó aparcada en su

mente.

El deslizador zumbó pendiente arriba, a sólo unos centímetros del suelo. Por entre las píceas y los pinos, resplandecía el sol de las tierras altas. La tierra fina, rota por afloramientos de cemento y cuarzo, era de color marrón, cubierta aquí y allí por manchas verdes. El aire resultaba frío y ligero, pues todavía no había sido calentado por el sol. Respiró llenando sus pulmones. Hacía casi un siglo que su propia madre había bautizado a este aire con el nombre de *el vino de la mañana*.

Llegó a la cima de la colina y las montañas la rodearon por todos lados, hombro con hombro como amistosos gigantes, comenzó el descenso rumbo a Foralie que ahora era visible a lo lejos, distante y pequeña en el recodo del río. El cielo aparecía brillante y claro con el nuevo día. Únicamente unas nubes diminutas, perdidas aquí y allá, anulaban su perfección. Las montañas resultaban inaccesibles. Había gente que quedaba desconcertada por la roca desnuda, por sus remotas y heladas cimas, pero ella las encontraba honestas..., seguras, fuertes y resistentes, hermanas de su alma.

Aun después de tantos años, un sentimiento profundo vibró en ella. Ya no se trataba simplemente del hogar que había levantado, sino que en sí misma había desarrollado un amor enorme por este mundo. Lo amaba como amaba a sus hijos, a los hijos de sus hijos, a sus tres maridos..., cada uno diferente, inigualable a su manera.

Lo amaba tanto como amara a su primogénito, Jimmy, durante todos los días de su vida. Pero ¿por qué tendría que amar tanto a Dorsai? Recordó las montañas de Gales..., hermosas montañas. Pero cuando vino aquí por primera vez, después de la muerte de su segundo marido, algo de esta tierra, de este planeta, le habló y la reclamó con una voz distinta de cualquiera que hubiera escuchado jamás. Los dos, de forma extraña, se unieron, para siempre, sin posible separación. Un afecto peculiar, fuerte, casi doloroso la selló a él. ¿Por qué un simple planeta, un lugar de agua, tierra, aire y cielo normales podía conmoverla en esa medida?

Ahora descendía velozmente por la curva más suave de la pendiente que conducía a la Ciudad de Foralie. Podía distinguir el sendero marrón del camino del río avanzando en paralelo a la serpiente de agua azul que se torcía hacia el este y penetraba por un pliegue de las montañas; y en dirección opuesta a la ciudad, subiendo hacia el oeste hasta que desaparecía entre las rocas más altas, donde se encontraba su fuente en los estratos permanentes de agua helada a seis mil metros de altura. Pequeñas arboledas de la nativa variedad de madera flexible se interpusieron y pasaron como obturadores entre ella y la visión de la ciudad a medida que descendía. Aunque a esa hora no observó ningún tráfico. Veinte minutos más tarde, llegó hasta el camino que, paralelo al río, circundaba a todo el pueblo, giró a la izquierda, corriente arriba, hacia los edificios que ya estaban próximos.

Pasó por detrás de un grupo de árboles de madera blanda y cerca de la fábrica de la ciudad y del vertedero, que ahora la separaban del muelle fluvial que permitía que el tráfico del río descargara directamente a la fábrica. A esa hora tan temprana, se

hallaba en silencio e inactiva. El sol parpadeó en el pequeño hueco de la válvula de deshecho de la unidad energética de la fábrica sobre el montón de desperdicios, restos metálicos y material reciclado de toda clase.

Dorsai era un mundo pobre en tierras fértiles y en la mayoría de los recursos naturales; aunque obtenía productos derivados del petróleo de las orillas hundidas de las muchas islas que ocupaban el lugar que hubiera debido corresponder a los continentes en el acuoso planeta. De modo que el petróleo había sido el combustible elegido para alimentar el generador energético de la fábrica. Lo que hacía funcionar al generador era tan sofisticado como cualquier herramienta que se pudiera encontrar en la Tierra, pero el vertedero resultaba tan primitivo como el que pudieron haber diseñado los primeros pueblos pioneros. Como su Fal Morgan y el equipo de comunicaciones de la casa.

Detuvo el deslizador y salió al exterior, recorriendo una docena de pasos hacia la maleza que crecía más allá del camino desde el vertedero. Extrajo la pistola de energía de su cinturón y la colgó de una rama baja de un arbolillo, donde las hojas verdes que la rodeaban la ocultarían a cualquiera que no se hallara a una distancia de medio metro. No quiso esconderla más. La ancha flecha de su culata, marca de los ap Morgan, haría que cualquier habitante de este mundo que pudiera tropezar con ella la reconociera.

Regresó al vehículo en el momento en que una puerta metálica lateral de la fábrica se deslizaba sobre un costado ruidosamente. Jhanis Bins salió; empujaba una carretilla con desperdicios en la que destelleaban reflejos plateados de polvo metálico.

Amanda se le acercó mientras él conducía la carretilla hasta el vertedero y volcaba su contenido en la válvula de deshechos. Con un empujón la llevó de nuevo al sendero y le hizo un guiño a Amanda. La edad y la enfermedad lo habían agostado casi hasta dejarle en los huesos, pero aún había fuerza en su cuerpo, aunque poca resistencia. Por encima de la vieja cicatriz de cuchillo que llegaba hasta sus ojos, éstos irradiaban un humor sardónico.

—¿Polvo de níquel? —inquirió Amanda indicando con la cabeza lo que Jhanis acababa de tirar.

—Correcto —repuso. Al igual que sus ojos, su voz tenía una nota de humor sombrío—. Te has levantado pronto.

—Tú también —replicó ella.

—Hay mucho que hacer —le ofreció una mano—. Amanda.

Ella la tomó.

—Jhanis.

La soltó y sonrió de nuevo.

—Bueno, vuelvo al trabajo. Suerte, Comandante... señora.

Giró la carretilla de regreso a la fábrica.

—Las noticias viajan deprisa —dijo ella.

—¿De qué otro modo podría ser? —comentó él por encima del hombro, y entró en el edificio.

La puerta de metal rodó sobre su raíl y se cerró detrás suyo.

Amanda montó otra vez en el deslizador y lo dirigió a la ciudad. Cuando llegó a una calle justo al lado de la avenida principal, vio a Bhaktabahadur Rais, que limpiaba el sendero flanqueado por un jardín de flores que constituía la entrada a su casa; sostenía la escoba un tanto extrañamente, aunque con firmeza, entre los rígidos dedos artríticos de la mano que le quedaba. La manga vacía del otro brazo estaba prolijamente sujeta justo por debajo de la articulación del hombro. El pequeño hombre cetrino sonrió con calidez cuando el deslizador se posó en el suelo, momentos antes de que Amanda parara su motor enfrente de él. No era más grande que un niño de doce años, y a pesar de tener casi la misma edad que ella, se movía con tanta ligereza como un muchacho.

Llevó la escoba consigo hasta el deslizador, la apoyó contra su hombro y saludó. Un aire cierto travieso emanaba de él.

—De acuerdo, Bhak —anticipó Amanda—. Hago lo que me piden. ¿Los jóvenes y sus Mayores abandonaron ya la ciudad?

Él se puso serio.

—Piers les mandó fuera hace dos días, —replicó—. ¿No lo sabías?

Amanda negó con un movimiento de cabeza.

—He estado ocupada con Betta. ¿Por qué hace dos días?

—Se marcharon antes de que confirmáramos que las tropas de la Tierra se dirigían hacia aquí —tomó la escoba de nuevo con su mano—. Si nada hubiera ocurrido, habría sido fácil hacerlos regresar después de unos días. Si me necesitas para algo, Amanda...

—Te lo pediré, no te preocupes —aseguró ella. Sería más fácil para Bhak en cualquier momento luchar que soportar la espera. El *kukri* aún estaba en su funda curva sobre la repisa de la chimenea—. He de ir al Ayuntamiento.

Elevó el deslizador con la fuerza de las hélices. Su zumbido atronó en la quietud de la calle.

—¿Dónde está Betta? —Bhak alzó la voz.

—En Forahe.

Él sonrió de nuevo.

—Bien. ¿Alguna noticia de Cletus?

Sacudió la cabeza y dirigió el deslizador calle abajo. Giró en la avenida principal, después de la última casa de la esquina, pero, de repente, se detuvo y dio marcha atrás. Una niña regordeta, de largo cabello color castaño y una cara de facciones apretadas, se hallaba sentada en el escalón del porche de su casa. Amanda detuvo el deslizador, salió de él y se encaminó a los escalones. La niña alzó los ojos hacia ella.

—Marte —dijo Amanda—, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no te marchaste con los demás niños?

El rostro de Marte cobró una expresión levemente malhumorada.

—Me quedo con mi abuela.

—Pero tú querías ir con uno de los grupos —comentó con suavidad Amanda—. Me lo dijiste tú misma la semana pasada.

Marte no respondió. Se dedicó a mirar con fijeza el cemento del sendero que discurría debajo de sus piernas. Amanda subió los escalones y entró en la casa.

—¿Berthe? —llamó mientras la puerta se cerraba detrás de ella.

—¿Amanda? Estoy en la biblioteca.

La voz que le replicó era lo suficientemente profunda como para parecer la de un nombre, pero cuando Amanda la siguió hacia una habitación a su derecha, la vieja amiga que halló frente las repletas estanterías, sentada ante un escritorio y escribiendo en una hoja de papel, era una mujer incluso con más años que ella.

—Hola, Amanda —saludó Berthe Haugsrud—. Estoy escribiendo algunas instrucciones.

—Marte aún se encuentra aquí.

Berthe se reclinó contra su silla y suspiró.

—Es su elección. Quiere quedarse. No tengo el valor para obligarla a marcharse si ella desea permanecer aquí.

—¿Qué le dijiste? —Amanda fue consciente del tono de su voz, más agudo de lo que deseaba.

—Nada —Berthe la miró—. No puedes ocultarle las cosas, Amanda. Es tan sensible como... cualquiera. Lo captó..., del aire, de los otros niños. Aunque no comprenda los detalles, sabe lo que con toda probabilidad sucederá.

—Es joven —dijo Amanda—. ¿Cuántos años tiene..., menos de diecisiete?

—Pero no tiene a nadie salvo a mí —repuso Berthe. Sus ojos eran negros y directos debajo de los arrugados párpados—. Sin mí, se quedaría sin nadie. Oh, ya sé que todos en la ciudad cuidarían de ella, mientras pudieran. Pero no sería lo mismo. Aquí, en esta casa, solas nosotras dos, puede olvidar que es diferente. Puede imaginar que es tan brillante como cualquiera. Si le quitas eso... Se miraron mutuamente durante un momento.

—Bueno, es tu decisión —repuso Amanda dando media vuelta.

—Y de ella, Amanda. Y de ella.

—Sí. De acuerdo. Adiós, Berthe.

—Adiós, Amanda. Buena suerte.

—Para ti también —replicó Amanda con seriedad—. Para ti también.

Salió y tocó levemente la cabeza inclinada de Marte al pasar a su lado. Marte no se movió ni respondió. Amanda montó otra vez en el deslizador y giró en la esquina, bajando por la avenida principal en dirección a la caja cuadrada de cemento que era el Ayuntamiento.

—Hola, Jenna —saludó cuando entró en el despacho exterior—. Vengo para jurar el cargo.

Jenna Chalk alzó la cabeza de su escritorio situado detrás de la barra que dividía la oficina exterior en dos. Era una mujer agradable, con cabello rubio, pequeña y que aún no había cumplido setenta años; ofrecía el aspecto de cualquier cosa menos de la ex-mercenaria que había sido.

—Bien —repuso—. Piers te está esperando. Traeré los papeles e iremos a su despacho...

—¿Todavía se encuentra aquí? —inquirió Amanda—. ¿Qué hace esperando?

—Quería verte.

Jenna deslizó las manos por los dos soportes de las muletas que había reclinadas contra su escritorio y se puso de pie. Apoyándose en una muleta, cogió la carpeta de su mesa de trabajo y se volvió para bajar por el pasillo que había detrás de la barra y que conducía a la parte posterior del edificio y a las oficinas de aquella sección. Amanda atravesó la puerta giratoria y la alcanzó.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Agotado..., aunque un poco mejor desde que salió el sol —repuso Jenna mientras avanzaba cojeando. Sus huesos, a lo largo de los años, se habían vuelto tan frágiles que se rompían ante el más pequeño golpe, y sus piernas se habían roto tantas veces ya, que era un milagro que pudiera incluso caminar—. Creo que, cuando vea que tú te haces cargo, se permitirá tomar alguna medicina.

—No le hacía falta esperarme —expuso Amanda—. Fue una tontería.

—Es así —comentó Jenna—. Los hábitos de setenta años no cambian.

Se detuvo y abrió la puerta a la que habían llegado. Entraron juntas y encontraron a la enorme y vieja figura de Piers sentada en un sillón de respaldo alto detrás del amplio escritorio de su despacho.

—Piers —comentó Amanda—. No tenías que esperar. Vete a casa.

—Quiero ser testigo de tu firma —repuso Piers. Aún le resultaba trabajoso hablar, pero Amanda notó que su respiración se había aliviado algo con la salida del sol, como es habitual en los asmáticos—. Para el caso de que las tropas que envíen aquí decidan comprobar los archivos.

—De acuerdo —aceptó Amanda.

Jenna ya estaba activando la cámara de grabación situada en la pared. Siguieron el ritual de firmar documentos y realizar el juramento de Amanda, que le otorgaba el título oficial de Alcaldesa de la Ciudad de Foralie, y que a su vez serviría como cobertura para su rango secreto de Comandante de distrito.

—¡Ahora, por el amor de Dios, vete a casa! —le dijo Amanda a Piers cuando acabaron—. Tómate esa medicina tuya y duerme.

—Lo haré —señaló Piers—. Gracias por todo, Amanda. Y buena suerte. Mi deslizador se encuentra ahí detrás. ¿Me ayudas a llegar a él?

Amanda colocó una mano bajo el codo derecho del pesado hombre y le ayudó a incorporarse. Los años le habían arrebatado la mayor parte de su fuerza física; sin embargo, aún sabía cómo concentrar la que tenía en el punto preciso. Llevó a Piers

por la salida posterior y le acomodó en el asiento de su deslizador.

—¿Podrás salir solo y cuidarte por ti mismo cuando llegues a casa? —le preguntó.

—Sin problemas —le gruñó Piers.

Activó la energía del deslizador y se elevó un poco. La miró una vez más.

—Amanda.

—Piers.

Ella depositó durante un segundo la mano en el hombro de él.

—Éste es un buen mundo, Amanda.

—Lo sé. Yo también lo creo.

—Adiós.

—Adiós —dijo Amanda; y contempló cómo el deslizador se lo llevaba.

Dio la vuelta y entró en el Ayuntamiento.

—Marte todavía está aquí —le comentó a Jenna—. Creo que tendremos que permitir que se quede, si eso es lo que desea.

—Lo es —corroboró Jenna.

—¿Hay alguien más por aquí que yo no sepa?

—No, los jóvenes se han marchado todos..., y sus Mayores.

—¿Puedes proporcionarme un mapa?

Jenna metió la mano en su carpeta y extrajo un mapa con el campo que rodeaba la Ciudad de Foralie y que abarcaba hasta las montañas que la circundaban. Había un montón de iniciales de color rojo.

—Cada grupo se encuentra bajo las iniciales de un Mayor —explicó Jenna.

Amanda lo estudió.

—¿Entonces todos se encuentran en posición ahora?

Jenna asintió.

—¿Y están todos armados?

—Con lo mejor que teníamos —dijo Jenna. Sacudió la cabeza—. No puedo evitarlo, Amanda. Ya resulta bastante malo para nosotros a nuestra edad, pero suministrarles a nuestros jóvenes armas de mano y pedirles que detengan...

—¿Conoces alguna alternativa? —inquirió Amanda.

Jenna sacudió de nuevo la cabeza en silencio.

—Un vehículo aéreo me recogerá aquí en tres cuartos de hora —explicó Amanda—. Mientras tanto, comprobaré la situación por la ciudad. En caso de que no vuelva antes de que nos ataquen, ¿crees que tendrás algún problema para convencer a los invasores de que sólo soy una Alcaldesa?

Jenna bufó.

—Llevo como administrativa en este ayuntamiento desde hace nueve años...

—De acuerdo —interrumpió Amanda—. Quiero decirte otra cosa: si las tropas que envíen no se alojan en la ciudad, intenta que acampen cerca de la parte alta del río...

—Por supuesto —repuso Amanda—. Lo sé. No tienes que decírmelo, Amanda. De cualquier modo, no habrá muchos problemas para hacer que vayan allí. Es una zona natural de acampada.

—Sí. De acuerdo, entonces —comentó Amanda—. Tú también cuídate, Jenna.

—Será mejor que las dos nos cuidemos —contestó Jenna—. Suerte, Amanda. Amanda se marchó.

Acababa de llegar a la zona de despegue cuando un ligero vehículo gravitatorio de cuatro plazas aterrizó de repente desde el azul del cielo, posándose en la plataforma con suavidad. Se abrió una puerta. Ella avanzó y entró en el vehículo; en la mano portaba su único equipaje. La nave despegó. Amanda se encontró sentada al lado de Geoff Harbor, Comandante de distrito del Punto Norte.

—Se conocen, ¿verdad? —preguntó el piloto mirando por encima del hombro.

—Desde hace dieciséis años —replicó Geoff—. Hola, Amanda.

—Geoff —saludó ella—. ¿También te llevan a esta reunión? ¿Estáis preparados ya en el Punto Norte?

—Sí. Todo está listo —contestó a las dos preguntas y la miró con curiosidad por encima de su estrecha nariz y su mentón con forma de cuña. Rondaba los cuarenta, sin embargo, haber vivido veinte años con los efectos de heridas serias de guerra le habían dado a su piel un tono céreo—. Esperaba a Eachan.

—Cletus Grahame le pidió a Eachan que estuviera preparado para otra misión —explicó Amanda—. Piers tomó el mando y yo le acabo de suplir esta mañana. —¿Otra vez el asma?

—Creo que la presión de la situación hizo que sufriera un ataque —comentó Amanda—. ¿Conoces a ese Arvid Johnson..., o al Otro, Bill Athyer?

—A Arvid —repuso Geoff—. Es lo que Cletus Grahame ahora llama un «Operador de Batalla»..., un experto en tácticas de campo. Athyer es un estratega y actúan en equipo..., pero tú ya habrás oído todo esto.

—Sí —confirmó Amanda—. Sin embargo, lo que deseo conocer son opiniones de primera mano acerca de cómo son.

—Arvid me pareció una persona tremendamente capaz —contestó Geoff—. Si trabajan bien juntos, ese Bill Athyer no debe quedarle a la zaga. Y si Cletus los puso al mando de la defensa del planeta..., ya conoces a Cletus, ¿verdad?

—Somos vecinos —dijo Amanda—. Le he visto varias veces. —¿Y también sobre él tienes dudas?

—No —afirmó Amanda—. Sin embargo, estamos intentando hacer ladrillos sin paja. Un puñado de adultos con una fuerza de jóvenes que apenas llegan a adolescentes, preparándose para derrotar a una fuerza de asalto de tropas de primera línea. Los milagros tendrán que ser pura rutina, y nada será lo suficientemente bueno como para que no nos preocupemos de verdad. Geoff asintió.

Un rato después se posaron en la zona de aterrizaje que había en las afueras de la isla donde el gobierno tenía su sede el gobierno del Punto Sur. Un soldado delgado,

de piel cetrina, que llevaba las barras que le identificaban como Jefe de Grupo —un representante de la docena de personal cualificado en el combate que se les permitió retener para la defensa del planeta a Arvid Johnson y a Bill Athyer— les esperaba cuando salieron del vehículo aéreo. Les condujo a una sala de reuniones ocupada a medias por los comandantes de distrito provenientes de toda la isla. Una vez en ella, se dirigió a toda la sala:

—Si son tan amables de sentarse... —anunció.

Los comandantes de distrito se dirigieron a sus respectivas sillas, situadas de cara a una plataforma que se alzaba en un extremo de la habitación. Un minuto después, entraron dos hombres que subieron a la plataforma. Uno era Arvid Johnson. Visto en su totalidad, resultaba una torre de hombre, con un cabello rubio que bajo la luz artificial aparecía tan pálido que casi era invisible. Irradió a todos los presentes su aire de incontestabilidad. El hombre que estaba a su lado tenía aproximadamente la misma edad, pero era pequeño, con una nariz prominente en forma de pico..., lo que Amanda había aprendido a llamar una «nariz normanda» desde pequeña. Sus ojos recorrieron la sala como cañones de pistolas.

El hombre pequeño, pensó Amanda, debía ser Bill Athyer, el estratega. A primera vista, Bill podía aparentar ser poco impresionante, y más bien un amargado..., pero las rápidas y experimentadas percepciones de Amanda captaron algo vibrante y brillante en él. De forma literal, sin haber perdido ninguna de sus dolorosas dudas ni la propia auto-consciencia con las que hubiera nacido, durante el camino debió encontrar ese fuego interno que ahora ardía a través de su exterior vulgar. Era todo llama en su interior..., y esa llama producía un extraño contraste con la fría, casi remota, competencia de Arvid.

—Lamento haberles impuesto esto —comenzó Arvid cuando los dos hombres estuvieron en la plataforma de cara a los presentes—. Parece que, después de todo, no podremos aguardar la llegada de los comandantes de distrito aún ausentes. Acabamos de recibir la información de que el oficial que conduce a las naves invasoras es una persona de mucha suerte o muy bueno. Las ha sacado de su último cambio de fase justo encima del planeta. Ahora mismo se encuentran en órbita, lanzando tropas a nuestros centros de población.

Se detuvo e inspeccionó la sala.

—Ya se les ha notificado a todos los Dorsais, por supuesto —dijo—. Bill Athyer y yo mismo, con los pocos soldados regulares de que disponemos, nos tendremos que poner pronto en movimiento..., y continuar con ese movimiento. No intenten localizarnos..., nosotros les localizaremos a ustedes. Las comunicaciones se realizarán de persona conocida a persona conocida. Para resumir, si las noticias que reciban de nosotros no son suministradas por gente en la que confíen implícitamente, descártenlas.

—Éste es uno de nuestros puntos fuertes —intervino Bill Athyer con tanta rapidez que pareció como si le interrumpiera. Su voz era aguda, con un tono cercano

a la excitación—. Así como conocemos el terreno, nos conocemos mutuamente. Esos dos factores nos evitarán gran parte de los problemas que padecerá el invasor. Pero tengan presente que nuestras ventajas sólo tendrán su máxima utilidad durante los primeros días. A medida que nos vayan conociendo, adivinarán lo que somos capaces de hacer. Ahora bien, todos ustedes han entregado planes operacionales para la defensa de su distrito particular, dentro de las pautas generales que trazamos Arvid y yo. Hemos recibido estos planes, y ustedes ya habrán visto nuestras recomendaciones para realizar algunos cambios, así como ciertas medidas adicionales. Si en cualquier caso hiciera falta hablar de algo más, nos pondríamos en contacto con ustedes a medida que surjan las necesidades. De modo que será mejor que todos ustedes regresen a sus distritos tan pronto como puedan. Disponemos de los suficientes vehículos aéreos que ya aguardan para transportarles de vuelta..., con la esperanza de que sea antes de que las fuerzas invasoras caigan sobre sus distritos. En marcha..., ¿se encuentra Amanda Morgan presente?

—¡Aquí! —indicó Amanda.

Con las últimas palabras de Bill Athyer, todos los comandantes se habían puesto de pie y ella quedó escondida en la maraña de gente. Se abrió camino hacia la plataforma y alzó la vista a los rostros de la inusual pareja.

—Soy Amanda Morgan —expuso.

—Queremos tener unas palabras con usted antes de que se marche —le dijo Bill—. Si es tan amable.

Abrió la marcha fuera de la sala de reuniones. Arvid y Amanda le siguieron. Entraron en un pequeño despacho y Arvid cerró la puerta al ruido de la sala, mientras los otros comandantes se dirigían hacia las naves.

—Usted se hizo cargo del distrito de Foralie esta mañana —indicó Bill—. ¿Ha tenido alguna oportunidad de echarle un vistazo a los planes que le entregamos al hombre que usted reemplazó?

—Piers van der Lin se puso en contacto con varios de nosotros en el momento de recibirlos —repuso Amanda—. De todos modos, cualquiera en el distrito de Foralie mayor de nueve años sabe cómo enfrentaremos la situación ante lo que puedan enviarnos.

—De acuerdo —aceptó Bill.

Arvid asintió.

—Comprenderá —prosiguió Bill— que en Foralie se hallará en el punto crucial de cualquier cosa que ocurra. Con toda probabilidad puede esperar, si nuestra información es correcta, ver al propio Dow deCastries, al mismo tiempo que a mayor número de soldados y personal enemigo de mayor rango que en los demás distritos. Se irán concentrando progresivamente en dirección a Foralie.

El pensamiento de Betta y la niña nonata hospedados allí produjo una repentina contracción en el pecho de Amanda.

—En este momento, en Foralie sólo se encuentran Melissa Grahame y Eachan

Khan —dijo—. Nadie importante.

—Lo habrá. Cletus regresará tan pronto como la noticia de que nos han invadido llegue a los Exóticos..., y creo que usted está al tanto de que los Exóticos reciben la información más rápido que nadie. Puede que esté de camino ahora mismo. Y Dow deCastries aguarda su llegada. De modo que usted también puede esperar que su distrito sea uno de los primeros, si no el primero, en ser golpeado. Las probabilidades de que por lo menos usted no llegue a casa antes de que los primeros soldados se posen en su distrito, son muy altas. Haremos todo lo que podamos para ayudarla. Ahí fuera se encuentra a su disposición nuestra nave más veloz. ¿Alguna última pregunta, o petición?

Amanda los miró. Los dos eran jóvenes.

—Ahora no —repuso—. En todo caso, sabemos lo que hemos de hacer.

—Bien —fue Arvid el que habló—. Será mejor que se marche.

El vehículo que la aguardaba resultó ser una nave pequeña gravitatoria de altitud, biplaza, que se elevó a los diez kilómetros de altura, para descender hacia Foralie en un curso de vuelo similar a la trayectoria una bomba. Permanecieron menos de media hora en el aire. Sin embargo, cuando bajaban hacia la zona de aterrizaje de la Ciudad de Foralie, sonó el sistema de comunicaciones de la nave.

—Identifíquese. Identifíquese. Éste es el puesto de guardia cuatro-nueve-tres de la Fuerza Expedicionaria de la Alianza-Coalición con destino Dorsai. Nuestras armas le tienen encañonado. Identifíquese.

El piloto miró a Amanda y tocó el botón de transmisión del control de la nave.

—¿Qué ha dicho? —preguntó—. Les habla Mike Armery, en un vuelo contratado desde el Punto Sur para transportar a la Alcaldesa de la Ciudad de Foralie a casa. ¿Quién dijo que era?

—Puesto de guardia cuatro-nueve-tres, de la Fuerza Expedicionario de la, Alianza-Coalición con destino Dorsal Identifique a la persona a la que llama Alcaldesa de la Ciudad de Foralie.

—Amanda Morgan —repuso Amanda con claridad al equipo de comunicaciones —, de la casa ap Morgan, distrito de Foralie.

—Un momento. No intente aterrizar hasta que comprobemos su identificación. Repito, un momento. No intente aterrizar hasta recibir la autorización.

El altavoz quedó súbitamente en silencio. El piloto comprobó el programa de aterrizaje de la nave. Esperaron. Pasados varios minutos, recibieron la orden de descender.

Dos pálidos soldados de transporte, obviamente nativos de la Tierra, vestidos con uniformes de la Coalición, cubrían la compuerta de salida con rifles de aguja, cuando Amanda precedió al piloto fuera de la plataforma. Un delgado y serio joven teniente de la Coalición les indicó con un gesto un vehículo militar.

—¿A dónde cree que nos lleva? —exigió Amanda—. ¿Quién es usted? De todos modos, ¿qué hace aquí?

—Se le explicará todo en el Ayuntamiento, señora —repuso el teniente—. Lo siento, pero no estoy autorizado a responder preguntas.

Subió al coche con ellos y le dio un toque en el hombro al conductor. Se deslizaron hasta la ciudad a través de calles vacías salvo por las figuras con uniformes militares. En esas mismas calles, también reinaba una total inmovilidad. En la parte norte de la ciudad, en la elevada pradera que Amanda le había mencionado a Jenna, pudo vislumbrar una forma de colmena compuesta por las tiendas de campaña cuyas burbujas de plástico estaban siendo infladas ahora en filas ordenadas..., y sólo desde esa zona llegaban sonidos distantes, pero reales, de voces y actividad. Amanda sintió el continuo viento del sur en la parte posterior de su cuello, y olió los ligeros aromas del agua fresca del río y del vertedero traídos por el viento, aunque la fábrica estaba en silencio.

El coche llegó hasta el Ayuntamiento. Al piloto lo dejaron en la oficina exterior, pero Amanda fue conducida más allá de los guardias de vigilancia al interior del despacho que había sido de Piers y que ahora le pertenecía. Dentro, se había proyectado un gran mapa del distrito sobre una pared y varios oficiales, cuya graduación variaba de mayor a brigadier general, estaban de pie discutiendo con voces que más bien parecían enfadadas. Sólo una persona en la habitación vestía ropas de civil, y se trataba de un hombre alto y espigado, sentado en el escritorio de Amanda y reclinado contra el sillón, en apariencia absorto en el estudio del mapa proyectado.

Parecía extrañamente distante de los demás, aislado por la posición o la autoridad, y deseoso de concentrarse en el mapa, dejando que los oficiales discutieran. La expresión de su rostro era pensativa, abstracta. Pocos hombres había conocido Amanda en su larga vida que pudieran ser considerados atractivos, pero éste lo era. Sus facciones resultaban tan regulares que parecían antinaturales. Su oscuro cabello estaba plateado únicamente en las sienes, y la alta frente parecía oscurecer sus profundos ojos, tan oscuros que daban la sensación de ser indescifrables por naturaleza. Si no hubiera sido por esos ojos y un aire de poder que le envolvía como una luz de fuente invisible, podría parecer demasiado guapo para ser alguien con quien se pudiera contar. No obstante, al observarle, a Amanda no le cupo ninguna duda de su capacidad o de su identidad.

—Señor... —comenzó el teniente que había introducido a Amanda, pero el brigadier a quien se dirigía, alzó los ojos y le interrumpió, encarándose directamente con Amanda.

—¿Usted es la Alcaldesa de este lugar? ¿Qué hacía lejos de la ciudad? ¿Dónde se encuentran todos sus habitantes...?

—General —Amanda replicó con lentitud. No le hacía falta simular la ira que sentía detrás de sus palabras—. No me interrogue. Al contrario. ¿Quién es usted? ¿Qué le hizo creer que podía entrar en esta oficina sin mi permiso? ¿De dónde viene? ¿Y qué es lo que está haciendo aquí, armado, sin autorización, primero, de las

autoridades de la isla de Punto Sur, y, luego, de nosotros?

—Creo que entiende perfectamente... —empezó el general.

—Creo que no —cortó Amanda—. Se encuentra aquí de manera ilegal y todavía aguardo una respuesta..., y una disculpa por entrar en mi despacho sin permiso.

La boca del brigadier se tensó, las arrugas se acentuaron y sobresalieron alrededor de sus ojos.

—El distrito de Foralie ha sido ocupado por las autoridades de la Coalición-Alianza —respondió—. Eso es lo único que necesita saber. Ahora, quisiera algunas respuestas...

—Necesito una explicación mucho mejor que ésa —interrumpió Amanda—. Ni la Alianza ni la Coalición, ni tropas de la Coalición-Alianza, tienen el más mínimo derecho que yo conozca de encontrarse en órbita de estacionamiento. Quiero ver la autorización para que estén aquí. Deseo hablar con su superior... ¡y quiero las dos cosas en este momento!

—¿Qué clase de farsa piensa que está interpretando? —Las palabras explotaron de la boca del brigadier—. Se halla bajo régimen de ocupación...

—General —intervino una voz desde el escritorio, y todas las cabezas de la habitación se volvieron hacia el hombre que allí estaba sentado—. Tal vez yo debería hablar con la Alcaldesa.

—Sí, señor —musitó el brigadier. Tenía la piel alrededor de los ojos todavía hinchada y su rostro se había oscurecido por la alteración de los vasos capilares—. Amanda Morgan, éste es Dow deCastries, Comandante Supremo de las fuerzas de la Coalición-Alianza.

—No creí en ningún momento que pudiera ser otra persona —comentó Amanda.

Dio un paso para situarse delante del escritorio y miró por encima de él a Dow.

—Se encuentra sentado en mi sillón —indicó.

Dow se incorporó con ágilmente y retrocedió, haciendo un gesto al sillón ahora vacío.

—Por favor... —señaló.

—Sólo quédese de pie. De momento eso será suficiente —dijo Amanda. No hizo ningún movimiento para sentarse—. ¿Es usted el responsable de la situación?

—Sí, puede decirse que lo soy. —Dow la miró pensativo—. General Amorine... —habló sin apartar los ojos de Amanda—... probablemente sea mejor que la Alcaldesa y yo hablemos en privado.

—Sí, señor, si eso es lo que desea.

—Lo es. De verdad que lo es —y ahora Dow miró al brigadier, que retrocedió.

—Por supuesto, señor —Amarine se volvió al teniente que había escoltado a Amanda—. Supongo que la cacheó en busca de armas, ¿verdad?

—Señor... Yo —el teniente estaba aturdido.

Su rígido azoramiento indicaba que no se esperaba que una mujer de la edad de Amanda estuviera armada.

—Creo que no debemos preocuparnos por ello, general —la voz de Dow aún sonaba relajada; sin embargo, sus ojos seguían posados en el brigadier.

—Por supuesto, señor.

Amorine escoltó a sus oficiales fuera. La puerta se cerró detrás de ellos, dejando a Amanda y a Dow de pie, cara a cara.

—¿Está segura de que no quiere sentarse? —inquirió Dow.

—No se trata de una reunión social —repuso Amanda.

—No —acordó Dow—. Desafortunadamente, no lo es. Estamos ante una situación muy seria, en la que todo su planeta ha sido puesto bajo el control de la Coalición-Alianza. En realidad, lo que usted llama Dorsai ya no existe.

—Eso es improbable —dijo Amanda.

—¿Le cuesta creerlo? —preguntó Dow—. Le aseguro...

—No tengo intención de creerlo ahora, ni después —repuso Amanda—. Dorsai no es una ciudad. Ni siquiera un conjunto de ciudades. Tampoco las islas y el mar..., es la gente.

—Exacto —corroboró Dow—, y la gente ahora se halla bajo el control de la Coalición-Alianza. Ustedes mismos se lo han buscado. Han desperdigado sus fuerzas defensivas por una docena de mundos, y sólo les queda aquí un puñado de no combatientes. Para ser breve, están indefensos. Eso no me preocupa. No me interesa su planeta, o su gente como tal. Únicamente es necesario que nos aseguremos de que no sean mal conducidos por otro loco como Cletus Gráname.

—¿Loco? —repitió Amanda secamente.

Dow alzó las cejas.

—¿No cree que estaba loco cuando pensó que tendría éxito contra las dos facciones más ricas y el mundo humano más poderoso de la actualidad? —Sacudió la cabeza—. No tiene mucho sentido que discutamos de política, ¿verdad? Sólo busco su cooperación.

—De lo contrario, ¿qué?

—No la amenazaba —comentó Dow con suavidad.

—Por supuesto que sí —replicó Amanda. Sostuvo su mirada durante un largo segundo—. ¿Recuerda a Shakespeare?

—Antes sí.

—Casi al final de *Macbeth*, cuando el mismo Macbeth oye un grito en la noche que señala la muerte de Lady Macbeth —dijo Amanda—, comenta: «*hubo una, época, en la que mis sentidos se habrían aplacado oyendo un grito en la noche...*», ¿lo recuerda? Bueno, esa época, con los años, nos llega a todos. Quizá a usted todavía le falten algunos hasta que lo descubra por sí mismo; pero cuando lo haga, si eso ocurre, descubrirá que con el tiempo se vence al miedo, así como se vence a muchas otras cosas. No puede intimidarme, tampoco asustarme..., ni a nadie más en el distrito Foralie con la suficiente edad para ocupar mi puesto.

Fue el turno de él para observarla durante un largo rato antes de hablar.

—Muy bien —dijo—, la creo. Mi único interés, como ya he expuesto, es arrestar a Cletus Grahame y llevarle de regreso a la Tierra conmigo.

—¿Ocupa todo un mundo sólo para arrestar a un hombre? —preguntó Amanda.

—Por favor —alzó una larga mano—. Pensé que hablaríamos sin rodeos. Quiero a Cletus. ¿Se encuentra en Dorsai?

—Por lo que yo sé, no.

—Entonces me dirigiré a su hogar y esperaré que venga a mí —comentó Dow. Miró el mapa—. Eso debe ser Foralie..., ¿la casa marcada al lado de su propia Fal Morgan?

—Así es.

—Bien, iré allí ahora mismo. Mientras tanto, quiero que comprenda con claridad cuál es la situación actual. Todos los hombres que podrían luchar se hallan fuera del planeta. Muy bien. Sin embargo, no hay nadie en esta ciudad que no esté lisiado, tenga más de sesenta años o se encuentre enfermo. ¿Dónde están todas las mujeres jóvenes y saludables, sus adolescentes por debajo de la edad militar, y cualquier otra persona que pueda resultar efectiva?

—Se han marchado fuera de la ciudad —contestó Amanda.

Los ojos negros de Dow parecieron hacerse más profundos.

—Eso no parece muy normal. Sospecho que recibieron alguna advertencia acerca de nuestros movimientos, por lo menos desde que nos situamos en órbita alrededor de su planeta. Me sorprendería que no fueran esas noticias las que la trajeron de regreso en esa nave hace un rato. No habrá enviado un mensaje diciéndoles a sus niños y a sus adultos sanos que se desperdigaran y se escondieran, ¿verdad?

—No —comentó Amanda—. No lo hice; y nadie de aquí dio tal orden.

—Entonces, ¿tal vez podría explicarme por qué se han ido todos?

—¿Desea un par de cientos de razones? —indicó Amanda—. Es el final del verano. Los hombres no están. Esta ciudad sólo es una abastecedora industrial y un centro gubernamental. ¿Quién, que sea joven, desearía estar todo el día aquí? Las mujeres jóvenes que viven en la ciudad se hallan en sus respectivas casas familiares de visita, donde tienen amigos y existe alguna vida social. Los pequeños y los niños fueron con sus madres. Los niños mayores se encuentran con grupos de acampada.

—¿Grupos de acampada?

—Grupos de ejercicios militares —contestó Amanda directamente y con sombrío humor, observándole—. Conocidos por el seudónimo de «deslizarse y arrastrarse». Éste es un mundo donde la profesión habitual, una vez que se es adulto, es la de ser un soldado mercenario. De modo que ésa es nuestra versión de las excursiones al campo. Resulta un buen ejercicio, los jóvenes obtienen puntos académicos para cuando regresan al colegio unas semanas después, y es una oportunidad para que se alejen de la supervisión adulta y estén solos, al aire libre.

Dow frunció el ceño.

—¿No hay supervisión de adultos?

—Poca —respondió Amanda—. Les acompaña un adulto por grupo..., al que llaman «Mayor», y sólo por si surge una emergencia; pero, en la mayoría de los casos, el grupo toma sus propias decisiones sobre los juegos a realizar junto a otros grupos de la misma zona, dónde acamparán y así sucesivamente.

—Estos niños —Dow todavía mantenía el ceño fruncido—, ¿van armados?

—¿Con armas de verdad? No nunca.

—¿Se les podría pasar por la cabeza alguna acción extraña sobre nuestras fuerzas de ocupación...?

—Comandante —dijo Amanda—, los niños Dorsai no tienen nociones extrañas acerca de las operaciones militares. No si su propósito es seguir siendo Dorsai de adultos.

—Ya veo —repuso Dow. Le sonrió despacio—. No obstante, creo que lo mejor será que les hagamos regresar junto con los adultos, de modo que podamos explicarles cuál es la situación y las cosas que les están permitidas. También hay un determinado número de su gente que resulta conspicua por su ausencia. Por ejemplo, ¿dónde se encuentran sus médicos?

—Aquí en el distrito Foralie sólo tenemos a un cirujano y a tres médicos —explicó Amanda—. La mayor parte del tiempo se encuentran de visita. En este momento les encontrará dispersos en vanas casas.

—Ya veo —repitió Dow—. Bien, creo que lo mejor será que también les llame, junto con cualquier otro adulto de la población que esté en condiciones físicas buenas.

—No —dijo Amanda.

Él la miró. Sus cejas se enarcaron.

—El valor, Amanda Morgan —recitó— es una cosa. La estupidez, otra bien distinta.

—Pero la tontería es la tontería, la encuentre en el lugar que sea —replicó Amanda—. Ya le dije que no podía intimidarme..., ni a nadie de la ciudad. Y usted necesitará a alguien de aquí para que trate con la gente del distrito en su lugar. Puedo hacer volver a los jóvenes si es necesario, y junto a ellos a todos los adultos de las casas cuyas presencias no sean necesarias. Si los médicos no están ocupados y pueden volver, también se lo puedo pedir. A cambio, quiero algunas cosas de usted.

—No creo que esté en posición de hacer tratos.

—Por supuesto que sí —confirmó Amanda—. Dejemos los juegos. Será mucho más fácil para usted si logra la cooperación de los civiles..., será mucho más rápido. Cualquier problema con la población significa gastos, en una situación en la que ya tiene que responder a la carga económica de unas tropas que han de ocupar todo un planeta..., incluso un mundo tan poco poblado como éste. Y usted mismo comentó que una vez que atrapara a Cletus se marcharía sin dedicarnos ningún otro pensamiento.

—Eso no es exactamente lo que yo dije —corrigió Dow.

Amanda lanzó un bufido.

—De acuerdo —preguntó él—, ¿qué tenía en mente?

—Primero, ordene que sus tropas salgan de nuestra ciudad, a no ser que tenga pensado alojarlos en nuestras casas.

—Creo que usted ya vio el campamento que se está levantando más allá de las casas, a unas dos calles de distancia.

—De acuerdo —comentó Amanda—. Entonces, quiero que se mantengan fuera de la ciudad, a menos que algún asunto les requiera aquí. Cuando vengán, lo harán como visitantes, cuidando sus modales. No deseo que ninguno de sus oficiales, como ese brigadier suyo, intente imponer su autoridad. Nuestra gente no se verá sometida a ninguna autoridad ajena, de forma que podamos trabajar de nuevo como siempre..., y eso incluye que la factoría entre en funcionamiento de inmediato. Me di cuenta de que cortó su suministro de energía. ¿No comprende que tenemos contratos que cumplir..., contratos de artículos manufacturados con los que podemos comerciar con el resto del pueblo Dorsai a cambio de peces, grano y otros productos necesarios para nuestra subsistencia?

—Muy bien —aceptó Dow—. Supongo que podemos aceptar esos términos.

—No he acabado —siguió con rapidez Amanda—. Usted y el resto de sus tropas han de quedar confinados en su campamento. No quiero que distraigan y alarmen al distrito mientras yo voy en busca de los grupos y la gente de las casas. Me llevará, más o menos, una semana...

—No —repuso Dow—. Estableceremos patrullas en el acto; y yo mismo ocuparé la casa Foralie, junto con una escolta, en unas pocas horas.

—En ese caso... —empezó Amanda, pero esta vez fue Dow quien la interrumpió.

—En ese caso... —Su voz sonó igual—, me obligará a que adopte el sistema más largo y difícil con su gente. No he hecho ningún trato con usted en las demás cosas que pidió. Tampoco lo hago ahora. Vaya y recupere su ciudad, abra la fábrica, y reúna sólo a aquellos que usted crea que pueden retornar sin peligro. Pero nuestras patrullas saldrán tan pronto como podamos prepararlas; y yo me marcharé hoy, tal como le he dicho. Ahora bien, ¿llegamos a un acuerdo?

Amanda asintió despacio.

—Sí —confirmó—. De acuerdo, será mejor que llame a sus oficiales. Yo también tendré que marcharme para recorrer personalmente el distrito, y me tomará aproximadamente una semana. Partiré en seguida, pero quiero presenciar el funcionamiento de la fábrica antes de alejarme de la ciudad. Supongo que tiene encerrado en su casa, como a todos los demás, a Jhanis Bins.

—Quienquiera que sea —repuso Dow—, se hallará en cuarentena domiciliaria, sí.

—Muy bien, yo le llamaré —dijo Amanda—. No obstante, deseo que su general Armorine le envíe a un oficial para que le lleve a salvo a la fábrica, por si acaso alguno de sus hombres no conoce nuestro acuerdo.

—Me parece correcto —aceptó Dow. Se acercó al escritorio y apretó la tecla del

sistema de comunicaciones—. General, ¿podría usted y su personal regresar a estas oficinas?

—Sí, señor deCastries —contestó con rapidez la voz desde el altavoz de la pared.

Veinte minutos más tarde, Amanda llegó a la zona de aterrizaje en el mismo vehículo que la había recogido allí. Bajo la mirada de los dos hombres que había de guardia, la esperaba su deslizador.

—Gracias —le dijo al joven teniente que la acompañaba.

Descendió del coche, atravesó la plataforma y se subió al deslizador.

—Aguarde un momento —pidió el teniente.

Ella volvió la cabeza y lo vio de pie al lado del vehículo. La frente le brillaba por la transpiración.

—Usted tiene un arma ahí, señora —repuso—. Un minuto. Soldado..., ¡usted! —señaló a uno de los hombres que vigilaba la plataforma—. Recoja eso y tráigamelo.

—Teniente —interpuso Amanda—, éste todavía es un planeta joven en el cual, y hasta hace una semana, se movían forajidos por las montañas. Todos llevamos armas.

—Lo siento, señora. He de examinarla. Soldado.

El hombre se acercó al deslizador, sacó la escopeta de su funda y le hizo un guiño.

—Tiene que vigilar a los peligrosos visitantes de otros mundos —comentó en voz baja.

Miró la escopeta, la volvió para inspeccionar el tambor y se rió entre dientes.

Llevó el arma al teniente, y pronunció algo que Amanda no pudo oír. El teniente también alzó la escopeta para mirar el tambor y después se la devolvió al soldado.

—Llévesela —le ordenó. Alzó la cabeza y le gritó a Amanda—. Tenga cuidado con eso, señora.

—Lo tendré —contestó Amanda.

Recibió el rifle, encendió el motor del deslizador y pasó por entre una hilera de árboles que rodeaba la plataforma.

Se encaminó río abajo por la ciudad. Mientras avanzaba, el repentino palpar de los motores de la fábrica explotó en sus oídos. Sonrió, pero de súbito fue consciente del viento que le daba en la cara. Sudando, se preguntó, ¿a tu edad? Volcó la burla hacia adentro. ¿Qué era toda esa charla que le lanzaste a deCastries acerca de que habías superado el miedo?

Descendiendo un arco, dejó la ciudad y llegó al sendero del río cercano al vertedero. La fábrica funcionaba ruidosamente. No se veía ningún uniforme de la Coalición fuera del edificio, y la fachada que daba hacia ella carecía de ventanas. Detuvo el tiempo suficiente el deslizador como para regresar a los arbustos y recoger la pistola de energía que había colgado del árbol. Luego abordó otra vez el deslizador y se encaminó pendiente arriba, fuera de la ciudad.

Su mente mantenía un ritmo de pensamiento veloz. Dow había dado a entender que se encaminaría a la casa Foralie aquella misma tarde. Lo que significaba que

Amanda tendría que ir allí de inmediato para llegar antes que él. Había esperado la oportunidad de arribar al anochecer, y tal vez dormir allí y ver cómo se encontraba Betta. Ahora se trataba de llegar y marcharse en el plazo de una hora como mucho. Y, lo que casi era más importante, ya fuera antes o después de ese viaje, debía alcanzar al grupo que se ocupaba del territorio por el que pasaría deCastries y su escolta.

¿Quién era el Mayor de ese grupo? Tantas cosas habían ocurrido ese día que tuvo que rebuscar en su memoria durante un rato antes de hallar el nombre de Ramón Dye. Bien. Ramón era uno de los mejores Mayores; y, aparte del hecho de que no tenía piernas, era fuerte como un toro.

Pensando intensamente, le dio la máxima velocidad al deslizador. Gastaría la ración normal de un mes en unos pocos días con el uso actual que hacía del vehículo; pero había una época de ahorro y otra de gasto. De sus dos elecciones, lo mejor sería que se pusiera en contacto con el grupo de Ramón primero, antes de ir a Foralie. El grupo de Ramón tendría que enviar mensajeros a los demás grupos, ya que incluso las señales visuales resultarían demasiado arriesgadas, porque con toda probabilidad las tropas de la Coalición en Foralie estarían equipadas con los últimos adelantos en equipo de vigilancia. Cuanto más tiempo les pudiera proporcionar a los mensajeros, mejor.

La determinación de Dow de establecer patrullas y de viajar de inmediato a Foralie en persona constituyó un golpe de mala suerte. Mala en dos aspectos. Las patrullas significaban que en todo momento habría tropas fuera de la zona limítrofe a la ciudad. Y hubiera sido mucho mejor tenerlos a todos concentrados en ella. Además, las patrullas significaban que, más tarde o más temprano, alguno de los soldados tendría que ser liquidado por los grupos..., pero eso, aunque había que asumirlo cuando surgiera, era mejor que lo dejara hasta entonces. Los jóvenes tendrían que cargar con un peso grande, y habían de hacerlo con la misma frialdad y capacidad de cálculo que un adulto, pues sin ellas no podrían tener éxito y sus vidas se perderían por nada.

Se recordó a sí misma que hasta el Medioevo los chicos de doce y catorce años eran alistados con regularidad en los ejércitos. Se daba por garantizada la presencia de marineros jóvenes en las armadas de los siglos dieciocho y diecinueve. No obstante, estos hechos históricos no la confortaban. Los niños que se enfrentarían a las armas de la Tierra serían niños que ella conocía desde el día de su nacimiento.

No podía permitir que se dieran cuenta de cómo se sentía. La fe que tenían en sus mayores, justificada o no, era algo a lo que necesitarían aferrarse con todas sus fuerzas por su propio bien.

Por fin llegó a una llanura en la montaña donde la hierba alcanzaba casi un metro de alto. La pradera apenas estaba separada de Foralie por una colina. Amanda giró su deslizador hacia la sombra de un grupo de árboles nativos cercanos al borde en que comenzaba la pendiente de la colina. En el terreno relativamente abierto debajo de esos árboles, escondió el vehículo y aguardó.

Transcurrieron veinte minutos hasta que su oído captó algo..., no se trataba de un sonido que perteneciera al mundo animal integrado en el paisaje, sino de sonido ajeno al ritmo natural de los ruidos que la rodeaban. Alzó la voz.

—¡Está bien! —llamó—. Tengo prisa. ¡Venid!

Emergieron cabezas por encima de la hierba; las más cercanas se hallaban a medio metro de ella, y las más lejanas hacia la mitad de la llanura. Se irguieron figuras; bronceadas, delgadas y con zapatos flexibles, pantalones bombachos sujetos alrededor de los tobillos y camisas de manga larga, ajustadas a la cintura, todo de un color neutro. Uno de los más altos, una muchacha de unos quince años, colocó dos dedos en su boca y silbó.

Un deslizador surgió por encima de la colina y bajó zumbando en dirección a Amanda, deteniéndose en el suelo delante de ella. Los miembros del grupo, cuyas edades oscilaban desde los ocho hasta los dieciséis años, ya se agrupaban a su alrededor.

Amanda aguardó hasta que se encontraron todos presentes, luego le hizo un gesto con la cabeza al piloto del otro deslizador y recorrió con la mirada el arco que formaban los rostros bronceados, de cabellos claros por el sol.

—Los invasores están aquí, en la ciudad de Foralie —les anunció—. Se trata de tropas de primera línea de la Coalición-Alianza, bajo el mando de un brigadier y su personal, y dirigidas por Dow deCastries.

Las caras le devolvieron la mirada en silencio. Los adultos habrían reaccionado emitiendo voces o gesticulando. Éstos simplemente la miraban con la misma expresión que habían mostrado antes; pero Amanda, que los conocía a todos, sentía el impacto que las noticias les producían.

—¿Se ha conseguido evacuar a todos? —preguntó el hombre del otro deslizador.

Amanda se volvió de nuevo hacia el Mayor. Acomodado en su deslizador, Ramón Dye habría obligado a que cualquier extraño mirara dos veces antes de darse cuenta de que debajo de sus caderas no había piernas. Sujetas visiblemente a la cabina de su vehículo, detrás suyo destacaban las dos piernas ortopédicas que normalmente utilizaba en la ciudad; pero fuera de ella, al igual que los miembros del grupo, sólo llevaba lo esencial. Su cuadrado rostro, bajo la mata de lacio cabello color castaño, la observó con preocupación.

—Todo el mundo ha sido evacuado excepto el que se supone que tiene que permanecer en la ciudad —contestó Amanda—. Menos Marte Haugrud, que decidió quedarse con su abuela.

Todavía persistía el completo silencio en el círculo de rostros, aunque más de la mitad de ellos había crecido a tan sólo unos metros de la casa de Berthe. No es que no se preocuparan, se recordó Amanda: es que por instinto, como los animales pequeños, se mostraban insensibles al látigo del destino.

—Pero tenemos otras cosas de las que hablar —dijo..., y sintió cómo la emoción que había despertado en ellos con sus noticias se relajaba de inmediato ante la

necesidad de atención que les exigía—. DeCastries ocupará Foralie con una escolta armada para esperar a Cletus; y también organizará patrullas de reconocimiento.

Los miró a todos.

—Quiero que designéis mensajeros que vayan hasta donde se encuentren los grupos más próximos —sólo corredores, ya que esas tropas estarán al acecho de cualquier señal que pueda grabarse— y que les digáis que, a su vez, envíen a más para extender la noticia. Hasta que recibáis más información mía, se dejará a todas las patrullas tranquilas: completamente, no importa lo que hagan. Vigilad las, descubrid todo lo que podáis de ellas, pero manteneos fuera de su vista. Transmitidlo a todas las casas igual que al resto de los grupos.

Se detuvo, mirando en derredor suyo, a la espera de preguntas. No se produjo ninguna.

—Cerré un acuerdo con deCastries en el que me comprometía a concentrar a todos los grupos y a los adultos de las casas en la Ciudad de Foralie, para que se les expusieran las reglas de la ocupación. Le comuniqué que me llevaría aproximadamente una semana reunidos. Ése es el tiempo del que disponemos.

—¿Y si Cletus no vuelve en una semana? —Inquirió la muchacha que le había silbado a Ramón.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él —contestó Amanda—. Pero yo creo que sí vendrá. Sin embargo, lo haga o no, aún nos queda un distrito por defender. Los mensajes de Arvid Johnson y Bill Athyer únicamente han de ser tomados en cuenta si provienen de alguien en quien vosotros confiéis personalmente..., transmitid también eso a todos los grupos y casas. Ahora me dirigiré a Foralie para informarles de la llegada de Dow. ¿Algún comentario?

—Betta todavía no ha tenido a la niña —le comunicó una voz joven.

—Gracias por decírmelo —comentó Amanda. Buscó en el círculo con la mirada, pero no fue capaz de identificar a quien había hablado—. Será mejor que nos centremos en los problemas actuales. Tengo un trabajo especial para vuestro mejor infiltrador..., a menos que alguno de los equipos más cercanos disponga de uno mejor que el vuestro. ¿Lo tienen?

Varias voces le expusieron de inmediato que no era así.

—¿A quién tenéis, entonces?

—A Lexy... —respondieron las voces.

Una niña de doce años y de pelo casi blanco, fue empujada hacia adelante y quedó destacada del grupo con el ceño un poco fruncido. Amanda la miró..., Alexandra Andrea, de la casa Tormai. Lexy, como los demás la llamaban, era ágil y delgada por derecho de juventud; no obstante, el porte de sus hombros cuadrados y su forma robusta se hacían ya evidentes. Por ninguna razón en particular, Amanda recordó de repente cómo su propio cabello, cuando sólo era una niña, había sido tan rubio que también parecía casi blanco.

Sus propios recuerdos le trajeron otra preocupación a la mente. Miró

inquisitivamente a Lexy. Lo que sabía sobre ella incluía indicaciones acerca de sus deseos de independencia y de su gusto por los riesgos. Incluso ahora, claramente incómoda porque se la hubiera empujado hacia adelante, Lexy irradiaba una cierta impresión de truculencia y el reconocimiento propio de su capacidad. Vetas del carácter, pensó Amanda, recordando de nuevo su infancia, que también tendió a la ignorancia de las órdenes y a la asunción de riesgos.

—Necesito a alguien que se acerque a los acantonamientos que las tropas invasoras han erigido en la Ciudad de Foralie —comunicó en voz alta—. Alguien que pueda escuchar, que recoja información y que regrese a salvo. Prestad atención: he dicho a salvo.

Miró a Lexy a los ojos.

—¿Te gusta correr riesgos, Lexy? —le preguntó—. ¿Puedo confiar en ti para que entres y salgas sin aceptar riesgos innecesarios?

Se produjo un repentino coro de abucheos y risas desde el grupo.

—¡Envía a Tim con ella!

Lexy se ruborizó. Un muchacho espigado, de la edad de Lexy o, posiblemente, uno o dos años más joven que ella, fue impelido a la primera fila. Cerca de ella, parecía como una pluma al lado de una roca.

—Timothy Royce —reconoció Amanda, mirándole—. ¿Eres, Tim? ¿Estás preparado técnicamente?

—Es bueno —contestó Lexy—. Quiero decir, es mejor que el resto de estos elefantes.

—Lexy no se arriesgará si Tim está con ella —expuso la muchacha que había silbado.

Amanda buscó en vano su nombre en la memoria. A veces, cuando crecían de golpe, perdía la pista de quiénes eran; y la chica alta, a todos los efectos, ya era una adulta.

—¿Qué me respondes, Tim? —le preguntó Amanda al muchacho.

Tim dudó.

—Se asusta —explicó una voz joven.

—¡No es verdad! —Lexy se volvió a la multitud—. ¡Es precavido, eso es todo!

—No —dijo inesperadamente Tim—. Sí me asusto. Pero al lado de Lexy puedo hacer lo que desees.

Miró abiertamente a Amanda.

Amanda miró a Ramón.

—No puedo añadir nada más —repuso sacudiendo la cabeza—. Lexy es buena, y Tim es muy bueno..., y trabajan bien juntos. —Sus ojos súbitamente buscaron los de Amanda—. ¿Tiene que ser alguien de los grupos?

—¿Quién más hay?

—Entonces elige a uno de los mayores... —Su voz se perdió.

Amanda miró de nuevo los rostros que la rodeaban.

—¿Qué opináis, grupo? —inquirió.

Se produjo un momento de extraño silencio y luego, la muchacha que había silbado —Reah Abo, el nombre saltó de repente en la mente de Amanda—, habló:

—Iría cualquiera de nosotros —señaló—. Pero Lexy es la mejor.

—Eso es todo, entonces —concluyó Amanda. Encendió el motor de su deslizador y lo elevó ligeramente del suelo—: Lexy, Tim..., me reuniré con vosotros esta noche, en la colina que se alza en la llanura norte de la ciudad. Todos vosotros..., tened cuidado. No dejéis que os vean las patrullas. Y mandad a esos corredores tan pronto como podáis.

Los dejó allí, y el círculo se abrió mientras ella ascendía ruidosamente por encima de la colina. La casa Foralie se extendía en un pequeño espacio llano a un par de cientos de metros al frente, sobre una elevación del terreno desde la que se ofrecía una excelente vista de la región que alcanzaba incluso hasta la misma ciudad.

Detrás de la larga y baja casa de madera, podía verse el enorme e intrincado gimnasio rodeado de una falsa jungla que Cletus había hecho construir en Casa-Grahame y que luego, cuando se casó con Melissa, trasladó hasta aquí. Este complicado montaje le ayudó a recuperarse físicamente una vez realizada la operación en su rodilla, pero no había ningún motivo para que evocara en ella algún sentimiento en particular. Sin embargo ahora, viendo su compleja estructura al proyectar su sombra sobre el techo de la larga casa de madera, sintió de súbito —casi como si palpara su frío metal con las manos— las sinuosas y complicadas realidades que harían que Dow y Cletus tuvieran su enfrentamiento final bajo aquella sombra.

Hizo bajar el deslizador hasta la casa. Melissa, junto a la alta figura con mostacho de Hachan Khan a su lado, salió a la puerta principal; estaban de pie, esperándola, cuando detuvo el deslizador delante de ellos y lo posó en el suelo.

—Betta se encuentra bien, Amanda —le dijo Melissa—. A la espera. ¿Qué ocurre?

—Las fuerzas de ocupación se encuentran en la Ciudad de Foralie.

—Lo sabemos —repuso Hachan Khan con su tono de voz británico y contenido—. Con el telescopio que tenemos instalado en el techo les vimos aterrizar.

—Dow deCastries se halla con ellos —les comunicó Amanda mientras salía del deslizador—. Va detrás de Cletus, por supuesto. Planea venir de inmediato aquí, a Foralie. Tal vez esté pisándome los talones...

El suelo bajo sus pies pareció moverse de forma súbita. Descubrió que Hachan Khan la sostenía.

—¡Amanda! —exclamó Melissa, sujetándola por el otro lado—. ¿Cuándo comiste por última vez?

—No recuer... —Notó que las palabras le salían con dificultad.

Le temblaron las rodillas y sintió que estaba a punto de desmayarse. Una furia lejana la invadió. Ésta era la característica de la vejez que más le irritaba. Descansada y bien alimentada, podía enfrentarse con deCastries. Pero si dejaba transcurrir un

período de tiempo relativamente largo sin haber comido ni reposado, se convertía en otra anciana frágil más.

Su siguiente momento de consciencia fue cuando la acomodaron en un sofá del salón de Foralie con una almohada bajo su espalda. Melissa la ayudaba a beber un té caliente y dulce mezclado con el ardiente sabor del *whisky* Dorsai. Su cabeza comenzó a aclararse. Cuando vació la taza, vio un plato con sándwiches delicadamente preparados por Eachan Khan sobre la mesa de café dispuesta al lado del sillón. Había olvidado lo deliciosos que podían ser.

—Cuéntanos el resto de las noticias —le pidió Eachan cuando acabó de comer—. ¿Qué te ocurrió hoy?

Se lo contó.

—... He de admitir, Eachan —concluyó mirando al general de espalda erguida—, que no me agradó demasiado que Cletus te pidiera que permanecieras aquí sin hacer nada..., y aún menos que tú aceptaras. Sin embargo, creo que lo entiendo mejor desde que vi a deCastries en persona. Si alguno de ellos ha de sospechar el modo en que nos defenderemos, será él, no sus oficiales. Y lo que más puede ayudar a no despertar su duda, es tenerte aquí cruzado de brazos, cuidando de tu casa en sus mismas narices mientras él aguarda la llegada de Cletus. Conoce tu reputación militar.

—Yo no diría cruzado de brazos —repuso Eachan—. Pero estás en lo cierto. Cletus tiene la costumbre de analizar todas las variantes.

—Además del hecho... —Amanda sostuvo su mirada— de que si me ocurriera algo a mí, tú todavía estarías aquí para hacerte cargo de la situación.

—Depende de las circunstancias.

—A pesar de ellas —afirmó Amanda.

—Por supuesto —repuso Eachan—. Es evidente que, si me encontrara desocupado, y se me necesitara, yo estaría disponible.

—Sí... —Amanda se detuvo de repente—. ¡He de marcharme de aquí! —Se sentó súbitamente en el sofá y deslizó las piernas al suelo—. DeCastries y su escolta están a punto de llegar. Sólo quería pasar por aquí a informaros...

Se incorporó, pero el mareo se adueñó de ella con el movimiento repentino, por lo que, inesperadamente, se sentó otra vez.

—Amanda, sé razonable. No puedes marcharte a ninguna parte hasta que hayas descansado unas horas —explicó Melissa.

—Os lo repito, deCastries...

—¿Dijo que vendría hoy? No lo creo —intervino Eachan. Se volvió para mirarle, sus ojos mostraban una mirada casi furiosa.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Pues que no es un soldado. Es brillante, claro..., por Dios que sí, es muy brillante. Pero no es un soldado. Eso significa que se encuentra en las manos de sus oficiales. Son el típico ejemplo terrestre, que aún piensa en términos de movimiento

de unidades grandes. Quizá envíen patrullas, bien entrado el día, pero no soltarán a Dow.

—¿Y si él simplemente les ordena que lo dejen en paz? —exigió Amanda.

—Lo harían, sin duda; no obstante, no todo el mundo podría estar presente, los vehículos no estarían preparados, cuando todo se hallara dispuesto para ser cargado, antes del anochecer; e incluso Dow reconocería el peligro de adentrarse en territorio desconocido de noche.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó Melissa a su padre.

—Ese brigadier pensará en su futuro. Preferirá que Dow se enfade por no haber salido a tiempo que enviar a alguien como Dow al peligro y ser el oficial responsable de tal acción. Ya ha transcurrido más de la mitad del día. Si Dow y su escolta se ven hostigados, aunque no sea más que durante unas pocas horas, por algunos nativos de cerebro de pollito —así es como pensará el brigadier—, pueden acabar atrapados, incapaces de moverse, a la intemperie en la oscuridad. En una tierra extraña, de noche, y con un peligroso perímetro abierto en el cual pernocta una presa política tan importante como Dow. No, no..., no vendrá, como mínimo, hasta mañana por la mañana.

Eachan miró a Amanda con la cabeza inclinada.

—Aunque si quieres —prosiguió—, Melissa y yo nos turnaremos para vigilar con el telescopio. Si algo sale de Foralie, lo veremos; y para cuando nos aseguremos de que avanza en esta dirección, aún nos quedarán dos horas antes de que arribe a la velocidad media de cualquier columna. Duerme un poco, Amanda. Te llamaremos si surge la necesidad de que te marches.

Amanda cedió. Tumbada sobre una de las grandes camas de uno de los amplios y aireados dormitorios de Foralie, con las cortinas cerradas a la luz, cayó en un profundo sueño del que despertó, así se lo pareció, a los pocos minutos. Pero, parpadeando para quitarse la modorra del sueño, observó que detrás de las cortinas echadas ahora había oscuridad, y en derredor suyo toda la habitación se hallaba sumergida en una sombra más profunda que la que había cuando se durmió.

—¿Qué hora es? —gritó mientras se quitaba la única manta que la cubría.

No obtuvo respuesta. Se sentó en el borde de la cama y se obligó a despertarse por completo, luego se puso de pie y salió al pasillo, donde las luces artificiales ya estaban encendidas.

—¿Qué hora es? —repitió al llegar a la cocina.

Tanto Eachan Khan como Melissa alzaron la vista de la mesa al tiempo que Melissa se incorporaba.

—Dos horas después de la puesta del sol —respondió. Pero Amanda ya había posado los ojos en el reloj de pared del otro extremo del cuarto, que mostraba las 21:10—. Siéntate, Amanda. Querrás algo de té.

—No —dijo Amanda—. Debía encontrarme con dos de los jóvenes del grupo local justo encima de la Ciudad de Foralie antes del anochecer...

—Lo sabemos —comentó Eachan—. Enviaron a un corredor del grupo cuando vieron que no aparecías. Los dos muchachos a los que te refieres fueron a investigar acompañados de Ramón. Tiene la información que deseas.

—He de ir a reunirme con ellos.

—Amanda... ¡siéntate! —exclamó Melissa desde la cocina—. El té estará listo en un minuto.

—No quiero té —replicó Amanda.

—Claro que sí —insistió Melissa.

Por supuesto que lo deseaba. Era otra de las debilidades propias de su edad. Casi podía saborear el té anticipadamente, y su cuerpo aún pesado por el sueño lo anhelaba porque la ayudaría a despertarse. Se sentó a la mesa enfrente de Eachan.

—Bonita vigilancia habéis mantenido —comentó.

—No ha salido nadie de la Ciudad de Foralie en esta dirección antes del anochecer —repuso Eachan—. Como ya he dicho, no emprenderán el viaje con Dow de noche. De modo que entré de nuevo en la casa. Puedes quedarte toda la noche aquí si lo deseas.

—No, he de ir al punto de encuentro; y me queda mucho territorio por cubrir... —se calló cuando Melissa colocó una humeante taza delante de ella—. Gracias, Melissa.

—¿Por qué no te quedas toda la noche? —le pidió Melissa, sentándose de nuevo en su sitio—. Betta ya se ha dormido, aunque podrías verla por la mañana...

—No. Tengo que marcharme.

Melissa miró a su padre.

—¿Papá?

—No —coincidió Eachan—. Creo que quizá tiene razón. ¿Volverás para la noche siguiente, Amanda?

—No. No sé dónde estaré.

—Si cambias de parecer —indicó Melissa—, lo único que has de hacer es llegar hasta la puerta y tocar el timbre. No tengo ni que decírtelo.

Amanda dejó la casa Foralie media hora más tarde. La luna, que la noche anterior había sido llena, comenzaba a menguar, pero ciertas nubes dispersas amortiguaban la brillante iluminación con la que había despertado poco antes. Avanzó con el deslizador a toda velocidad rumbo al punto de encuentro que había estipulado con Lexy y Tim. Unos cien metros antes de llegar, halló el deslizador de Ramón vacío; dejó el suyo al lado. No se veía a nadie. Ramón no podía andar sin sus piernas ortopédicas, aunque sí arrastrarse por la tierra con las mismas dificultades que cualquier adulto. Amanda iba a emprender el ascenso hacia la colina, agachada, de modo que ningún instrumento del acantonamiento de abajo la detectara, cuando un ruido en las sombras le indicó que se acercaba gente. Unos instantes después, Ramón, Lexy y Tim se erguían del suelo a poca distancia de ella.

—Lo siento —se disculpó Amanda—. Tenía que haber llegado mucho antes.

—No era necesario —adujo Ramón.

Sus poderosos brazos le alzaron hasta su propio deslizador y allí se sentó.

—Sí que lo era —negó Amanda—. Estos dos no pudieron comenzar su misión hasta que no se tranquilizó el ambiente...

—No bajaron hasta que no fue noche cerrada —explicó Ramón—, hasta que no salieron todas las patrullas y se cerró la fábrica. La gente de la ciudad estaba en sus casas y las tropas en su campamento. Tim permaneció más allá del perímetro y Lexy se acercó justo a la primera línea de barracas, lo suficientemente cerca como para poder escuchar lo que hablaban, pero con el espacio necesario para el caso de que tuviera que huir.

Amanda trasladó su atención a Lexy.

—¿De qué hablaban?

—De cosas corrientes —explicó Lexy—. De los oficiales, del equipo, y de cuánto tiempo permanecerían aquí hasta regresar a casa. La típica conversación de los soldados fuera de servicio.

—¿Comentaron algo sobre el momento en que deCastries se dirigirá a Foralie?

—Sí, eso ocurrirá a primera hora de la mañana. Tardaron en preparar la marcha, por lo que no pudieron salir hoy —comentó Lexy—. No tienen muy buena opinión militar de nuestra gente, aunque ninguno tenía ganas de emprender el viaje una vez oscureció.

—¿Qué opinan de sus oficiales?

—No sé mucho. Hay un mayor que le cae bien a todos, pero no pertenece al personal del general. Marcan bien la diferencia entre los soldados y los oficiales.

—Ahora podéis ver por vosotros mismos cómo son las cosas con las tropas del Viejo Mundo —les comentó Ramón a los dos jóvenes.

—De todas formas, es un modo bastante estúpido de comportarse en territorio hostil —señaló Lexy—. Poseen un buen parque de vehículos ligeros. Aunque no son blindados. Los han equipado con armas livianas y pistolas. Te podría haber traído uno de sus rifles de aguja...

—Oh, ¿de verdad?

Hubo un breve silencio en la oscuridad que traicionó el reconocimiento del deslizador Lexy.

—Todas las barracas estaban vacías. Lo único que hice fue espiar en la última de la fila —explicó Lexy—. Estos soldados terrestres..., son peores que los elefantes. Podría haber entrado, robarles las pertenencias y ellos ni se habrían enterado.

La luna surgió tras una nube que la ocultaba, y bajo la pálida luz Amanda pudo ver el rostro de Lexy..., tenía la boca firmemente cerrada.

—Ramón —inquirió Amanda—, ¿no les diste la orden específica de que no se adentraran en la zona acantonada?

—Lo siento, Amanda —repuso Ramón—. No insistí en ello.

—Lexy, en ningún momento, presente o futuro, te meterás tú, o cualquier otro,

más allá de la línea exterior de las barracas, —la exasperación se apoderó de ella—. ¡Y no te encrespes! Si te molesta alguna orden, intenta guardarlo en tu interior.

Otra nube ocultó la luna. La voz de Lexy surgió de forma inesperada de la oscuridad.

—¿Por qué?

—Primero, porque probablemente una hora después desearías haberlo hecho. Segundo, porque debes aprender a no desafiar por costumbre. Nadie es tan bueno. Controla tus impulsos hasta que sepas lo que puede suceder cuando actúes.

Silencio en la oscuridad. Amanda se preguntó si Lexy estaba archivando la información que acababa de recibir para ser eliminada, o —quizá— para guardarla como referencia futura.

—Bueno —habló Amanda—. ¿Algo más? ¿Tenéis alguna información sobre sus planes? ¿Se sabe si Cletus se halla camino de Dorsai?

—No —contestó Lexy—. Comentaron la posibilidad de un traslado masivo de todos nosotros una vez que Cletus fuera juzgado en la Tierra. Incluso mencionaron algo de cambiar el nombre de nuestro planeta. Eso no tiene sentido.

Amanda respiró profundamente.

—Me temo que sí —repuso.

—¿Amanda? —Era Ramón el que preguntaba—. Creo que no te comprendo.

—DeCastries trató de darme la impresión de que toda esta invasión fue planeada sólo para arrestar a Cletus y conducirlo de regreso a la Tierra para ser juzgado. Le hice creer que lo aceptaba. No obstante, sus planes tienen mayor alcance si miramos todos los gastos que han asumido con esta campaña. Lo que en realidad desean es enterrar a los Dorsai..., y a todo aquél con uniforme que lleve ese nombre. Está claro que lo que han planeado es utilizar el juicio de Cletus como una forma de despertar el sentimiento de la población terrestre. Luego, con todo el apoyo del público, podrán conseguir los fondos que necesiten para desperdigar a nuestra gente por los mundos, darle a este planeta un nombre nuevo y cedérselo a colonizadores elegidos a tal efecto.

Amanda pensó durante un momento, mientras la luna seguía jugando al escondite con las nubes.

—Después de todo, será mejor que vuelva a Foralie esta noche —prosiguió—. Eachan tiene que saber esto, para el caso de que tenga que hacerse cargo de la situación. Lexy..., ¿alguna otra cosa?

—Nada, Amanda, de verdad. Sólo escuché conversaciones entre soldados fuera de servicio.

—De acuerdo. Quiero que continuéis vuestra escucha..., pero únicamente por la noche, una vez que el acantonamiento se haya dormido. Ramón, ¿te encargarás tú de ello? Y asegúrate de que ni Lexy ni nadie más penetra en el campamento. Sólo pueden hacerlo hasta un poco más allá de las líneas de vigilancia, si van con cautela. Pero nunca, repito, nunca, dentro de las calles del acantonamiento; y jamás en las

barracas. Es preciso tener en cuenta algo más que tu propio riesgo personal, Lexy. Lo que está en juego es todo nuestro mundo y nosotros mismos.

Silencio.

—Muy bien, Amanda, nos ocuparemos de ellos —replicó Ramón—. Si descubrimos algo más, te lo comunicaremos.

—Lo importante —comentó Amanda—, es que me hagáis saber si se tiene alguna noticia del regreso de Cletus. Bien. Os veré mañana por la noche.

Elevó su deslizador con la mínima energía para que el sonido de sus motores no fuera detectado y se dirigió en dirección a Foralie. ¿Había sido injustamente dura con Lexy? El pensamiento dominó su mente de forma libre. Ya resultaba familiar en aquellos días; Betta, Melissa, Lexy..., aparecieron en su interior. ¿Hasta dónde estaba justificado esperar que ellas reaccionaran a su manera? ¿Hasta qué punto era correcto desear que una futura Amanda actuara como lo haría ella?

No obtuvo ninguna respuesta fácil. En apariencia era injusto. Ella era injusta. Por otro lado, sin embargo, se acumulaban los hechos ineludibles. Existía la necesidad de que alguien, por lo menos, reaccionara como ella; y en realidad lo que les pedía no era sino lo que la experiencia le había enseñado que la vida requería de ellas.

Se obligó a descartar una vez más, de momento, el problema no resuelto; y se concentró en las obligaciones actuales.

A media mañana del siguiente día, se encontraba oculta entre la alta hierba de una loma y observaba la marcha de la escolta de Dow deCastries, avanzando a través de los pliegues de las colinas hacia Foralie. A su alrededor, estaban los miembros del grupo de Ramón. La columna militar consistía en lo que parecían dos pelotones de soldados al mando de cuatro oficiales y del mismo Dow; se deslizaban sobre el terreno en vehículos de colchones de aire que llevaban montados en su carrocería, menos el de Dow, rifles pesados de energía. Los coches marchaban con la lentitud de la prudencia, acompañados, en los flancos y en la vanguardia, por deslizadores.

—Arribarán a Foralie en unos veinte minutos —susurró Ramón al oído de Amanda—. ¿Cómo haremos para que los corredores lleguen antes y puedan avisar a Eachan y a Melissa?

—No enviaremos a nadie —repuso Amanda—. Eachan vendrá a ti si necesita entrar en contacto con nosotros. O tal vez lo haga Melissa. De cualquier modo, deja que ellos lo arreglen. Si lo hacen, diles que yo he ido a echarle una ojeada a la situación general del distrito. Tengo que saber qué están haciendo las demás patrullas de vigilancia.

Esperó hasta que el convoy desapareció por detrás de la colina hacia la que se dirigía, y luego bajó por la pequeña pendiente que tenía a su espalda, donde había escondido su deslizador.

—¿Dispones de energía máxima? —inquirió Ramón, mirando al aparato.

—La suficiente para que me dure una semana —replicó Amanda—. Te veré esta noche en las afueras del acantonamiento.

No dejó de moverse de un lado a otro durante el resto del día. Tal como le comentara a Dow, parecía verdad que le llevaría casi una semana abarcar todas las casas del distrito de Foralie. Sin embargo, para lo que tenía en mente, no le hacía falta llamar a cada finca, ya que poseía una red de comunicaciones que la mantenía en contacto con la gente de los grupos y las casas. Sólo debía llamar a las pocas casas con las que era preciso mantener un contacto personal, como las del personal médico o la de Tosca Aras, inválido en su hogar e inmovilizado por la edad y por una pierna rota. Tosca, al igual que Eachan, poseía una experimentada mente táctica a la que los demás podían recurrir en caso de que a ella le ocurriera algo.

De cualquier forma, su principal interés radicaba en las patrullas que Dow había dispersado por toda la zona. Eachan, que vigilaba con su telescopio instalado en el techo de Foralie, informó que dos habían salido la noche pasada, y que otras cuatro habían partido a recorrer el distrito, en diferentes direcciones, esa misma mañana. En cada caso, parecían seguir una trayectoria que les llevaría a ciertas casas, en un recorrido en el que habrían de invertir veinticuatro horas y que, al final, les traería de vuelta a la Ciudad de Foralie y a su campamento.

—No parece que busquen problemas —le comentó Myron Lee, Mayor de uno de los grupos, a Amanda, mientras se agazapaban detrás de un arbusto y espiaban a una de estas patrullas. Myron, delgado hasta el extremo de parecer demacrado, que debería rondar los cincuenta años, apenas era más fuerte que Amanda. No obstante, irradiaba la imagen de una energía inconquistable—. Por otro lado, tampoco han salido pertrechados como si no fueran a encontrarlos.

La patrulla a la que vigilaban, como todas las que había observado Amanda, consistía en un único pelotón al mando de un solo oficial. Sin embargo, los soldados iban en vehículos de transporte personal y en deslizadores, igual que la escolta de Dow; pero, en este caso, cada coche tenía emplazado un rifle de alta energía, mientras que los soldados que los flanqueaban, y aquellos que iban en los deslizadores, portaban rifles de agujas y pistolas.

—¿Qué hacen al llegar a las casas? —preguntó Amanda.

—Grababan los nombres y la imagen de la gente que las habita; también filman la casa. Una especie de censo —contestó Myron.

Amanda asintió. Había obtenido la misma respuesta cada vez que preguntaba sobre las actividades de las otras patrullas. No era un procedimiento militar inusual recopilar datos sobre la gente y los edificios de la zona en la que estuviera acampada una fuerza de ocupación...; sin embargo, el método particular de la investigación parecía implicar que la gente y las casas que inspeccionaban, pudieran ser tomadas, en algún futuro próximo, a la fuerza.

Al anoecer, se hallaba de nuevo detrás de la colina que daba a la llanura en la que estaba emplazado el acantonamiento. Cuando llegó, la esperaban Lexy, Tim y Ramón. Juntos, aguardaron un poco más mientras oscurecía del todo. Esta noche, las nubes eran todavía más densas; y cuando desapareció el último destello de luz, no

podieron verse ni siquiera a la distancia en la que se hallaban unos de otros.

—Adelante —indicó Amanda a los dos jóvenes—. Recordad: lo que más me interesa es conocer alguna noticia sobre Cletus o sobre lo que está ocurriendo en la ciudad.

Escuchó un leve oscilar de la hierba y quedó a solas con Ramón.

Pasado un poco más de una hora, regresaron los dos miembros del grupo.

—No sucede gran cosa —informó Lexy—. No se sabe nada sobre la llegada de Cletus. A ellos también les gustaría saber cuánto tiempo van a permanecer aquí y qué van a hacer. Lo único que comentan de la ciudad es lo aburrida que resulta...; se preguntan cómo será si tienen que entrar en ella. Saben que no existe ningún lugar donde se pueda beber algo o divertirse un poco. Mencionaron también que una anciana estaba enferma, pero no dijeron quién era.

—Berthe Haugrud es la mayor —comentó la voz de Ramón en la oscuridad.

Amanda dio un bufido.

—A su edad —repuso—, cualquiera que sobrepase los treinta años es viejo. De acuerdo, mañana por la noche nos volveremos a reunir aquí y lo intentaremos de nuevo.

Los dejó y se dirigió describiendo un arco hacia el este, a la casa de Aras, para verificar si el único médico del distrito, el Dr. Ekram Bayar, al que habían visto allí, tenía noticias de que alguien estuviera enfermo.

—Se marchó a Foralie —le comunicó la pequeña hija de Tosca Aras—. Llamó Melissa para decir que Betta iba a tener al niño. Ekram comentó que no esperaba que hubiera problemas, pero, al estar más cerca que el resto del personal médico, quería ir en persona. No obstante, luego regresará aquí. ¿Quieres telefonarle?

Amanda dudó.

—No —repuso—. Me he mantenido incomunicada para que los aparatos de detección que instalaron en la zona acordonada no pudieran detectarme. Esperaré un rato contigo. Si no vuelve pronto, podrías llamar tú en mi lugar y averiguar cómo van las cosas.

—Deberías dormir un poco —sugirió Mene.

—No, tengo mucho que hacer —contestó Amanda. No obstante, acabó por dar una cabezada. Mene la despertó por el intercomunicador una hora y media después; se dirigió al salón de los Aras, donde encontró a Tosca levantado, con la pierna rota apoyada sobre un almohadón, y a Mene y Akram que le acompañaban tomando una copa antes de la cena.

—¡Amanda! —exclamó Mene—. Lo de Betta fue una falsa alarma.

—¡Vaya! —Amanda buscó una silla y se dejó caer pesadamente—. ¿Han remitido los dolores?

—Incluso antes de que llegara Ekram.

Amanda miró al médico, un hombre vigoroso, de piel cetrina y unos treinta años, con una gran mata negra de cabello lacio y un poblado bigote.

—Posiblemente no me necesite —le explicó a Amanda—. Creo que va a tener uno de los partos más fáciles de la historia del distrito.

—Pero no puedes estar seguro —comentó Amanda.

—Claro que no —dijo él—. Sólo te doy mi opinión.

De repente, se dio cuenta de que Ekram, al igual que ella y el resto de la población, había estado sometida a una gran presión psíquica desde que la invasión se convirtió en realidad. Vio que Tosca alargaba un brazo hacia ella.

—Toma —dijo. Le ofrecía una copa.

—¿Qué es? ¿Whisky? Tosca, yo no puedo...

—No irás a ninguna parte esta noche —repuso—. Bébetelo. —Observó que todos tenían una copa en la mano. Tosca añadió—: Luego cenaremos.

—De acuerdo.

Cogió la copa y bebió con cautela. Tosca había diluido el licor puro con la suficiente agua como para que ella lo pudiera beber con comodidad. Miró por encima del vaso al médico.

—Ekram —dijo—, algunos de los chicos han realizado misiones de espionaje en el campamento. Me informaron que los soldados hablaban de alguien, se refirieron a una mujer mayor, que estaba enferma en la ciudad...

—Berthe —depositó la copa sobre la mesita que había delante del sillón, con el rostro repentinamente grave—. Debería ir a verla.

—No —comentó Tosca.

—Si vas allí, quizá no te dejen salir de nuevo —explicó Amanda—. Seguro que disponen de médicos militares.

—Sí. Tienen a un cirujano, un teniente coronel..., creo que más para el beneficio de este Dow deCastries que para las tropas —indicó Ekram—. He hablado con él por radio. Es una especie de delegado militar. Parece buena persona; me dijo que, cuando yo no estuviera en la ciudad, él se encargaría de atender a la gente. Claro está que espera que yo me encuentre disponible la mayor parte del tiempo.

—¿Le dijiste que estabas ocupado aquí?

—Oh, sí —Ekram mordisqueó un extremo de su bigote, algo que casi nunca hacía—. Le expliqué que como la mayoría de las madres de los jóvenes se encontraban ahora en el campo...

—¿Lo aceptó sin más? —cortó Amanda.

—¿Si lo aceptó? Claro que sí. Espero que te des cuenta, Amanda... —La miró con dureza—, de que mi trabajo no es ignorar a la gente.

—¿Y a quién estás dejando de lado? ¿A Betta? Le dijiste la verdad. Aquí tienes pacientes que necesitan tus cuidados.

—Sí —acordó él.

Sin embargo, su mirada era dura. Se apartó de ella y fue hacia la chimenea apagada que había en el otro extremo del salón; en silencio, bebió un pequeño sorbo de su copa.

—Tendré la cena preparada en unos minutos —comentó Mene, abandonando la habitación.

Durante la cena, el estado de ánimo de Ekram mejoró. No obstante, a la mañana siguiente el teléfono empezó a sonar con llamadas de otras casas, que pasaban la noticia de que otra gente que aún vivía en la ciudad, les había comunicado la noticia de dos o tres casos más de personas mayores que se hallaban enfermas.

—Ninguna de las personas que, supuestamente, están enfermas, ha llamado —señaló Mene mientras desayunaban.

—Claro que no, jamás lo harían. Son nobles..., ¡sí, malditamente nobles! Todos vosotros. Lo siento, Amanda... —Se volvió con rigidez hacia ella—. Iré a la ciudad.

—De acuerdo —aceptó.

La intención de Amanda era marcharse inmediatamente; sin embargo, se quedó más tiempo, por el temor de que Ekram tomara esa decisión. Tendrían, en efecto, que darles algo. Pero no tenían por qué darles todo.

—De acuerdo —repitió—. No obstante, no te irás hasta que anochezca. Hasta que las actividades del día hayan cesado.

—No —repuso Ekram—. Me voy ahora.

—Ekram —indicó Amanda—, tu deber debe proyectarse hacia todos. No sólo hacia los que están en la ciudad. Quizá todavía no se haya presentado la verdadera emergencia en la que te necesitamos. Eres nuestro único médico; y, antes de que esta situación termine, tal vez necesitamos el equivalente de un hospital de campo.

—Tiene razón —confirmó Tosca.

—¡Maldita sea! —exclamó Ekram. Se puso de pie, colocó la silla de nuevo en su lugar de un golpe y abandonó la cocina—. ¡Maldito sea todo este asunto!

—Por supuesto, es difícil para él —comentó Tosca—. Pero no tienes que preocuparte, Amanda.

—Muy bien —aceptó Amanda—. Será mejor que me vaya. Pasó el día rastreando patrullas. En uno o dos casos, cuando ya recorrían por tercera vez una misma zona, descubrieron que la mayoría de los soldados que componían cierta patrulla, eran los mismos que habían realizado el primer recorrido...; no sólo lo confirmó con sus ojos, sino con los más agudos de los miembros del equipo, que habían estado espionando a los diferentes destacamentos. Los escudriñó de cerca a través de un telescopio, con el propósito de descubrir alguna señal de distracción o rutina en la realización de sus tareas; pero fue incapaz de distinguir ninguna.

Tuvo mucho más éxito, con la ayuda de los miembros del grupo, en identificar los patrones de comportamiento que comenzaban a desarrollar en las rutas que tenían encomendadas. Su aproximación a cualquier casa, empezaba, por ejemplo, a ser rutinaria. Era la mejor pista que ofrecida por los soldados acerca de la opinión que tenían sobre la peligrosidad de los que aún vivían en el distrito de Foralie. Durante un instante, se preguntó cómo estarían funcionando los planes defensivos contra sus invasores particulares en los demás distritos de los cantones de Dorsai. Algunos

tendrían mayor éxito con las tropas de la Tierra, otros, menos...; pero aquello era inherente a la situación y a la naturaleza de las cosas.

Envió a las casas el mensaje de que, siempre que fuera posible, hicieran y dijeran lo mismo cada vez que les visitaran las patrullas, para aumentar la tendencia de estos contactos a la costumbre y, así, anticiparlos.

Ya era media tarde cuando un corredor llegó con un mensaje para ella que se había pasado de casa en casa, encubierto como una simple charla de vecinos.

—Ekram se ha marchado a la ciudad —le comunicó. El corredor, un joven de catorce años, la miró con los mismos ojos azules de la familia D'Aurois.

—¿Por qué? —preguntó Amanda—. ¿Te explicó las razones quien te pasó el mensaje?

—Al parecer se encontraba en la casa de los Kiempii cuando recibió una llamada del médico militar —repuso el muchacho—. El otro doctor estaba preocupado y quería identificar la causa de que la gente enfermara.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que transmitió Reiko Kiempii, Amanda.

—Gracias —dijo ella.

—... A excepción de lo último, que se refería a que Betta aún no había dado a luz.

—Gracias —repitió Amanda.

Se hallaba a una hora de deslizador de la casa de los Kiempii; que, a su vez, no estaba muy lejos de la colina en la que había quedado otra vez para reunirse con Lexy, Tim y Ramón con el fin de observar la llanura en la que se encontraban emplazadas las barracas del campamento.

Cuando llegó, Reiko, que había recibido la notificación de que Amanda iba a verla, la esperaba fuera. Amanda detuvo el deslizador y habló sin salir del vehículo cara a cara con la alta, apacible y bronceada mujer joven.

—La llamada primero la dirigieron a Foralie —explicó Reiko—, pero él ya había salido. Por fin, le localizaron aquí, hará unas dos horas.

—Entonces, no sabes lo que le dijo el médico militar, ¿verdad?

—Lo único que comentó Ekram era que tenía que bajar a la ciudad, que ya no podía dejárselo todo al otro médico.

Amanda miró lúgubrementemente a la hija de Maru Kiempii.

—Faltan tres horas para que anochezca —comentó— y para que yo pueda enviar a Lexy a espiar las conversaciones del campamento.

—Come algo. Descansa —sugirió Reiko.

—Supongo que será lo mejor.

Amanda nunca había tenido menos apetito ni menos deseo de descansar que en aquel momento. Sentía que los acontecimientos estaban precipitándose hasta el punto de la explosión, del mismo modo que había sentido cómo las olas del Atlántico, en las duras playas de su infancia, iban formando una sola ola, gigantesca, que, al romper, salpicaba hasta las altas rocas en la que ella solía situarse. No obstante, era

necesario que comiera y descansara; había tenido un día largo y, posiblemente, le esperara una noche también larga.

Poco antes del anochecer, dejó la casa de los Kiempii, y llegó al punto de encuentro con Lexy, Tim y Ramón antes de que cayera la oscuridad total. Las nubes eran densas y el aire que les rodeaba estaba impregnado de la humedad de la tormenta inminente.

—¿Se encuentra Ekram todavía en la ciudad? —preguntó.

—Sí —repuso Ramón—. Hemos establecido un cordón que rodea toda la zona, justo más allá del límite establecido por las tropas situadas alrededor de la ciudad. En todo el día no ha salido nadie, salvo las patrullas. Si Ekram se marchara, nos enteraríamos tan pronto como lo hiciera.

—Bien —dijo Amanda—. Lexy, Tim, tened mucho cuidado. En una noche como ésta, tal vez sus centinelas disparen primero y pregunten después. Y lo mismo puede ocurrir con los soldados de la zona interior del acantonamiento.

—De acuerdo —repuso Lexy.

Se marcharon. Amanda no ofreció conversación, y Ramón no la molestó con preguntas. Ahora que se hallaba en la escena de la acción real, comenzó a sentir la fatiga del día, a pesar del descanso en la casa de los Kiempii; sentada en su deslizador, durmió ligeramente.

Se despertó cuando le tocaron el brazo.

—Vuelven —comentó la voz de Ramón en su oído.

Se irguió, entumecida, y trató de quitarse la pesada oscuridad de los ojos. Casi la rodeaba con su solidez. Lo único visible era el contorno de la colina a unos treinta metros, que se perfilaba contra el cielo nublado. Las nubes se hallaban lo suficientemente bajas como para reflejar el leve resplandor proveniente de las luces de la ciudad y del campamento.

—Amanda, oímos algo sobre Cletus... —Era la voz de Lexy, pegada a sus pies. No podía distinguir a ninguno de los jóvenes.

—¿Qué escuchasteis?

—Bueno, no se trata exactamente del mismo Cletus... —intervino Tim.

—Se puede decir que sí —interrumpió Lexy—. Han recibido un mensaje de una de las naves de transporte que tienen en órbita. Captó la señal de una nave que cambiaba de fase justo en las afueras de nuestro sistema. Creen que se trata de Cletus. Si ése fuera el caso, han calculado que en unos pocos cambios de fase más, entrará en órbita alrededor de nuestro planeta; y, como mucho, piensan que descenderá a los terrenos de Foralie a primera hora de la tarde de mañana.

—¿Comentaron algo acerca de intentar arrestarlo en órbita?

—No —contestó Lexy.

—¿Esperas que lo hagan, Amanda? —inquirió Ramón.

—No —replicó ella—. Él viene por decisión propia, de modo que lo que más les conviene es dejar que entre por sí mismo en la trampa antes de cerrarla. De todos

modos, una vez que se encuentre en órbita, su nave no podrá escapar sin que las tuyas puedan destruirla. Pero, seguro que desean cogerlo vivo para montar el juicio en la Tierra; así podrán conseguir que nos deporten a todos y separarnos. De modo que no espero que hagan nada hasta que haya aterrizado. Sin embargo, siempre hay órdenes que se interpretan mal y comandantes que saltan de inmediato.

—Mañana por la tarde —musitó Ramón—. Se acerca el momento decisivo.

—Sí —corroboró Amanda lúgubrementemente—. Lexy, ¿qué más?

—Un montón de gente en la ciudad está enferma... —La voz de Lexy sonó más apagada de lo normal, como si ya se hubiera dado cuenta de hacia dónde iba a desembocar esta situación, con personas involucradas que ella había conocido durante toda su vida—. Los dos doctores están a tope de trabajo.

—¿Y los soldados? ¿Hay alguno enfermo?

—Sí, muchos —contestó Lexy—. Sólo esta noche, había una larga fila que esperaba ver al médico.

Amanda se volvió hacia la dirección en la que había escuchado la voz de Ramón y le habló al invisible Mayor.

—Ramón —dijo—, ¿durante cuántas horas permaneció Ekram en la ciudad esta tarde?

—No más de dos.

—Tenemos que sacarlo de ahí... —Su tono de voz delató el hecho de que hablaba para sí misma, y no a los otros tres; nadie le respondió.

—Quiero conocer el momento exacto en que se marche —prosiguió Amanda—. Si no ha salido para la mañana... Será mejor que pase la noche aquí.

—Si quieres trasladarte hasta la siguiente colina, te podemos construir un refugio —ofreció Ramón—. Lo alzaremos encima de ti y el deslizador, de modo que puedas extraer calor de su sistema. De esa forma, puede que te encuentres cómoda y logres dormir algo.

Amanda asintió, luego recordó que no podían verla.

—Perfecto —comentó.

Una vez en el refugio, con el respaldo del asiento del conductor echado hacia atrás y los almohadones de los demás asientos alineados para formar una cama, Amanda se tumbó a pensar. Habían cortado unas ramas, que se clavaron en la tierra alrededor del deslizador, para formar la estructura. Se hundían ligeramente bajo el peso de las hojas que la cubrían; por ello lo habían impermeabilizado con el plástico que cubría el suelo del deslizador. A pesar del agradable calor que llenaba el refugio, proveniente de la fuente de energía del vehículo a potencia mínima, el leve peso de su vieja chaqueta extendida sobre sus hombros le brindó confort.

Sentía una extraña tristeza y soledad. Las preocupaciones del momento se vieron relegadas y se perdieron entre sus recuerdos personales. Pensó una vez más en Jimtny, su primer hijo —el abuelo de Betta—, a quien ella había amado más que a sus otros hijos, aunque ninguno lo llegó a saber jamás. Jimmy, por quien ella había

velado en su infancia y edad adulta, a través de su larga vida y sus tres matrimonios, y a quien trajo aquí con ella para fundar una casa. Él era el Morgan del que todos los ap Morgan habían recibido el nombre. Vivió sesenta y cuatro años, a lo largo de los cuales fue un buen hombre y un buen padre...; sin embargo, durante todos esos años ella le había mantenido las riendas firmes.

No fue por culpa de él. Siendo un bebé de seis meses, le fue arrebatado..., robado legalmente por la familia de su padre una vez que éste murió, después de haber estado casados menos de un año y medio. Luchó durante cuatro años, de manera literal y legal, hasta que pudo vencer a sus suegros y éstos se vieron obligados a concederle sus derechos de visita; entonces, ella lo raptó igualmente y se marchó hacia el nuevo mundo, orientado a la tecnología, de Newton. Allí, se casó otra vez, y le dio al muchacho un hogar y un padre.

No obstante, cuando por fin pudo recuperarlo, ya había sido dañado. Tumbada aquí, en el refugio alzado en las colmas Dorsai, se enfrentó una vez más al hecho de que quizá aquello no fuera únicamente culpa de sus suegros. Quizá se tratara de algo genético en su propia ascendencia o en la de su primer marido. Fuera lo que fuere, había perdido a un niño feliz y sano, y recuperado un muchacho con repentinos y casi psicóticos arranques de cólera y constantes errores de juicio.

Pero ella lo había guiado, lo había protegido y controlado..., manteniéndole siempre a su lado y haciendo que, a lo largo de los años, llevara una vida feliz y llegara a una muerte apacible. Sólo que... a un precio muy elevado. Ya que nunca, durante todo ese tiempo, pudo permitirse la libertad de decirle cuánto le quería. El rigor que tuvo que mantener, su férrea autoridad, habían constituido el control emocional que a él le hacía falta y del que carecía. En su lecho de muerte, en el amplio dormitorio de Fal Morgan, ella se sintió desgarrada por el deseo de hacerle saber lo que siempre había sentido. Sin embargo, el conocimiento del egoísmo que representaba ese deseo, la ayudó a mantener el silencio. Si le explicaba con palabras el papel que ella había interpretado para él a lo largo de todos esos años, le habría arrebatado el orgullo que él sentía por la vida que había tenido, pues habría resaltado el hecho de que sin ella, él jamás se hubiera mantenido de pie.

Así que, presenció cómo que él se marchaba cumpliendo su papel hasta el final. Poco antes de morir, él intentó decirle algo. Casi podía interpretarse como un mensaje; y un pequeño rincón de su mente se aferró a la idea de que ahí, en el postrer instante, él había estado a punto de comunicarle que lo comprendía, que siempre lo había hecho, que sabía cuánto le quería.

Ahora, en la oscuridad del refugio, Amanda, como nunca antes, estuvo a punto de rebelarse contra lo que fuera que gobernara el universo. ¿Por qué la vida siempre le había impuesto que fuera la encargada de establecer la disciplina, su ejecutora, como estaba haciendo ahora una vez más? Con la mejilla apoyada contra el áspero cuero del almohadón del asiento, escuchó la respuesta en su propia mente..., se debía al hecho de que ella haría el trabajo; mientras que otros, no.

Era demasiado vieja para las lágrimas, así que se fue quedando dormida sin percibir la ola que se la llevó, con los ojos secos.

Un crujido, el sonido al ser apartadas las ramas que la envolvían por completo, la despertó en el acto. Una luz grisácea se filtraba por el plástico del refugio y se escuchaba el ruido de la lluvia rebotando en la cubierta.

—Amanda... —dijo Ramón, arrastrándose al interior del refugio.

Apenas había sitio suficiente para que él se acuclillara al lado del deslizador. Su rostro, bajo un poncho impermeable, se hallaba a la misma altura que el de ella.

Ella se sentó.

—¿Qué hora es?

—Las nueve. Ha amanecido hace casi tres horas. Ekram todavía está en la ciudad. Pensé que querías que te despertáramos.

—Gracias.

—El general Amorine, el brigadier al mando de las tropas, ha estado llamando a todas las Casas. Desea que vayas a hablar con él.

—Eso puede esperar. Doce horas —comentó Amanda—. ¿Cómo he podido dormir doce horas? ¿Han salido las patrullas? ¿Qué aspecto tenían los soldados que las componían?

—Un poco torpes. Todo el mundo marcha encorvado..., con uniformes de lluvia, claro. No ofrecían un aspecto muy feliz. Me han dicho los miembros del grupo que algunos tosían.

—¿Alguna noticia de las Casas..., alguna noticia que hayan recibido de la ciudad?

—Ekram y el médico militar permanecieron despiertos toda la noche.

—Tenemos que sacarlo de ahí... —Amanda se interrumpió, corrigiéndose—. Tengo que sacarle de ahí. ¿Qué tiempo se espera para el resto del día?

—Debería despejarse hacia la tarde. Luego, se espera que sea frío, ventoso y claro.

—¿Dispondremos de buena visibilidad para cuando arribe Cletus?

—En principio, sí.

—Bien. Transmite que quiero que se vigile a las patrullas todo el tiempo. Si puedes, comunícame cuántos soldados se ponen enfermos o son relevados del servicio. También mantén la vigilancia sobre la escolta de Dow, en Foralie. Con toda probabilidad, estarán en buena condición física; pero, no nos hará ningún daño comprobarlo. En el momento que llegue Cletus, ordena que los cuatro grupos más próximos a Foralie se dirijan hacia allí y se unan al tuyo. Rodea por completo la zona..., ¿qué es eso?

Ramón acababa de depositar un termo y una pequeña caja metálica sobre la superficie del deslizador.

—Té y un poco de comida —replicó—. La envió Mene.

—No soy una inválida.

—No, Amanda —repuso Ramón, retirándose por la abertura del refugio sobre manos y rodillas.

Una vez fuera, colocó las ramas en su sitio para sellar la entrada que había abierto. A solas, con la mente ocupada, Amanda bebió el té caliente y saboreó el también caliente guiso y las galletas que halló en la caja de metal. Cuando acabó, se incorporó y se puso su impermeable, desmanteló el refugio y dejó una vez más al deslizador en su estado original. El viento soplaba a ráfagas, llevando alguna que otra llovizna ocasional. Elevó el deslizador y lo condujo hasta la ladera de la pequeña colina, donde la figura de Ramón vigilaba con un telescopio el acantonamiento y la ciudad.

—He cambiado de idea sobre el oficial al mando —le expuso Amanda—. Iré a hablar con él...

Una ráfaga de viento y lluvia hizo que inclinara la cabeza.

—¿Amanda? —Ramón la miraba con el ceño fruncido—. ¿Y si no te deja volver a salir?

—Me dejará —dijo Amanda—. Pero, consiga conectar o no con vosotros, los grupos han de estar preparados para caer sobre la escolta de deCastries y todas las tropas que envíen contra Cletus, una vez que éste llegue a Foralie. Así como ellos lo quieren para juzgarlo, nosotros lo queremos a salvo, y también queremos a deCastries, vivo..., no muerto. Si los demás distritos no consiguen liberarse, tendremos algo con lo que poder hacer un trato. Cletus sabrá cómo utilizar a deCastries.

—Si no pudiéramos contar contigo y ya fuera la hora de atacar, ¿aguardamos a Eachan para que tome el mando?

—Sólo si crees que disponéis de tiempo..., tú y los otros Mayores. Pero si la hora se os echara encima, no lo dudéis. Actuad según vuestro criterio.

Ramón asintió.

—Te buscaré por aquí cuando regrese —dijo Amanda y elevó el deslizador, conduciéndolo en un arco por detrás de la protección de la colina, para aproximarse a la ciudad desde el extremo opuesto, por el lado que quedaba río abajo.

Se detuvo detrás de una colina para ocultar su pistola y, luego, se dirigió hacia el camino del río, donde encontró a un centinela con uniforme de lluvia de la Coalición-Alianza, a unos quinientos metros más allá de la fábrica. Encaró el deslizador directamente hacia él y lo detuvo a unos doce metros de su puesto. Mientras se aproximaba, le apuntó con su rifle de agujas.

—Saque esa arma de su funda, señora —ordenó, señalando con un gesto a la vieja escopeta—, y démela... con la culata hacia mí.

Ella obedeció.

Acomodó el rifle de agujas en un brazo para coger la pesada escopeta con las dos manos. La contempló, la alzó para inspeccionar el cañón y, luego, se la devolvió.

—Como arma no tiene mucha utilidad, señora.

—¿No? —Amanda, que había recuperado la escopeta, la hizo girar de forma horizontal hasta que el cañón se apoyó en el casco del vehículo, entre ella y el portaequipajes, sobre la unidad de energía—. ¿Y si decido apretar el gatillo ahora?

Vio que el rostro de él empalidecía, en una mezcla de incredulidad y sobresalto.

—No pensó en ello, ¿verdad? —prosiguió Amanda—. Los perdigones podrían añadir la suficiente energía cinética al núcleo de energía como para hacer que explotara, y nosotros con él. Luego, en su aparcamiento de vehículos se produciría tal reacción en cadena que destrozaría todo el parque motorizado de su ejército. ¿Pensó en ello? —Él la miró un momento más y su rostro se recuperó—. Tal vez ahora decida que es mejor requisarla, ¿no es cierto?

—No —contestó él—. No creo que vaya a suicidarse, aunque le permitiéramos acercarse lo suficiente a nuestro aparcamiento..., lo que no sucederá. —Tosió—. ¿Qué la trae a la ciudad, señora?

—Soy Amanda Morgan, alcaldesa de la Ciudad de Foralie —replicó ella—. Eso es lo que me trae aquí. Y, además, su comandante ha pedido verme. ¿Acaso no le dieron una descripción mía?

—Sí —repuso él. Tosió de nuevo, bajó el rifle y se secó con el dorso de la mano sobre la mejilla parte de la humedad que había goteado de la capucha de su impermeable. Su rostro era joven y delgado—. Tiene que dirigirse directamente a su despacho.

—Entonces, ¿a qué viene toda esta tontería?

Él suspiró.

—Órdenes, señora.

—¡Órdenes! —Le escudriñó—. No tiene buen aspecto.

Sacudió la cabeza.

—No es nada grave, señora.

Ella elevó el deslizador y pasó delante de él. El ruido de la fábrica se hizo más sonoro. Detuvo el vehículo justo enfrente de sus puertas deslizantes, tentada de mirar en su interior para comprobar si Jhanis Bins seguía ante los mandos de control. El vertedero de la ciudad aun parecía más desagradable que de costumbre. Los restos de níquel, que Jhanis vaciara hacía unos días, formaban unos hoyos que, ahora, aparecían llenos en parte por la lluvia y que, bajo este día gris, tenían un tinte amarillento. Cambió de parecer acerca de comprobar si Jhanis se encontraba en su puesto de trabajo. Quedaba poco tiempo. Tocó la barra de control del deslizador y se dirigió a la ciudad, sintiendo el viento húmedo en su cuello.

Las calles se hallaban vacías. En un callejón, detrás de la casa de Marie Dureaux, vio un deslizador aparcado que reconoció como el de Ekram. Lo dejó atrás, y se encaminó más allá del ayuntamiento, hasta la entrada de la zona de acantonamiento, donde de nuevo la detuvieron; esta vez dos centinelas.

—Su general quería verme —dijo después de identificarse.

—Si espera un momento mientras le llamamos, señora... Un instante después, le

permitieron el acceso al edificio de la comandancia, que era cuatro veces mayor que las barracas, aunque del mismo material plástico. Una vez más la detuvieron unos centinelas, y luego la escoltaron a un despacho en el que por todo mobiliario había un escritorio y dos sillas: la que se encontraba enfrente tenía todo el aspecto de ser menos cómoda.

—Si tiene la amabilidad de sentarse —le dijo el sargento que la había escoltado al despacho.

Se sentó y esperó durante unos diez minutos. Entonces entró un mayor, portando una carpeta con películas de archivo, que introdujo en su visor de mesa; activó el primero.

—¿Amanda Morgan? —inquirió, alzando los ojos del visor, que estaba en su dirección y que ella no podía ver.

—Así es —repuso Amanda—. Y usted es el mayor...

Él vaciló.

—El mayor Suel —contestó, pasados unos segundos—. Ahora bien, con respecto a la situación en la ciudad y en el distrito...

—Un momento, mayor —interrumpió Amanda—. He venido aquí para hablar con su general.

—Está ocupado. Puede hablar conmigo. Volviendo a la situación...

Se detuvo. Amanda ya estaba de pie.

—Puede decirle a su general de mi parte, que no tengo tiempo que perder. La próxima vez, que me busque él a mí —Amanda se volvió hacia la puerta.

—Aguarde un minuto... —Escuchó el ruido producido por la silla del mayor al echarla hacia atrás—. ¡Sólo un minuto!

—Ningún minuto —sentenció Amanda—. Se me pidió que viniera a hablar con el general Amorine. Si no se encuentra disponible, yo estoy muy ocupada para esperarle.

Extendió la mano hacia la puerta.

No se abrió.

—Mayor —dijo, girando la cabeza para mirarle por encima del hombro—, abra la puerta.

—Regrese y siéntese —dijo él de pie detrás del escritorio—. Podrá marcharse después de que hayamos hablado. Estamos en una base militar...

De nuevo se detuvo. Amanda había retornado al escritorio, y lo rodeó para mirar por el visor. Presionó la tecla del interfono y el documento que había en él se desvaneció para mostrar la cara del sargento que la había escoltado.

—Señor... —El sargento, confundido, se interrumpió cuando vio a Amanda.

—Sargento —dijo Amanda—, comuníqueme de inmediato con Dow deCastries en la Casa Foralie.

—¡Cancele eso! —exclamó el mayor—. Sargento..., cancele esa llamada.

Desconectó el interfono y se dirigió a la puerta.

—¡Espere! —le espetó a Amanda y atravesó la puerta.

Amanda le siguió, pero, una vez más, descubrió que estaba cerrada. Volvió hasta su silla y se sentó. Menos de cinco minutos más tarde, el mayor regresó; tenía la piel del rostro tensa. Evitó mirarla directamente a la cara.

—Si es tan amable, sígame —invitó, manteniendo la puerta abierta.

—Gracias, mayor.

La guió hasta un despacho más grande y cómodo, que tenía un ventanal que la lluvia estaba azotando. Había un escritorio en una esquina; sin embargo, el resto del mobiliario consistía en sillones mullidos, con la única excepción de una silla de respaldo recto situada delante de la mesa. Amanda fue conducida hasta ella.

El general Amorine, que se hallaba de pie ante la ventana, se dirigió al sillón que había detrás del escritorio.

—He tratado de ponerme en contacto con usted durante dos días —comentó.

—Y yo he estado ocupada realizando lo que le prometí a Dow deCastries —repuso ella—. Sigo ocupada en ello; este viaje para verle a usted me está retrasando.

Él la miró con el rostro rígido. Un arranque súbito de tos se apoderó de su garganta.

—Alcaldesa —dijo cuando dejó de toser—, no se encuentra en posición de presionar.

—General, no le estoy presionando. Es usted quien lo hace. —Yo soy el oficial al mando de las fuerzas de ocupación —explicó—. Es mi deber presionar cuando las cosas no funcionan. —Se detuvo, como si fuera a toser de nuevo, pero no lo hizo. Una ráfaga de lluvia chocó con violencia contra la ventana justo en el momento en que se produjo ese breve silencio entre los dos. Amanda esperó—. He dicho —repitió—, que misión mía presionar cuando las cosas no funcionan.

—Le he oído —comentó Amanda.

—Y no están funcionando ahora —repuso Amorine—. No están funcionando como yo querría. Deseamos un censo de este distrito y toda la información pertinente..., y sin demoras.

—No ha habido ninguna demora.

—Yo pienso que sí.

Amanda se le quedó mirando.

—Sé que así ha sido —dijo Amorine.

—¿Por ejemplo?

La miró durante vanos segundos sin pronunciar palabra.

—¿Cuánto tiempo —preguntó— ha transcurrido desde que abandonó la Tierra?

—Unos setenta años —replicó Amanda.

—Eso pensé —dijo—. Después de tanto tiempo de permanencia aquí, en los mundos nuevos, ustedes olvidan cómo es la Tierra. En los planetas inhóspitos, rodeados de grandes extensiones de terreno y muy poca gente, incluso en sus centros de población más grandes, ustedes tienden a olvidar.

—¿El caos y la sobrepoblación?

—¡La gente y el poder! —exclamó duramente..., y un nuevo ataque de tos le interrumpió. Se limpió la boca—. Cuando aquí ustedes piensan en términos de gente, piensan en miles..., millones, como mucho, y abarcando el planeta entero. Sin embargo, en la Tierra, esos mismos números se cuentan por miles de millones. Ustedes hablan de industria y piensan en unos pocos cientos de miles de metros cuadrados dedicados a la manufactura en todo el planeta. En la Tierra, ese espacio se mide en trillones de metros cuadrados. Ustedes hablan de usar unos pocos millones de kilovatios hora de energía. ¿Sabe cómo se cuentan los kilovatios hora empleados en producir energía para la Tierra?

—¿Y con eso, qué? —preguntó Amanda.

—Con eso... —Tosió—. Con eso, quiero demostrarles cómo ustedes olvidan la diferencia. Aquí, en setenta años, han olvidado cómo es de verdad la Tierra, en términos de riqueza y fuerza; y empiezan a creer que pueden enfrentarse a ella. El poder más grande que jamás conoció la especie humana se cierne sobre ustedes como un gigante, y se permiten soñar con que pueden luchar contra ese poder.

—Entren en nuestro patio, y podremos luchar contra ustedes —comentó Amanda—. General, ahora se encuentran muy lejos de sus millones y trillones.

—No —repuso Amorine, y lo dijo sin toser y sin acalorarse—. En eso consiste, precisamente, su autoengaño. La Tierra, siempre que lo desee, dispone del poder para suficiente para barrer cualquier planeta colonizado por el hombre. Cuando la Tierra se mueva, cuando decida moverse, ustedes desaparecerán. Y su gente, desaparecerá para siempre. Se ahorrará a sí misma y a todas las personas a las que ama muchos problemas si puede despertar de su ilusión y enfrentarse a los hechos tal como son. —La miró. Ella le devolvió la mirada—. Usted, todos ustedes, en la práctica es como si ya no estuvieran —prosiguió—. De momento, aún les queda su ciudad, sus hogares, y su propio nombre; no obstante, todas esas cosas desaparecerán. Usted misma, en su vejez, va a ser trasladada a otro lugar, a un sitio que no conoce, para morir entre extraños..., y todo porque ha sido lo suficientemente estúpida como para olvidar lo que es la Tierra.

Se detuvo. Ella permaneció inmóvil, en silencio.

—No existe el indulto ni hay posibilidades de elección —continuó él—. Lo que le digo es sólo para su información. Nuestros políticos todavía no lo han anunciado... pero, Dorsai ya es un planeta olvidado; y todos sus habitantes serán pronto dispersados entre los demás planetas habitados. Para usted, y únicamente para usted, tengo una oferta, que, repito, sólo para usted, hará que todo resulte más fácil.

Esperó; sin embargo, ella no hizo siquiera ademán de replicarle.

—No están cooperando con nuestras fuerzas de ocupación —comentó—. No me importa la opinión que tenga de usted el señor deCastries. Yo lo sé. Reconozco la falta de cooperación cuando me la encuentro. Sería un inepto en mi puesto si no fuera así. Tenga en cuenta que no nos hace falta contar con ella, aunque admito que

ayudaría. Ahorraría papeleos, esfuerzos y explicaciones. De modo que, lo que voy a ofrecerle, es esto: coopere y le prometo a usted que los pocos años que le queden de vida, podrá vivirlos aquí, en su mundo. Tendrá que presenciar cómo se traslada a toda la población; no obstante, usted no se verá obligada a acabar sus días entre extraños. —Se detuvo—. Sin embargo, ha de contestarme ahora —añadió—, o perderá, definitivamente, la oportunidad. Conteste que sí ahora, y todo seguirá su marcha normal o, de lo contrario, perderá la posibilidad. ¿Bien?

—General —replicó Amanda—. Le he escuchado. Escúcheme a mí ahora. Usted es el que sueña. No somos nosotros los que ya estamos muertos..., es usted y sus hombres. Ya han sido derrotados.

Sólo que no lo saben aún.

—Señora Morgan —intervino Amorine con vehemencia—, es usted una tonta. No hay manera de que puedan derrotar a la Tierra.

—Sí —comentó Amanda lúgubrementemente. Otra ráfaga de lluvia azotó la ventana, que vibró, como si en ella repiquetearan los dedos de los niños muertos—. Créame, la hay.

El general se incorporó.

—Muy bien —dijo—. Lo he intentado. A partir de este momento, lo haremos a nuestra manera. Puede marcharse.

Amanda también se puso de pie.

—Una última cosa —comentó—. Quiero ver a Cletus cuando aterrice.

—¿Cletus? ¿Se refiere a Cletus Grahame? —Amarine la contempló—. ¿Qué le hace creer que piensa aterrizar aquí?

—No diga tonterías, general —repuso Amanda—. Usted sabe, al igual que yo, que lo hará a primera hora de la tarde.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Todo el mundo está al corriente de eso.

La observó con ojos furiosos.

—¡Maldición! —exclamó en voz baja—. No, no puede ver a Grahame..., ni ahora ni en el futuro.

—Debo informar a la gente de que se encuentra bien y de si está de acuerdo en permanecer bajo su custodia —explicó Amanda—. ¿O prefiere que el distrito se levante en armas de forma espontánea?

La miró con odio. Comenzó a toser otra vez. Cuando remitió el ataque, asintió.

—Aterrizará, aproximadamente, en una hora. ¿Le asigno un sitio donde pueda esperar?

—Si es dentro de una hora, me dirigiré a la ciudad a hacer algunas cosas. ¿Puede notificarlo en el espaciopuerto para que sus soldados me dejen pasar?

De nuevo asintió.

—Pregunte por el teniente Strange —dijo.

Ella se marchó.

Ya en la ciudad, vio que el deslizador de Ekram se hallaba todavía aparcado detrás de la casa de Marie Dureaux. Estacionó el suyo al lado y entró en la cocina por la puerta trasera. Ekram se hallaba ahí; estaba lavándose las manos en la pila. Cuando escuchó el ruido de alguien que entraba, miró por encima del hombro.

—¿Y Marie? —preguntó Amanda.

—Marie ha muerto. —Volvió a concentrarse en la pila.

—Y tú todavía estás en la ciudad.

Terminó de lavarse y se giró hacia ella, secándose las manos con un trapo de la cocina.

—Berthe Haugsrud ha muerto —dijo—. Bhaktabahadur Rais también. Quince más se encuentran moribundos. La joven Marte Haugsrud se halla enferma. En el acantonamiento han muerto cinco soldados, treinta más están muriendo y la mayoría de los que se encuentran enfermos.

—De modo que tiene que marcharse —repuso ella.

—¿Marcharme? ¿Cómo puedo marcharme? Su oficial médico sabe que algo está ocurriendo. Y no puede hacer nada al respecto. Sería un idiota absolutamente incompetente si no lo supiera, en especial desde que han comenzado a recibir informes de las restantes unidades de ocupación —no de muchas, aunque con unas pocas basta—, donde está sucediendo lo mismo. Lo único que les ha mantenido los ojos vendados es el hecho de que primero atacara a nuestra gente. Si me marcho ahora... —Se interrumpió. Tenía el rostro demacrado por el cansancio; necesitaba un afeitado.

—Se marcha —insistió Amanda—. Es una orden.

—¡Al infierno con las órdenes!

—Cletus va a aterrizar en una hora. Usted ya ha dispuesto de tres horas de luz diurna en la ciudad. Y en tres horas más, tendremos una guerra abierta. Lárguese de aquí, retírese a las colinas, y prepárese para atender a los heridos.

—Los jóvenes... —Se tambaleó ligeramente—. Jóvenes, jóvenes con pistolas...

—¿Se marchará?

—Sí —su voz sonó apagada.

Salió, sumamente rígido al pasar a su lado, por la puerta de la cocina. Amanda le siguió, vio cómo se subía a su deslizador, con los movimientos lentos propios del cansancio, lo ponía en marcha y se dirigía fuera de la ciudad.

Luego, entró de nuevo en la casa para ver si había algo que pudiera hacer por los restos de Marie. Pero, no había nada que hacer. Se marchó, encaminándose a la casa de los Haugsrud para comprobar si podía llevarse a Marte con ella fuera de la ciudad, ahora que Berthe estaba muerta. Sin embargo, las puertas se encontraban cerradas y Marte se negó a contestar, a pesar de que Amanda pudo verla a través de una ventana, sentada en un sillón del salón. Amanda intentó diversas formas de entrar por la fuerza, pero el tiempo comenzaba a escasear. Por fin, dio media vuelta y se dirigió hacia la pista de aterrizaje.

Casi llega con retraso. Cuando logró ponerse en contacto con el teniente Strange y se le permitió el paso a la pista, un transbordador, con el emblema solar de los Exóticos grabado en el fuselaje, ya había aterrizado; Cletus estaba bajando a la plataforma. Una fila de vehículos y una escolta armada ya le esperaban.

Portaba una pistola, que se le requisó; luego, fue conducido hacia el segundo de los vehículos aparcados.

—¡He de hablar con él! —exclamó Amanda con fiereza, dirigiéndose a Strange—. ¿No le dieron órdenes de que podía hablar con él?

—Sí. Por favor..., aguarde un minuto. Espere aquí.

El teniente se adelantó y habló con el coronel a cargo de la operación. Después de una breve discusión, Strange regresó a buscar a Amanda.

—Si es tan amable de venir conmigo —la condujo hasta Cletus que ya se hallaba sentado en el interior del coche.

—¡Amanda! —Cletus miró por la ventanilla abierta—. ¿Se encuentra todo el mundo bien?

—Perfectamente —repuso Amanda—. He asumido el puesto de Alcalde que me cedió Piers.

—Bien —comentó Cletus con un deje de urgencia. Su abierto y delgado rostro parecía un poco más flaco que cuando ella lo viera por última vez, y surcado por unas arrugas más acentuadas sin duda debidas a la tensión—. Me alegro de que seas tú. ¿Le dirás a todo el mundo que permanezca tranquilo? No quiero que nadie se excite y haga algo raro. Los soldados de ocupación se han comportado correctamente, ¿verdad?

—Oh, sí —contestó Amanda.

—Bien. Pensé que así lo harían. Entonces, dejaré todo en tus manos. Me llevan a Casa Grahame..., quiero decir, a Foralie. Parece ser que Dow deCastries ya se encuentra allí; estoy seguro de que una vez que hable con él, arreglaremos toda esta situación. De modo que lo único que tiene que hacer todo el mundo es permanecer tranquilo durante uno o dos días, y las cosas se solucionarán. ¿Te encargarás de que el distrito lo comprenda?

Por el rabillo del ojo, Amanda pudo ver las expresiones de desprecio creciente en las caras de los oficiales de la Coalición que oían la conversación.

—Me ocuparé de ello, Cletus. —Sé que lo harás. Oh..., ¿cómo se encuentra Betta?

—La verás cuando llegues a Foralie —replicó Amanda—. En cualquier momento dará a luz.

—Bien. Bien. Dile que vi a su hermano David hace unos días, y que está perfectamente. No..., aguarda. Se lo comunicaré yo mismo, ya que la veré antes que tú. Pronto hablaremos, Amanda.

—Sí, Cletus —corroboró Amanda, apartándose del coche. El convoy se puso en marcha.

—¿Y ése es el genio militar que tienen? —Oyó que uno de los soldados le murmuraba a otro mientras ella regresaba con Estrange.

Cinco minutos más tarde, se alejaba del cordón de centinelas que rodeaba la ciudad; y veinte minutos después, habiendo realizado una sola parada para recoger su pistola, estaba al lado de Ramón, que se hallaba en el interior de su propio deslizador y contemplaba, oculto, el avance más lento del convoy que se dirigía hacia Foralie.

—Que todos los grupos disponibles ocupen su posición alrededor de Foralie antes de que ellos arriben —dijo—. Pero, cuando aparezcan, que los dejen pasar. Hemos de permitirles que se reúnan primero con Dow. Luego atacaremos.

—La mayoría de los hombres que componen el convoy están enfermos —le informó Ramón.

—Sí —repuso Amanda, a medias para sí misma—. Sin embargo, los que han permanecido todo el tiempo con Dow se encuentran en perfectas condiciones. Se trata de tropas experimentadas; si no los reducimos en los primeros minutos, nos va a costar...

—Tal vez no —comentó Ramón. Ella le observó.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá no todos los que están en Foralie se encuentren bien. No he tenido ocasión de decírtelo, pero, una patrulla llegó hoy temprano y permaneció en la casa unas dos horas. Quizá hicieran un relevo de tropas.

—No es muy factible —Amanda frunció el ceño—. Dow es su personaje más importante. ¿Por qué habrían de relevar a las tropas sanas que le protegen, y reemplazarlas por los enfermos, sólo para tener más soldados aptos en la ciudad?

—Tal vez tengan una razón que nosotros desconocemos. Amanda sacudió la cabeza.

—No lo creo —señaló—. De hecho, hasta que no me confirmen que se produjo ese intercambio en Foralie, no lo creeré. Proseguiremos nuestro plan bajo la presunción de que las tropas emplazadas allí se encuentran en perfecto estado, y que la única ventaja de la que disponemos, es la sorpresa. Cletus, bendito sea, nos ha ayudado en todo lo que ha estado a su alcance. Hizo todo lo posible para acallar sus suspicacias en la ciudad.

—¿Sí? —Ramón la miró—. ¿Qué hizo?

Amanda le narró lo que había dicho Cletus desde el coche militar para que pudieran oírlo los soldados allí presentes. El rostro de Ramón se tornó pensativo.

—Sin embargo, quizá hablaba en serio cuando dijo que no hiciéramos nada... —La voz se le cortó ante la expresión que apareció en la cara de Amanda.

—¿Si un gallo se te acercara y graznara como un pato —preguntó Amanda de modo cortante—, ignorarías todo lo que sabes de su naturaleza y decidirías que se había convertido en una anátida? Aunque Cletus hubiera perdido el sentido, ello no alteraría la situación para todos nosotros —continuó—. Todavía tenemos que entrar allí, rescatarle, y capturar a deCastries cuando llegue a Foralie. Es la única

oportunidad de que disponemos. Pero no te preocupes. Cletus entiende bien la situación.

Con la cabeza le indicó su deslizador.

—Haz que los grupos ocupen sus posiciones. Me reuniré contigo en Foralie antes de que lleguen.

—¿Dónde estarás? —La cara de Ramón se hallaba algo pálida.

—Voy a reunir a todos los adultos de las Casas más próximas que puedan empuñar un arma, salvo a las mujeres que tengan niños pequeños. Necesitaremos a todos aquéllos con los que podamos contar.

—¿Y qué pasará con las demás patrullas?

—Una vez que nos apoderemos del propio deCastries, no tendremos demasiada oposición por parte de nadie que haya estado en la Ciudad de Foralie. La mitad de ellos morirán en una semana, y el resto no podrá luchar.

—Puede que luchen aunque se encuentren enfermos.

—¿Cómo van a poder...? —Se detuvo, observando fijamente, de repente, los ojos de Ramón—. ¿Qué te ocurre? Deberías saberlo.

—No quise saberlo —repuso—. No escuché cuando nos lo explicaron.

—¿No lo hiciste? —comentó Amanda—. Bien, entonces será mejor que escuches ahora. El monóxido de carbono, cuando se mezcla con el níquel finamente dividido, se convierte en un líquido, el níquel carbonil; se trata de un líquido volátil a veinticinco grados centígrados, que hierve a cuarenta y tres y se evapora a temperaturas normales en el exterior. Una millonésima parte puede bastar para producir una dermatitis alérgica y edema en los pulmones..., irreversibles.

El rostro de él era sombrío. Tenía la boca abierta, como si buscara aire.

—No me preocupa la lucha —comentó con voz espesa—. Pero sí el pensamiento de las bajas que se producirán entre los soldados. Si esta guerra pudiera pararse ahora, antes de que comenzara...

—¿Bajas? ¿Antes de que empiece? —Amanda le miró fijamente—. ¿Qué crees que representan Berthe Haugsrud y Bhak y los otros de la ciudad?

Él no contestó.

—Son nuestras bajas —prosiguió ella—, ya censadas. La guerra que deseas detener antes de que dé comienzo, se ha estado desarrollando durante dos días. ¿Pensaste que se llevaría a cabo sin ningún coste?

—No, yo... —Se tambaleó un poco en su deslizador; la repentina oleada de cólera que había despertado en ella, súbitamente, se desvaneció.

—Lo sé —afirmó—. Hay cosas en las que no te resulta fácil pensar. Tampoco son fáciles para Ekram. Ni para mí, ni para nadie.

Tampoco fue fácil para gente como Berthe, que permaneció en la ciudad sabiendo lo que le iba a ocurrir. Sin embargo, ¿tienes tú razones más elevadas para vivir que las que tuvieron ellos, o la que tendrán los muchachos y las muchachas de los grupos?

—No —contestó él—. Bueno no puedo evitar sentirme así.

—No —acordó ella—. No, claro que no puedes. Bueno, de todos modos, haz todo lo posible.

Asintió, atontado, y alargó la mano hacia la barra de su deslizador. Amanda contempló como lo elevaba, tras alejarse de él un poco, y se quedó mirando durante un largo momento sus poderosos hombros, ahora abatidos y cansados. Luego, abordó a su propio deslizador y se encaminó en una dirección que formaba un ángulo recto con la que había seguido él.

Mientras pilotaba el vehículo, se reprochó la furia con la que le había hablado. Aún era joven, y no había visto lo que la gente podía hacerle a otra gente. Carecía de base experimental con la que poder imaginar lo que les ocurriría a los Dorsais desposeídos, una vez que se los dispersara, separándolos, entre las poblaciones de los otros mundos, educadas para mirarlos con odio y desprecio. Él todavía podía aferrarse a la esperanza de que cualquier enemigo era susceptible de ser derrotado con la inteligencia, de forma que, ni los amigos ni los enemigos, tuvieran que padecer sufrimientos.

Se dirigió hacia la Casa de los Aras para recoger a Mene, que constituiría su primer alistamiento entre los reclutas adultos que atacarían Foralie.

Incluso ahora, mientras viajaba observando el paisaje, notó cómo las montañas calmaban su espíritu. La lluvia había cesado, tal como vaticinaron los informes meteorológicos que le suministrara Ramón, y un veloz viento convertía el manto de nubes en jirones. El cielo cuando se reveló en su totalidad, era de color azul intenso; y el aire, en alas de una brisa continua, soplaba con una frialdad estimulante. Se sintió tranquila, concentrada y con la mente despejada.

Para bien o para mal, iban a entrar en combate. Ya no quedaba tiempo para analizar si los individuos estarían a la altura de las circunstancias. No quedaba tiempo para que ella siguiera catalogando las carencias que había observado en gente como Betta, Melissa, Lexy y, ahora, en Ramón. El tiempo también se había agotado para la decisión que tenía que tomar respecto al nombre del bebé de Betta. Antes de que se llevara a cabo el ataque a Foralie, debía comunicarle a alguien la decisión que fuera a tomar, de modo que, en caso de ser necesario, otros se la pudieran transmitir a Betta. Haría eso. En el último instante lo decidiría, de una u otra forma, y terminaría con el asunto.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, metió el deslizador en un hueco entre las colinas; Mene la acompañaba. Mientras subía por la cresta de la colina y bajaba hasta la oculta oquedad, distinguió a los Mayores responsables de cinco grupos; les acompañaban, aproximadamente, una docena de jefes de grupo y corredores, además de Jer Walker, que se apoyaba en sus muletas, con un rifle colgando del hombro de su frágil cuerpo de noventa años. Nueve de las mujeres reclutadas, la mayoría jóvenes, y también armadas, ya estaban presentes. Pero, lo que más le alegró, fue la contemplación de la inusual pareja que formaban Arvid Johnson y Bill Athyer, junto

con seis de los Dorsais que habían podido mantener con ellos como ayudantes personales.

Amanda detuvo el deslizador, salió de él y caminó hasta Arvid y Bill.

—Deliberadamente, no contaba con vosotros —repuso—; aunque tenía la esperanza de que os presentaríais.

—Nos necesitaréis —dijo Arvid—. ¿Sabía que Swahili es ahora el oficial al mando de la escolta de Dow? Llegó esta mañana con fuerzas de relevo.

—¿Swahili? —Amanda frunció el ceño, ya que el nombre le sonaba, aunque no podía identificarlo.

—En las fuerzas de la Coalición ostenta el rango de Mayor. No obstante, era uno de los oficiales de Eachan Khan —explicó Bill—. Un Dorsai..., lo fue, aunque, con toda seguridad, usted no le ha visto nunca. No le gustaban los lugares donde no se librara una batalla. Se unió a Eachan hace unos años, en uno de los contratos que éste cumplió en algún planeta, y creo que sólo vino a este distrito, siempre con estancias muy breves, una o dos veces. Lo único que de vez en cuando le traía a Dorsai de visita era el nuevo centro de entrenamiento que Cletus había instalado en el otro extremo del planeta.

—Sin embargo, lo importante es que, literalmente, es un Dorsai..., o lo fue. De hecho, uno de los mejores que tuvimos jamás, —expuso Arvid—. Si existe alguien que pueda descubrir nuestro plan antes de que nosotros lo deseemos, será él.

La voz de Arvid adquirió un tono extraño, casi triste.

—Sí, es así de eficaz. Algunos... —Bill miró durante un segundo a su alto compañero— llegamos a creer incluso que era el mejor de todos nosotros..., en algunos aspectos. De cualquier forma, ése es el motivo por el que Arvid y yo entraremos en acción los primeros, para asegurar la casa.

—Entonces, ¿toman el mando? —preguntó Amanda.

—No lo habíamos pensado —acotó rápidamente Arvid—. Por supuesto, se trata de su distrito...

—No diga tonterías —cortó Amanda—. Haremos cualquier cosa que funcione. ¿De verdad creyeron que mostraría alguna susceptibilidad en relación con mi autoridad?

—No —replicó Arvid—. No. No obstante, creo que lo mejor es que usted mantenga el mando general. Esta gente la conoce, y a nosotros no. Sólo denos una ventaja de cuatro minutos, luego avancen. Nosotros nos apoderaremos de la casa. Eso le dejará a usted todas las edificaciones circundantes que se alzaron para las tropas de escolta, además de la casa. ¿Cómo piensan llevarlo a cabo?

—Del único modo posible —contestó Amanda—. Yo avanzaré primero, con otros adultos detrás de mí..., sin escondernos, abiertamente, como vecinos que vienen de visita...; intentaré desarmar al centinela. Luego nos apoderaremos de las barracas —me refiero a nosotros, los adultos— una a una. Mientras tanto, los grupos, acordonarán la zona y tratarán de que, ocurra lo que ocurra, no escape ningún

soldado. Arvid asintió.

—De acuerdo —dijo—. Nuestra información es que todos los hombres del convoy que escoltó a Cletus se encuentran bastante enfermos y en malas condiciones. Supongo que usted también conocerá la información de que la mayoría de las tropas sanas, las que vinieron aquí con Dow al principio, fueron trasladadas a la ciudad y reemplazadas por los soldados de la patrulla que comandaba Swahili..., una patrulla de soldados también enfermos que fueron enviados esta misma mañana. Eso le facilitará las cosas. Amanda lanzó un bufido.

—Me comentó lo mismo Ramón..., uno de los Mayores de los grupos —dijo—. Pero no me lo creo. ¿Por qué cambiar a buenos soldados por otros enfermos, en especial cuando está involucrado alguien tan importante como Dow?

—No obstante, se ha comprobado —repuso Arvid—. Hemos sabido que Dow recibió una llamada de su médico militar ayer a última hora de la noche. Él fue el que ordenó el cambio.

—¿Controlasteis vosotros esa llamada?

—No. Sólo recibimos un informe a través de la ciudad de Foralie.

Amanda sacudió la cabeza, terca.

—Una evidencia más —comentó Arvid—. Basándonos en el informe, hice que dos hombres de mi personal observaran a la patrulla que salía y a la que regresaba. Aquellos que volvieron, eran caras totalmente nuevas.

Amanda suspiró.

—De acuerdo. Si eso es correcto... —Se apartó de él—. Marchad cuando estéis preparados.

—Ya lo estamos —repuso Arvid—. Cuatro minutos.

—Buena suerte —les deseó, y se acercó a su propio grupo, compuesto por las mujeres que pudo reunir, Jer, los cinco Mayores y los jóvenes miembros de los grupos, que portaban sus rifles de agujas y de energía en el hueco de los brazos, con el cañón apuntando al suelo, como si fueran armas de caza.

—Muy bien —les dijo a todos—. Ya sabéis cuáles son vuestras misiones y acabáis de oírme hablar con Arvid y Bill...

Vaciló, y, extraña e inusualmente, no encontró palabras. Había algo que necesitaba comunicar; algo que había surgido en ella a lo largo de mucho tiempo, y que deseaba decirles antes de comenzar a realizar su misión. No obstante, fuera lo que fuere, no quería definirse en su interior. Un deslizador surgió por la cresta de la colina opuesta a Foralie y se encaminó hacia ellos a toda velocidad; transportaba a Reiko Kiempii, que venía armada. Amanda vio que los ojos de la mujer alta y joven se dirigían durante un segundo hacia Arvid. Reiko llegó hasta ellos y bajó del vehículo.

—Me lo comunicaron por teléfono justo antes de marcharme —le comentó a Amanda—. Betta está dando a luz..., y ahora va en serio.

—Gracias —le expresó Amanda, casi sin darse cuenta de que había hablado.

De repente, como si hubieran accionado un interruptor, las palabras que había estado buscando, aparecieron en su boca. Con ellas, todo, bruscamente, encajaba..., su silencioso amor por Jimmy y por Fal Morgan, los años de lucha y de supervivencia contra los mercenarios proscritos que asolaban a los recién instalados Dorsais, el constante envío de hombres jóvenes de cada generación para que murieran en otros mundos, con el fin de que pudieran ganar los suficientes créditos interplanetarios que les permitieran crecer como comunidad..., tal como ellos eran y deseaban ser.

Tal como eran.

Ésas eran las palabras mágicas. Tenían el derecho a ser como eran; y se trataba de un derecho por el que valía la pena pagar cualquier precio. Este duro planeta no había sido reclamado por nadie, nadie lo quiso. Sin embargo, ellos lo aceptaron, ella y los otros como ella. Lo habían levantado con sus propias manos y sangre. Era de ellos. *Amas, pensó de repente, aquello a lo que te entregas..., en la misma proporción en la que das.*

Eso era lo único que había querido decir. Ahora, mirando los rostros adolescentes de los miembros de los grupos que la rodeaban, a las otras mujeres adultas, al viejo Jer Walker, se dio cuenta de que nunca existió la necesidad de pronunciarlas. Desde el más joven al más anciano, ellos ya lo sabían. Lo llevaban en la sangre y en los huesos, de la misma forma que lo llevaba ella. Quizá no todos, en el fondo de sus mentes, lo habían expresado aún con palabras, tal como ella acababa de hacer...; pero lo sabían.

Los miró. Entremezclados con sus figuras vivientes, le pareció que contemplaba la presencia de fantasmas..., el de Berthe Haugsrud, el de Bhaktabahadur Raisel, del mismo Jimmy, y el de todos aquellos de las restantes Casas que habían muerto por los Dorsais, tanto aquí como en otros mundos. Como las montañas, los rodeaban, esperando con paciencia.

Como una revelación, pensó que nada de ello importaba: sus debilidades individuales, las cosas de las que parecían carecer y que ella, de forma innata, poseía, o había aprendido con el tiempo. Ella había sido culpable de Amandamorfismo..., creyendo que sólo alguien igual que ella podía ganarse la cualificación para desempeñar el papel que, durante tanto tiempo, había realizado. El hecho de que no hubiera dos personas que fueran exactamente iguales podía resultar mentalmente útil.

Llegaba un momento en que todo el mundo debía enfrentarse con el hecho de que las decisiones últimas debían adoptarlas otros, incluido el tiempo. Un momento en que se demostraba que la fe, correcta o incorrectamente, había sido depositada, y que ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. No dependía de ella dejarle a Betta su última decisión en lo referente a la utilización del nombre de Amanda con su bebé. La propia Betta era quien tenía que decidirlo, del mismo modo que Amanda había tomado las decisiones necesarias en su época, y al igual que lo deberían hacer todas las generaciones futuras.

—¿Por qué sonríes, Amanda? —preguntó Reiko, mirándola desde su altura.

—Por nada —repuso Amanda—. Absolutamente por nada.

Se volvió hacia los demás.

—Yo iré primero —comunicó—, tan pronto como Arvid y Bill, junto con sus hombres, hayan dispuesto de la ventaja de cuatro minutos. Vosotros, seguidme, con dos personas por deslizador, desde diferentes direcciones. Hasta donde nos sea conveniente, usaremos a Betta como una excusa para reunimos en Foralie. En realidad, la excusa tendrá poca importancia... —Se detuvo y contempló sus rostros. Continuó—: Yo, primero. Luego, Mene y Reiko. Los demás, agrupaos como deseéis. Miembros de los grupos, permaneced próximos los unos a los otros y disparad si es necesario; pero, no entréis en la zona de las barracas a menos, o hasta, que uno de nosotros os llame. Y eso incluye a los Mayores. Mayores, quedaos junto a vuestros grupos. Si todo saliera mal, será responsabilidad vuestra alejar a los grupos e internaros en las montañas para sobrevivir. ¿Lo habéis comprendido todos?

Asintieron con algunos murmullos de afirmación.

—De acuerdo... —Un destello rojo la interrumpió; se trataba de un paño que ondeaba justo detrás de la cresta de la colma que daba a Foralie—. De acuerdo. El convoy está a la vista. Le llevará, aproximadamente, otros cinco minutos llegar hasta la casa. Que todo el mundo vaya a la cima y se prepare para entrar en acción.

Tumbada junto a los demás en la cima, espío al convoy, oculta entre la hierba. Incluso para sus ojos, el vehículo que avanzaba en vanguardia de la columna parecía moverse de forma irregular. Evidentemente, esa parte de la información de Arvid —la que se refería a la enfermedad de todas las tropas del convoy—, era correcta. Cruzó los dedos mentalmente, con la esperanza de que también fuera cierto el resto...; aunque ella tenía algunos reparos. Si contaba a los miembros de los grupos, los Dorsais superaban a las tropas del convoy en una proporción de cinco a uno...; sin embargo, saber que esos números los componían niños contra soldados experimentados, parecía motivo de risa. Ya era suficientemente malo pensar en soldados veteranos enfrentándose a civiles.

El convoy casi había llegado a la casa. Se echó hacia atrás y se incorporó al otro lado de la cima de la colina. Echando un vistazo, vio que el último de los soldados Dorsais del personal de Arvid y Bill desaparecía..., ahora se estarían arrastrando por entre la hierba alta, para acercarse todo lo que pudieran, antes de atacar la casa. Comprobó su reloj, contando los minutos. Cuando transcurrieron cuatro, les hizo una señal a los demás civiles, se subió a su deslizador, y lo dirigió por encima de la cresta, en línea recta hacia el único centinela que había delante de las estructuras de plástico en el extremo más alejado de la casa. El convoy se perdió de vista entre las barracas unos momentos antes de que ella llegara hasta la posición del centinela; aún tenía la cabeza vuelta, mirándolo. Ella posó el deslizador en tierra adelantándose a que él, tardíamente, se volviera ante el ruido causado por la unidad de energía del vehículo.

Alzó de inmediato su rifle de agujas en dirección a ella.

—Quédese donde está... —empezó, cuando ella le interrumpió.

—¡Oh, déjese de tonterías! Mi bisnieta va a tener un niño. ¿Dónde se encuentra?

—¿Dónde? Ella..., oh, la casa; claro, señora. —Bien, vaya a decirle que llegaré de inmediato. Primero he de hablar con la persona al mando de ese convoy...

—No puedo abandonar mi puesto. Lo siento, pero...

—¿Qué quiere decir con eso de que no puede abandonar su puesto? ¿Acaso no me reconoce? Soy la alcaldesa de la Ciudad de Foralie. Seguro que le mostraron una fotografía mía cuando le dieron las instrucciones. Así que ahora, vaya a...

—Lo siento. De verdad que no puedo...

—No me diga que no puede...

Discutieron, el centinela se olvidó del arma hasta el punto que su cañón se apartó a un lado. Una nueva vibración les anunció la llegada de otro deslizador, que se posó a su lado; en su interior, iban Reiko y Mene Tosca.

—Alto... —ordenó el soldado, apuntando con su rifle a las recién llegadas.

—Pero ¿qué está haciendo? —inquirió Amanda exasperada. Con el rabillo del ojo vio cómo Cletus estaba siendo escoltado al interior de la casa. La mayoría de los soldados que componían el convoy ya deberían haber salido de sus vehículos y estarían dirigiéndose a una u otra de las barracas del acantonamiento. Aún no había ninguna señal de Arvid, de Bill o de sus hombres.

—¿Acaso no comprende que los vecinos, cuando hay un nacimiento, reciben inmediatamente el aviso y acuden a visitar a la madre? —dijo con enfado, interrumpiendo la discusión que mantenían el centinela y Reiko—. Conozco a estas vecinas muy bien. Yo respondo por ellas...

—Un momento, señora... —le dijo el centinela por encima del hombro y, de nuevo, se encaró con Reiko.

—De un momento, nada —expuso Amanda.

El distinto tono de voz hizo que el soldado se volviera hacia ella. Quedó inmóvil cuando vio la pesada arma de Amanda que le apuntaba. En largas distancias, las armas de energía eran totalmente ineficaces; pero, a corto alcance, resultaban devastadoras. Aunque la puntería de Amanda fuera mala —y sostenía el arma con demasiada firmeza como para sugerir algo parecido—, cualquier presión que se ejerciera sobre el gatillo haría que él quedara partido casi en dos.

—Siga hablando —le indicó Amanda con suavidad. Mantenía la pistola baja, de forma que el cuerpo del centinela la ocultara para los ocupantes de la casa—. Usted y yo vamos a continuar con nuestra conversación. Hágales una seña a estas mujeres para que vayan hacia la casa, como si las estuviera enviando para que vieran a alguien allí. Vendrán más deslizadores...

—Sí..., dos más. Ya están de camino —casi siseó la voz de Mene, pegada a su oído.

—... Y, después de que esos dos se detengan aquí durante un momento, también los mandará hacia las barracas. ¿Lo ha comprendido? —preguntó Amanda.

—Sí... —Los ojos de él estaban fijos en el cañón de su pistola.

—Bien. Mene, Reiko, adelante. Sin embargo, esperad hasta que se reúna más gente con vosotras antes de moveros.

—Déjanoslo a nosotras —contestó Reiko.

El deslizador en el que habían llegado se alzó del suelo y se dirigió hacia los terrenos de la casa.

—Relájese —le dijo Amanda al centinela—. No mueva el rifle.

Ella se sentó. El rostro del centinela mostraba lo que, quizá, fuera la palidez de la enfermedad, mezclada ahora con una callada desesperación. No se movió. No era tan joven como la mayoría de los soldados, aunque desde el punto de vista relativo de los años de Amanda, todos resultaban jóvenes. Llegaron otros deslizadores que prosiguieron su camino hacia la casa, hasta que se concentraron todos los adultos.

—Siga inmóvil —le avisó Amanda al centinela.

Un movimiento a uno de los lados, captó la atención del ojo de Amanda. Era una figura que se introducía por una de las puertas de la esquina de la casa. Luego vio a otra. Arvid y Bill, con sus hombres... por fin.

Giró ligeramente la cabeza para mirar mejor. Cinco..., seis siluetas pasaron como una mancha borrosa, entrando en la casa. Entonces percibió un movimiento más próximo a ella. Girando la cabeza, vio que el centinela alzaba su rifle para quitarle la pistola de energía de la mano. Veinte años atrás, incluso diez, habría sido capaz de apartar el arma lejos de la trayectoria del rifle; sin embargo, la edad la había vuelto muy lenta.

Su muñeca sintió el impacto cuando el metal chocó contra el metal y la pistola de energía salió despedida. No obstante, ella ya se arrodillaba en busca de la funda de la escopeta mientras el rifle de agujas del centinela la buscaba en la oscuridad. La ráfaga de agujas silbó por encima de su cabeza antes de caer. Sintió un fuerte y único impacto en su hombro izquierdo; sin embargo, su pistola había doblado la estructura más ligera del rifle de agujas y ahora el centinela se enfrentaba al ancho cañón del arma más pesada.

—Tírelo —ordenó Amanda.

Sus propias palabras le sonaron lejanas en sus oídos. La invadió una extraña sensación. El impacto había sido lo suficientemente alto como para garantizar que la aguja que la había golpeado no produjera una herida fatal; sin embargo, el *shock* se producía rápidamente con esos misiles.

El rifle de agujas cayó al suelo.

—Ahora tumbese, de cara a la tierra... —repuso Amanda. Seguía oyendo su voz como desde una larga distancia, y el mundo que la rodeaba tenía una cualidad de irrealidad—. No, lejos del alcance del rifle...

El centinela obedeció. Tocó la barra de conducción del deslizador, lo alzó y lo volvió a depositar con sumo cuidado sobre la parte inferior del cuerpo de él. Entonces, desconectó la energía y salió del vehículo. Inmovilizado por el peso que tenía encima, el centinela se hallaba inutilizado.

—Si emite algún sonido, recibirá un disparo —le dijo.

—No lo haré —replicó el centinela.

Desde la dirección del acantonamiento, se oyó el siseo del fuego de rifles de agujas. Se encaminó hacia allí; sin embargo, no se veía a nadie en el exterior de las barracas que observaba. Pero, el aparcamiento de vehículos militares se encontraba detrás, fuera de su vista.

Se agachó para recoger la pistola, luego lo pensó mejor. La escopeta todavía funcionaba, a pesar del óxido de su cañón, y, débil como se hallaba ahora, estaría mejor con un arma de amplio alcance. Comenzó a andar con pasos inciertos hacia las barracas. Cada paso que daba, le exigía un esfuerzo increíble y su equilibrio no era bueno, de manera que se tambaleaba mientras caminaba. Llegó a la primera barraca y abrió la puerta. Un cuarto de suministros..., vacío. Se dirigió a la siguiente y, simplemente, penetró en ella, demasiado débil para tomar precauciones. El aire denso de una habitación llena de enfermos invadió su nariz cuando entró. Tina Alchenso, una de las mujeres reclutadas, se hallaba de pie con un rifle de energía en las manos, cubriendo el interior de la barraca en la que los soldados presentes parecían enfermos o moribundos. El aire también parecía bañado por una atmósfera de resignación y derrota. Estaba claro que aquellos que aún podían luchar habían sido sacados de sus camas. Yacían boca abajo en el suelo del pasillo central, con las manos apoyadas en sus cabezas.

—¿Dónde se encuentra todo el mundo?

—En los otros edificios —repuso Tina.

Amanda salió de nuevo y prosiguió su camino, probando todas las puertas que hallaba a su paso. Encontró dos edificios más donde uno de los adultos vigilaba a los soldados. Casi había vuelto a la zona de aparcamiento, cuando vio a una figura acucillada al lado de la pared exterior de una barraca.

—¡Reiko! —exclamó y se arrodilló con torpeza al lado de la otra mujer.

—Detén a Mene —pudo musitar Reiko. Sangraba profusamente por encima del cinturón de su mono—. Ha perdido el juicio.

—De acuerdo —repuso Amanda—. Tú quédate quieta.

Con gran esfuerzo, se incorporó y se puso a andar. Enfrente de ella se alzaba la estructura siguiente. Abrió la puerta y vio a Mene que sostenía el rifle de energía, encañonando otra habitación de soldados enfermos y moribundos. La cara de Mene estaba pálida e inexpresiva. Sus ojos sostenían una mirada obsesiva y su dedo temblaba sobre el disparador del arma. Las miradas de todos los hombres estaban centradas en su rostro; ni siquiera se oía el ruido de la respiración.

—Mene —susurró Amanda con suavidad.

El rostro de Mene se volvió bruscamente para concentrarse en Amanda durante un breve instante, luego miró otra vez a los soldados.

—Mene... —repitió Amanda en el mismo tono—. Ya casi ha terminado. No hieras a nadie ahora. Casi ha terminado. Sólo mantenlos quietos un poco más. Eso es

todo, mantenlos quietos.

Mene no dijo nada.

—¿Me has oído?

Asintió con un movimiento enérgico de la cabeza, sin apartar los ojos de los hombres ante ella.

—Regresaré pronto —le comunicó Amanda.

Salió. El mundo parecía aun más irreal a su alrededor; sentía como si caminara sobre dos piernas dormidas. No importaba. Lo importante era que algo fundamental no encajaba en la situación.

Algo andaba muy mal. Únicamente quedaban dos barracas hasta la zona de aparcamiento, donde se había detenido el convoy. Estaba claro que las dos barracas no podían ocultar al resto de la escolta original, más las tropas del convoy. Como tampoco podían mantener ocupados a dos o tres de sus adultos. No importaba lo que Arvid le dijera. Algo había salido mal..., lo sentía como una carga pesada sobre su pecho, por entre de la debilidad y la irrealidad que le producía la herida.

Trató de pensar con su mente embotada. Apostaba que el grupo de Arvid y Bill ya se había apoderado de la casa; si se dirigía ahora hacia allí, sin comprobar el aparcamiento, para pedir ayuda..., su mente se despejó un poco. Una acción semejante sería el colmo de la estupidez. Aunque Arvid y Bill tuvieran los suficientes hombres como para enviar a alguno con ella, si iba en busca de apoyo desperdiciaría un tiempo del que ya no disponía.

Aferró con decisión la escopeta, que a cada momento que pasaba se volvía insoportablemente más pesada en sus manos, y rodeó la esquina de una barraca.

Posiblemente, esa sensación de irrealidad que la poseía fue la culpable...; mas lo cierto es que no pudo percibir ninguna advertencia de peligro. De súbito, se vio en mitad de una compacta falange de vehículos; los primeros ya estaban cargados de soldados en estado de alerta y bien armados, mientras que aún subían hombres a los de retaguardia. No obstante, si su aparición a ella le había parecido repentina, en apariencia, a ellos les sucedió lo mismo.

Bruscamente, fue consciente de que todo el movimiento a su alrededor había cesado. Los soldados se habían inmovilizado, mientras muchos todavía ascendían a los vehículos. Tenían los ojos fijos sobre ella.

Era claro que el miedo que durante todo el día la atenazara estaba justificado. El supuesto reemplazo de los soldados sanos por los enfermos, había sido una trampa; y éstos se preparaban para un contraataque. Sintió que las últimas energías y su fuerza de voluntad se le escurrían; dio un paso adelante y golpeó con el cañón de su escopeta en la unidad de energía del coche más cercano.

—Al suelo —les ordenó a los oficiales y soldados que la miraban. —Ellos la contemplaron como si se tratara de un fantasma que hubiera surgido de la tierra repentinamente—. Os haré volar a todos si me veo obligada a ello..., y sentiré un gran placer —repuso—. Salid fuera de los coches y tumbaos boca abajo, ¡todos!

Durante un instante más permanecieron congelados en sus sitios, observándola. Luego, la comprensión se filtró en sus mentes como si fuera una ola invisible. Comenzaron a salir de los vehículos.

—Rápido... —urgió Amanda, ya que sentía que perdía sus fuerzas a una velocidad creciente—. Al suelo...

Obedecieron. De forma remota, como en sueños, los vio bajar de los coches y tenderse en el suelo.

¿Y ahora qué hacía?, pensó Amanda. Sólo le quedaba uno o dos minutos de energía.

La respuesta le llegó desde un rincón de su mente..., la única respuesta posible. *Aprieta el gatillo de la escopeta y asegúrate de que nadie escapa...*

Inesperadamente, detrás de ella oyó el ruido de pies que corrían. Comenzó a volverse para mirar quién era... y notó que la sujetaban y la sostenían. Estaba rodeada por los uniformes de batalla de cuatro de los Dorsais que habían actuado con Arvid y Bill.

—Tranquila... —susurró el que la sostenía...; de hecho, casi cargaba con ella—. Hemos ganado. Todo ha acabado.

Notó una especie de mancha borrosa y luego un gran vacío. Por fin, las cosas se aclararon un poco —sólo un poco— y vio que se encontraba entre las sábanas de una cama de un dormitorio de Foralie. Como alguien dominado por una fiebre alta, percibía que había gente moviéndose a su alrededor a una velocidad que le pareció inusitada. Hablaban con palabras que ella no entendía. Le dolía el hombro. De vez en cuando, captaba breves frases de los diálogos.

—¡... *Shai Dorsai!*

¿Qué era eso? ¿Esa ridícula frase que los niños habían inventado hacía unos años, y que ahora los adultos empleaban como un gran cumplido? Se suponía que significaba «Dorsai verdadero, *real*». Tonterías.

Se le ocurrió, como si se tratara del resultado obvio de una pequeña estadística, que se estaba muriendo; se sintió vagamente enfadada consigo misma por no haberse dado cuenta antes. Si ése era el caso, había cosas en las que debería pensar. Si Betta empezó a dar a luz antes de que comenzara el ataque, quizá ya tuviera al niño.

De ser cierto, era importante que le notificara a Betta lo que había decidido poco antes de lanzarse sobre las tropas; que el uso del nombre Amanda ahora era responsabilidad de ella, y de las generaciones venideras...

—Bien —dijo una voz justo encima de ella; alzó los ojos para mirar el rostro de Ekram. Apeataba a sudor y a anestesia—. Te vas recuperando, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo...? —Era terriblemente difícil hablar.

—Oh, unos dos días —respondió él con una alegría abominable.

Pensó en la necesidad que tenía de comunicarle a Betta la decisión que había tomado.

—Betta... —empezó. Le resultaba un poco más fácil hablar; no obstante, el

esfuerzo aún era tremendo. Su intención había sido preguntar acerca de Betta y el bebé.

—Betta se encuentra bien. Ha tenido un niño, y está en perfectas condiciones. Al nacer pesó tres kilos setenta y tres gramos. ¡Un niño! Su cuerpo fue recorrido por una sacudida. Claro. ¿Por qué el bebé no iba a ser un niño? No había ninguna razón..., salvo que, engañada por sus propios deseos de anciana, había aceptado el cómodo pensamiento de que se trataría de una niña. Sin embargo, durante un momento, permaneció al borde de la autocompasión. Después de todo lo que había pasado, después de todos estos años, ¿por qué no pudo ser una niña...? Una niña que ella, bajo unas circunstancias más felices, podría llegar a conocer, y quizá a descubrir que se trataba de una joven que podía adoptar su nombre con seguridad...

Se obligó a recuperar al sentido común. De todas formas, ¿qué eran estas tonterías acerca de los nombres? Los Dorsais habían ganado, se habían mantenido independientes. Ése era su premio, al igual que el premio de todos los demás..., no el asumo sentimental de pasarle su nombre a un descendiente. Pero, aún podía comentarle a Betta la decisión que había tomado, si Ekram permitía que la trajeran hasta su lecho. Dependería del médico dictaminar si, con ese esfuerzo, se aceleraría su muerte, y no autorizar, por tanto, la visita de Betta. Tendría que asegurarse de que comprendiera que no era una decisión que le correspondía a él. El último deseo era sagrado, y él debía entender que se trataba de eso...

—Ekram —logró articular en voz baja—, me estoy muriendo...

—No, a menos que lo desees —dijo Ekram. Le miró horrorizada. Era indignante. Demasiado. Después de todo lo que le había ocurrido...; entonces, el significado de sus palabras se filtró a través de la sensación de irrealidad que la envolvía.

—¡Trae a Betta aquí! ¡De inmediato! —exclamó; su voz casi sonó con fuerza.

—Más tarde —repuso Ekram.

—Entonces, me veré obligada a ir a buscarla yo misma —acotó, lúgubre.

Sólo pudo sacar un brazo y apoyarlo sobre las mantas, como un indicio de que pensaba levantarse de la cama. Eso bastó.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —concedió Ekram—. Enseguida voy.

Se relajó, y, de forma extraña, se sintió exuberante. Todo estaba bien. El nombre del juego era supervivencia, y no otro. ¡Un niño! Casi rió. Bueno, de vez en cuando, solía ocurrir. En unos pocos años más, quizá aconteciera que este niño llegara a tener una hermana. Valía la pena esperar para verlo. No obstante, estaba claro que algún día tendría que morir... pero, lo haría cuando llegara su momento.

Interludio

La voz de la tercera Amanda se detuvo. En el plácido atardecer montañoso, no se escuchaba ningún sonido, salvo el zumbido de los insectos cercanos. Se levantó entonces una breve brisa, que pronto desapareció.

Tras sus palabras, que aún producían ecos en su mente, Hal se sumió en el análisis de la lucha que ella le había hablado: de aquella antigua batalla de los Dorsais para mantenerse libres de Dow deCastries, y de su similitud con las luchas actuales entabladas en todos los planetas, para resistir contra la pérdida de libertad que les impondrían los Otros Hombres y Mujeres..., en definitiva, de los choques producidos entre las culturas divididas, una de las cuales la constituían los propios Dorsais. Esa lucha en la que, tanto él como la tercera Amanda, estaban atrapados.

—¿Qué ocurrió en el interior de Foralie? —preguntó—. Quiero decir, dentro de la casa, una vez que Arvid Johnson y Bill Athyer penetraron en ella. ¿Qué sucedió con Cletus y Dow? ¿Se dominó la situación sin ningún problema?

—Surgieron algunos —repuso ella—. Recuerda que Swahili estaba presente, y que había sido un Dorsai. Sin embargo, Lachan le mató aprovechando que se distrajo durante un segundo, instante en el que, además, Arvid y Bill fueron capaces de controlar la situación. Se descubrió que Dow guardaba una pequeña pistola en la manga. Hirió a Cletus, pero no consiguió matarle. Al final, al que enviaron como prisionero a la Tierra, fue a Dow.

—Ya veo —comentó Hal. No obstante, su primera pregunta había generado otra en su mente—. ¿Cómo consiguieron concretar su trampa? —inquirió—. Me refiero a ese truco de la Coalición de hacer que un contingente de soldados sanos permaneciera en Foralie después de que pareciera que los trasladaban a la dudad. ¿De dónde salieron los soldados que encontró Amanda en el aparcamiento, y que parecían disponerse a luchar?

—Recuerda que el médico militar había llamado a Dow deCastries la noche anterior —repuso la Amanda de Hal—. Él mismo era un enviado político y sabía que el general Amarine también lo era. Además, Amarine se hallaba enfermo por los vapores del níquel carbonil. El cirujano militar comprendió que si le hablaba de sus sospechas a Amarine, lo único que conseguiría sería que éste arrestara a Ekram e intentara sacarle una respuesta por la fuerza...; y el médico militar sabía demasiado bien lo que hubiera sido enfrentarse solo a una situación en la que todo el mundo estaba muriendo. De modo que decidió dirigirse directamente a Dow.

—No entiendo qué tiene que ver eso con el asunto... —Hal frunció el ceño.

—Dow recibía continuamente informes de las distintas zonas. Mil cosas diferentes salían mal con sus fuerzas de ocupación en mil lugares diferentes; después de la de Cletus, la mejor mente del planeta era la suya —se detuvo para contemplarle—. No subestimes la figura de Dow.

—No pretendía hacerlo.

—Lo que asumió enseguida —prosiguió Amanda—, prácticamente, fue que, para todos sus propósitos, la toma de Dorsal había fracasado. Sin embargo, aún podía, con un poco de suerte, capturar a Cletus y llevárselo prisionero fuera del planeta...; o, en el peor de los casos, escapar él. Pero, todo ello dependía de que poseyera el control militar de, al menos, el distrito de Foralie.

—¿Y dedujo que, tan pronto Cletus llegara a Foralie, el distrito sería atacado por sus habitantes en un intento de rescatarle?

—Claro —Amanda se encogió de hombros—. Era obvio..., tal como la primera Amanda se le explicara a Ramón, cuando éste le preguntó si Cletus habría hablado en serio en la pista de aterrizaje..., refiriéndose a que no deberían actuar contra los soldados. En ese momento, pasara lo que pasara, el distrito tenía que atacar. Ésa fue la razón por la que aquella mañana decidió enviar a la ciudad una patrulla de soldados sanos para, en apariencia, ser sustituidos por tropas enfermas; sin embargo, esos mismos soldados —que fingían hallarse enfermos— retornaron en lugar de los hombres que componían el convoy que escoltaba a Cletus hasta Foralie.

—Ah —repuso Hal, asintiendo—. ¿Cuánto tiempo llegó a vivir la primera Amanda?

—Ciento ocho años.

—¿Logró conocer a una segunda Amanda?

La Amanda de Hal sacudió la cabeza.

—No. Pasaron casi cien años antes de que hubiera una segunda Amanda —replicó.

Hal sonrió.

—¿De quién fue la idea de bautizarla con ese nombre?

—De nadie —contestó Amanda—. Su nombre original fue Elaine; sin embargo, cuando llegó a los seis años, todo el mundo comenzó a referirse a ella como la segunda Amanda. Se puede decir que ella misma se rebautizó.

Una vez más, en cierto rincón de su mente, Hal sintió la oscura llamada de atención producida por esa parte de sí mismo que reconocía la existencia de El Propósito.

—Cuéntame algo de la segunda Amanda —pidió.

La tercera Amanda dudó durante unos segundos.

—La segunda Amanda fue la mujer a la que, tanto Kensie como Ian Graeme, amaron.

—¿Ian y Kensie? —Hal sintió cómo una extraña sensación helada le recorría el cuerpo—. Pero, Kensie nunca se casó, y en cuanto a Ian...

—Así es —acordó Amanda—. La mujer de Ian, la madre de sus hijos, se llamaba Leah. No obstante, los dos gemelos se enamoraron de la segunda Amanda en un principio.

—¿Cómo ocurrió?

La tercera Amanda dirigió la mirada hacia Pal Morgan.

—La segunda Amanda creció junto a Ian y Kensie —comentó—. ¿Cómo podía ser de otro modo, si las dos Casas casi están pegadas la una a la otra? Creció con ellos; y, cuando fueron jóvenes, si alguna vez amó a uno de los dos, probablemente fuera a Kensie, por ese resplandor y calidez que formaban parte de él.

—¿Amaba a Kensie?

—He dicho..., si alguna vez amó a uno..., entonces. Ella era joven, los tres lo eran. Durante toda su vida los había tenido cerca. ¿Qué podía encontrar en ellos para que, de repente, se enamorara de verdad de los hermanos? Pero, llegó el momento en el que se graduaron en la Academia y fueron destinados a alguna lejana guerra; cuando retomaron, todo era distinto.

Se detuvo.

—¿Distinto? ¿Cómo? —insistió Hal con suavidad para que ella reanudara su charla.

Suspiró de nuevo.

—No es fácil describirlo —dijo—. Es algo que, dada la situación de los Dorsais, sucede a menudo. Creces conociendo a los niños de tu distrito, y a muchos de otros. Y, cuando finalmente firman sus contratos y se van del planeta, eso es lo único que siguen siendo... niños grandes. Sin embargo, quizá pasa un año, o varios, antes de que regresan a casa; cuando lo hacen, te das cuenta de que son... distintos.

—Quieres decir que se han convertido en hombres.

—No sólo en hombres —replicó ella—, sino en hombres como tú jamás pensaste que serían los niños que conociste. Ciertos rasgos de su carácter, en los que tú apenas te habías fijado, se desarrollan, apoderándose de su personalidad. Y otros que creíste eran los más importantes en ellos, decrecen o se pierden para siempre. Se hacen adultos de una manera que jamás llegaste a sospechar. De repente, es como si nunca los hubieras conocido. Puede tratarse de cualquiera..., son extraños.

Su voz había bajado tanto, que era como si estuviera hablando consigo misma y no con él; su mirada permanecía perdida en el vacío.

—Cuando alguno vuelve a casa, te sientas y hablas con él —continuó—, y te das cuenta de que estás conversando con alguien que se ha alejado de lo que una vez fuera común para los dos, y que, ahora, posee algo que no tiene nada que ver contigo, que nunca conociste y que, tal vez, jamás llegues a conocer...

Le miró. Tenía los ojos brillantes.

—Entonces descubres que lo mismo que les ha ocurrido a ellos, también te ha sucedido a ti. Tú eras la muchacha con la que habían crecido antes de marcharse; no obstante, esa muchacha desaparece igualmente, para siempre. En su caso, también se han fortalecido determinados rasgos del carácter, y otros han retrocedido, o se han ido para siempre. Se sientan y hablan con una mujer que desconocen, que quizá jamás lleguen a conocer. Y, así, todo cambia.

—Comprendo —dijo él—. ¿Sucedió así con la segunda Amanda y con Ian y Kensie?

—Sí —repuso—. Regresaron, como dos extraños, y se enamoraron de una extraña con la que habían crecido. Tal cuestión ya habría constituido problema suficiente para cualesquiera otras tres personas...; pero, esos dos gemelos, formaban la mitad de una persona, y Amanda lo sabía.

—¿Qué ocurrió?

La tercera Amanda, la Amanda de Hal, no respondió. Había colocado las rodillas debajo de su barbilla y las sujetaba con los brazos. Miró hacia el valle.

—¿Qué sucedió? —preguntó de nuevo Hal.

—Todo el mundo supuso que Kensie y Amanda acabarían juntos —contestó al fin—, incluyendo a Ian. Cuando Ian descubrió que él mismo estaba enamorado de Amanda, le resultó impensable la idea de interferir de algún modo en los sentimientos de su hermano gemelo. Así que se casó con Leah, quien lo amaba desde hacía tiempo. Se casó con ella de una forma sencilla y rápida.

—Y se alejó de la escena.

—No —Amanda sacudió la cabeza—. Ya que había cometido un error. Cuando los dos regresaron a casa, tan cambiados, no fue de Kensie, sino de Ian, de quien se había enamorado la segunda Amanda. De Ian. Sólo que, siendo la clase de persona que éste era, no existía la posibilidad de que, una vez que se casó con Leah, esa situación pudiera cambiar alguna vez.

—Pero has dicho... —comenzó Hal, desconcertado, y se detuvo enseguida—. Sin embargo, hubo una época en la que su amor sólo era por Kensie, ¿qué le impedía unirse a él ahora? Ciertamente, eso habría sido mejor que el que los dos...

—Su manera de ser —Amanda volvió la cabeza para mirar a Hal—. Ian y Kensie estaban demasiado cercanos el uno al otro como para no conocer sus sentimientos; además, Kensie amaba a Amanda tanto como ésta amaba a Ian. Sabiendo cómo le quería, Kensie no podía haber llenado ese espacio de la vida de ella si las cosas hubieran sido de otro modo. Regresó a las guerras como si...; era demasiado Dorsai para dejar que le mataran deliberadamente.

Apartó la vista de él y volvió a mirar el valle.

—Los Exóticos dicen —prosiguió—, que existen leyes ontogenéticas que explican el porqué alguien como Kensie puede llevar una vida maravillosa bajo esas condiciones.

—Sí —no se había dado cuenta de la manera tan extraña en que había pronunciado esa palabra, hasta que alzó de nuevo la vista y vio que ella le miraba.

—¿Estás al corriente de la ontogenética? —le preguntó—. ¿Conoces algo que se pueda aplicar a la segunda Amanda, y a Ian y Kensie?

—Tal vez, a ellos dos, sí —repuso. Esa parte suya concentrada en lo que él llamaba El Propósito, ese algo entrevisto a medias y que se refería a lo que debía hacer con su vida, estaba funcionando con mucha fuerza ahora; y escuchó sus propias palabras como si otra persona las estuviera pronunciando—. Lo único que asevera la ontogenética es que nada ocurre por casualidad o accidente. Todo está

interrelacionado. Detente y piensa en ello. Cuando Donal Graeme avanzaba hacia su objetivo, que era hacer que todos los planetas habitados funcionaran bajo un mismo orden, su enemigo era William de Ceta, del mismo modo que Dow deCastries fue el oponente especial de Cletus Grábame.

—Sí —Amanda frunció el ceño—. ¿Y qué tiene de especial?

—Para derrotar a William, que poseía un poder y una riqueza ilimitados, Donal necesitaba derrotar a todos sus posibles oponentes. Para conseguirlo, le hacía falta una fuerza militar mayor que la quejamós se hubiera visto en los mundos habitados. Únicamente un hombre podía entrenar a esas fuerzas tal como él las necesitaba..., pero la regla básica de la Casa Graeme decía que dos miembros del mismo dan no podían servir bajo las mismas órdenes, en el mismo sitio y en la misma época; por la misma razón que el padre y la madre de niños pequeños debían viajar en distintas naves, para que si ocurría un accidente y uno de los dos moría, el otro todavía viviera para cuidar de los niños.

—Pero, con Ian y Kensie fue distinto —comentó Amanda—. A ellos se les permitió servir en la misma fuerza, juntos.

—Hasta la muerte de Kensie. Después, esa regla la volvió a romper Eachan Khan Graeme, que, como recordarás, era el cabeza de familia, el padre de Donal y el hermano mayor de Ian. —Esa parte de su interior orientada hada El Propósito dominaba totalmente a Hal ahora. Continuó, sin darse cuenta de la repentina intensidad con que ella le miraba—. Fue entonces cuando le pidió a Donal que le buscara, un trabajo a Ian a su lado, como la única forma de despertar el interés de Ian después de la muerte de su hermano gemelo. Ella le observaba detenidamente.

—Sabes bastante acerca de los Graeme —dijo. De repente, al notar que era el foco de su atención, se sintió aturdido.

—Yo..., no —replicó—. Sólo conozco algo sobre la ontogenética. —Lo que dices, implica que Donal tal vez hiciera matar a Kensie para liberar a Ian y, así, poder utilizarlo en sus objetivos.

—No, no... —protestó—. Me refiero a la necesidad de Donal por Ian, que actuaba en la red de causas y efectos...

—¡No! —exclamó ella—. ¿Crees que si semejantes fuerzas pudieran combinarse para matar a Kensie, Ian no lo habría notado? ¡Esos gemelos eran una sola persona!

—Tú misma acabas de comentar que Kensie anhelaba la muerte desde que había perdido a Amanda —añadió—. Quizá lo que ocurrió es que Ian, por fin, le dejó partir. Recuerda que Kensie fue asesinado. A los Dorsai no se les asesina con facilidad, a no ser que ya no tengan ningún interés...

—¡No! —repitió la tercera Amanda, casi de forma violenta—. No es así como sucedió. Tú no conoces la historia...; ¿sabías que Thomas Velt, el jefe de policía de Blauvain, le escribió a Eachan Khan Graeme después del suceso, contándole todos los pormenores? Velt se hallaba presente y presenció los acontecimientos. ¿Sabes

cómo se desarrollaron?

—No —repuso Hal. Esa parte suya concentrada en El Propósito surgió en su mente consciente y habló a través de sus labios, casi en contra de su voluntad, como si ello, y no él, los controlara—. Pero quiero saberlo.

—Entonces, te lo contaré —dijo Amanda—. Te lo contaré todo, tal como yo lo leí cuando era joven...; tal como Velt se lo escribió a Echan Khan Graeme después de que el cuerpo de Kensie fuera trasladado a casa para recibir sepultura...

Hermanos

Físicamente, era grande, muy grande. El soldado profesional, resultante de varias generaciones, de aquel planeta pequeño e inhóspito llamado Dorsai, habitualmente es más grande que los hombres de otros mundos; sin embargo, los Graeme parecían incluso gigantes entre los Dorsai. Al mismo tiempo, igual que su hermano gemelo Ian, el Comandante Kensie Graeme estaba tan bien proporcionado, a pesar de su tamaño, que sólo en momentos como éste, cuando le vi de pie al lado de otro Dorsai que desempeñaba la tarea de oficial ejecutivo suyo, el Coronel Charley ap Morgan, pude darme cuenta de lo enorme que era. Tenía el cabello negro y rizado de los Graeme, el rostro de huesos anchos y los brillantes ojos gris-verdosos de su familia; así como esa terrible quietud que se percibía cuando descansaba y la sorprendente velocidad en la acción, características ambas, de varias generaciones de Dorsais.

Así era Ian también, cuando le conocí en Blauvain; ya que físicamente cada gemelo constituía la viva imagen del otro. No obstante, la diferencia de su temperamento resultaba chocante. Todo el mundo amaba a Kensie. Era como una especie de dorado dios del sol. Mientras que Ian era oscuro y solitario como el negro hielo de un glaciar en una tierra donde la oscuridad fuera perenne.

—... Sangre —me había comentado Pel Sinjin en nuestro trayecto hacia el campamento de la Expedición—. Ya sabes lo que dicen, Tom. Sangre y agua helada en la misma proporción corren por las venas de un Dorsai. Sin embargo, algo debió salir mal con esos dos cuando su madre los concibió. Kensie recibió toda la sangre. Mientras que Ian...

Dejó que la frase concluyera por sí misma. Al igual que los propios soldados de Kensie, Pel había llegado a idolatrar al hombre, y, en la misma medida, degradaba a Ian. Yo pasé por alto en aquel momento el asunto.

Ahora, Kensie nos sonreía, como si participara en una broma que nosotros desconociéramos.

—¿Un comité de bienvenida? —inquirió—. ¿Es eso lo que son ustedes?

—No exactamente —respondí—. Hemos venido a tratar con usted el tema del permiso concedido a sus hombres para que vayan a la ciudad de Blauvain; ahora que ya tiene a los soldados invasores de los Mundos Amistosos completamente rodeados, desarmados, y listos para enviarlos de vuelta a casa... ¿Cuál es la broma?

—Nosotros —respondió Charley ap Morgan— nos dirigíamos a Blauvain para a verles a ustedes. Hemos recibido el mensaje de que ustedes y otros oficiales planetarios de Santa María iban a dar una recepción sorpresa en honor de Ian y Kensie, junto con su estado mayor, esta noche en Blauvain.

—¡Por las campanas del infierno! —exclamé.

—¿No le informaron de ello? —preguntó Kensie.

—Ni una palabra —respondí.

Era típico de la torpeza del así llamado gobierno-de-alcaldes que teníamos en

nuestro pequeño mundo de Santa María. Aquí me encontraba yo, el Superintendente de Policía de Blauvain —nuestra capital— junto con Pel, comandante general de nuestra milicia planetaria, que había participado en la acción de campo con la Expedición Exótica enviada para liberarnos de los invasores fanáticos puritanos de los Mundos Amistosos, y nadie se había molestado en comentarnos a ninguno nada sobre la cena que se ofrecería a los dos Comandantes de la Expedición.

—¿Se dirigen a la ciudad entonces? —le preguntó Pel a Kensie. Éste asintió—. He de llamar a mi Cuartel General.

Pel se fue, mientras Kensie reía.

—Bien —comentó—, esto nos brinda la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro. Regresaremos con ustedes y de paso hablaremos. ¿Existe algún problema para que Blauvain acoja a nuestros hombres con permiso?

—Ninguno —dije—. Pero aunque todos los Amistosos han sido cercados, aún tenemos que enfrentarnos al problema del Frente Azul bajo la forma de un cierto número de proscritos y terroristas políticos que desean derrocar a nuestro gobierno actual. Perdieron la apuesta que realizaron al pedir la ayuda de las tropas Amistosas; sin embargo, ahora quizá se aprovechen de cualquier problema que pueda surgir con sus soldados mientras se encuentren en la ciudad.

—No debería haber ninguno —Kensie extendió la mano en busca de su cinturón de armas de cuero negro y se lo ciñó sobre el uniforme blanco que llevaba—. Sin embargo, podemos hablar del asunto si así lo desea. Será mejor que te vistas para la recepción, Charley.

—En seguida —repuso Charley ap Morgan y se marchó.

De modo que, quince minutos más tarde, Pel y yo nos encontramos de nuevo en el mismo camino por el que habíamos venido, esta vez con tres pasajeros. Yo volví a empuñar los controles del coche de policía y nos deslizamos suavemente sobre su colchón de aire, atravesando los densos pastos veraniegos propios de Santa María, en dirección a Blauvain; pero, en esta ocasión, Kensie venía conmigo delante, haciendo que me sintiera pequeño a su lado..., y a mí se me considera un hombre grande entre nuestra gente de Santa María. Al lado de Kensie, y si se me comparaba con él, debía tener el aspecto de un muchacho de quince años. Pel resultaba igual de pequeño sentado atrás entre Charley y un veterano Comandante Dorsai llamado Chu Van Moy: un mongol negro de cuerpo pesado, si es que pueden imaginar a un hombre así, proveniente del Continente Sur Dorsai.

—... No hay problema —decía Kensie cuando al fin abandonamos la hierba y alcanzamos la vítrea superficie que nos conducía por las calles y caminos de la ciudad..., en particular por el camino sinuoso que atravesaba los altos edificios de oficinas del Parque Industrial del Oeste de Blauvain, a sólo medio kilómetro delante —, si quiere iremos soltando a los hombres con permiso en pequeños grupos. Pero no creo que haya ninguna necesidad de preocuparse. Son mercenarios, y un mercenario sabe que los civiles pagan sus sueldos. No causará ningún problema que le otorgue a

su profesión cierta dosis de mala reputación.

—No me preocupo por sus hombres —dije—. Lo que me preocupa es la posibilidad de que el Frente Azul organice disturbios cerca de donde estén sus tropas y luego trate de culparles a ellos. La única manera de protegernos contra tal eventualidad es que usted distribuya la salida de sus hombres en pequeños grupos, de modo que mi policía pueda vigilar a los civiles que haya a su alrededor.

—Me parece justo —repuso Kensie. Me sonrió desde su altura—. No obstante, espero que no quiera que sus hombres mantengan sujetas las riendas de los míos mientras se encuentren en la ciudad...

En ese momento pasamos entre los primeros rascacielos de oficinas. Una sombra proyectada por el sol de media mañana cayó sobre el coche, y los altos muros que nos rodeaban le proporcionaron a las últimas palabras de Kensie un eco apagado. Justo cuando terminó de pronunciarlas —de hecho, mezcladas con ellas—, nos llegó un sonido como de múltiples silbidos; y Kensie cayó hacia adelante, sin emitir ningún ruido, hasta que su frente detuvo su movimiento contra el parabrisas delantero.

Lo siguiente que supe era que, literalmente, volaba por el aire. Charley ap Morgan había abandonado el coche policial por el lado derecho, arrastrándome con una mano parecida a una pinza de acero contra la fachada de un edificio cercano. Nos agazapamos allí, Charley con la pistola en su puño y mirando hacia las ventanas del edificio que teníamos enfrente. A través del estrecho sendero, pude ver a Chu Van Moy con Pel a su lado, empuñando también una pistola. Busqué instintivamente la mía en el cinturón policial de armas, pero recordé que no lo llevaba.

Nos rodeaba un silencio absoluto. Los pequeños proyectiles de uno o más rifles de agujas que habían zumbado a nuestro alrededor no se repitieron. Por primera vez me di cuenta de que no había nadie en las calles y de que no se veía ningún movimiento en las ventanas que nos rodeaban.

—Hemos de llevarle a un hospital —comentó Pel desde el otro lado de la calle. Su voz sonaba tensa y apagada. Miraba fijamente la inmóvil figura de Kensie, que aún continuaba en la misma postura contra el parabrisas—. Un hospital —repitió. Su rostro parecía tan pálido como el de un hombre enfermo.

Ni Charley ni Chu le prestaron la menor atención. En silencio, seguían escrutando las ventanas de los edificios que había delante de ellos.

—¡Un hospital! —gritó de repente Pel.

De forma brusca, Charley se puso de pie y enfundó de nuevo el arma. En el otro lado de la calle, Chu también se incorporaba. Charley miró al otro Dorsai.

—Sí —repuso Charley—, ¿dónde se encuentra el hospital más cercano?

Pel ya se hallaba frente a los controles del coche policial. El resto de nosotros tuvimos que movernos para no quedarnos allí. Giró el vehículo en dirección al Hospital de la sección Oeste de Blauvain, a sólo tres minutos de distancia.

Condujo por las calles como un loco, tras encender las luces de aviso y la sirena. Aullando, el vehículo se deslizó entre el tráfico y los semáforos, hasta que se detuvo

detrás de la entrada de ambulancias del Centro Médico Oeste. Pel saltó fuera del coche.

—Traeré un sistema de apoyo vital... —comentó antes de internarse en el edificio.

Salí del coche; y luego lo hicieron Charley y Chu, más despacio. Los dos Dorsai se situaron a ambos lados del coche.

—Busca una habitación —dijo Charley. Chu asintió y siguió a Pel por la entrada de ambulancias.

Charley se volvió hacia el vehículo. Con suavidad, tomó a Kensie entre sus brazos, del mismo modo en que se alza a un niño dormido, apoyándole contra su pecho para que su cabeza descansara sobre el hombro izquierdo de Charley. Llevando así a su Comandante de Campo, Charley dio la vuelta y entró en el establecimiento médico. Yo le seguí.

Dentro, había un largo corredor lleno de personal sanitario. Chu, a unos pocos metros a la izquierda, se hallaba de pie ante una puerta, sobresaliendo por su altura más de media cabeza entre la gente que se interponía en nuestro camino. Con Kensie en sus brazos, Charley se dirigió hacia el otro Comandante.

Chu se hizo a un lado cuando se acercó Charley. La puerta se deslizó hacia los costados automáticamente, y Charley se dirigió hacia una habitación que contenía equipo quirúrgico esterilizado en contenedores alineados a ambos lados y una mesa de operaciones en el centro. Charley depositó suavemente a Kensie sobre la camilla, que casi resultó demasiado corta para su alto cuerpo. Le juntó las piernas, le alzó los brazos y apoyó sus manos sobre los muslos. Había una serie de pequeñas manchas rojas sobre la pechera de su chaqueta; eran las únicas marcas que se veían. El rostro de Kensie, con los ojos cerrados, miró ciegamente hacia el blanco techo.

—De acuerdo —comentó Charley.

Se dirigió de nuevo hacia el corredor. Chu cerró el camino y se volvió para bloquear la puerta, extrayendo su arma.

—¿Qué es esto? —gritó alguien a mi espalda, dirigiéndose hacia Chu—. Esto es una sala de emergencia, no puede hacer eso...

Chu usaba su pistola al nivel más bajo de la carga para bloquear el cerrojo de la puerta. Una manera cruda pero efectiva de asegurarse de que nadie pudiera entrar en la habitación si no venía provisto de un soplete de uso industrial. El hombre que habló era de mediana edad, con un bigote gris y la chaqueta corta verde que le señalaba como un cirujano. Le salí al paso y lo mantuve apartado de Chu.

—Sí, puede —dije cuando se volvió para mirarme con ojos furiosos—. ¿Me reconoce? Soy Thomas Velt, el Superintendente de Policía.

Dudó, y luego se calmó ligeramente..., sólo ligeramente.

—Insisto en que... —comenzó.

—Por la autoridad que me concede mi cargo —le interrumpí—, le nombro Asistente temporal de la Policía. Eso le coloca bajo mis órdenes. Se encargará de que

nadie en este hospital intente abrir esa puerta hasta que la policía lo autorice. Le hago responsable. ¿Me comprende?

Me miró parpadeando. Pero antes de que pudiera decir algo, surgió una nueva interrupción acompañada de sonido y acción; Pel llegó hasta nuestro grupo arrastrando literalmente a otro hombre vestido con una chaqueta que le identificaba como cirujano jefe.

—¡Aquí! —gritaba Pel—. Aquí mismo. Traiga el sistema de apoyo... —Se detuvo, observando a Chu—. ¿Qué? —preguntó—. ¿Qué ocurre? ¿Se encuentra Kensie ahí dentro? No queremos que la puerta esté sellada...

—Pel —pronuncié. Coloqué mi mano sobre su hombro—. ¡Pel!

Por fin me sintió y oyó. Volvió un rostro furioso en mi dirección.

—Pel —repetí con tranquilidad, de forma clara y lenta—. Está muerto. Kensie está muerto.

Pel me miró.

—No —repuso irritado, tratando de apartarse de mí. Le sujeté—. ¡No!

—Muerto —insistí, mirándole fijamente a los ojos—. Está muerto, Pel.

Sus ojos me devolvieron la mirada, y entonces parecieron perder el foco, como si miraran a otra parte. Después de un rato, de nuevo se centraron en los míos y yo le solté.

—¿Muerto? —repitió. Apenas fue más que un murmullo.

Se alejó hasta llegar a una de las blancas paredes del corredor y allí se apoyó. Una enfermera avanzó hacia él y yo le indiqué que se detuviera.

—Déjelo solo un rato —le comenté.

Giré hacia los dos oficiales Dorsai que ahora se encontraban probando la puerta para asegurarse de que estaba sellada de verdad.

—Si vienen hasta el Cuartel de la Policía —les dije—, podremos comenzar la búsqueda de quienquiera que lo haya hecho.

Charley me miró brevemente. En su cara ya no se percibían trazos de su humor habitual; aunque tampoco mostraba ninguna huella de conmoción o furia. Su expresión era, simplemente, la de un profesional.

—No —respondió con parquedad—. Hemos de hacer un informe.

Se marchó, seguido de Chu, con tanta rapidez que tuve que correr para mantener el contacto tras sus largos pasos. Ya en el exterior, se subieron de nuevo al coche policial, haciéndose cargo Charley de los controles. Me metí detrás de ellos y sentí que había alguien a mi espalda. Era Pel.

—Pel —dije—, será mejor que te quedes...

—No. Es demasiado tarde —contestó.

Y era demasiado tarde. Charley ya había puesto en marcha el coche. No condujo más despacio de lo que Pel lo hiciera antes, aunque en él no se apreciaba desesperación. No obstante, realicé todo el trayecto con los dedos firmemente apoyados en el borde de mi asiento; ya que debido a los reflejos más rápidos de los

Dorsais se metía entre los espacios y aberturas disponibles en el tráfico, por donde yo hubiera jurado que no había sitio.

Nos detuvimos enfrente del edificio de la Embajada Exótica, que representaba el Cuartel General de la Base Expedicionaria. Charley abrió el camino hasta el punto de guardia, cuyo «quién vive» de rutina se interrumpió a media frase cuando fueron reconocidos los dos oficiales.

—Hemos de hablar con el Comandante de la Base —le explicó Charley—. ¿Dónde se encuentra el Comandante Graeme?

—Está reunido con el Alcalde de Blauvain y con el Unificador. —El guardia, que era un Dorsai, vaciló un poco. Charley giró en redondo—. Espere..., señor, quiero decir que el Unificador se encuentra con *él*, aquí en el despacho del Comandante.

Charley giró de nuevo.

—Iremos a verle. Avise de nuestra llegada —ordenó Charley.

De nuevo abrió la marcha, sin aguardar a ver si el guardia obedecía la orden, por un corredor y luego ascendiendo por unas escaleras mecánicas hasta llegar a una oficina exterior, donde un joven Jefe de Fuerza se incorporó detrás de su escritorio ante nuestra llegada.

—Señor —se dirigió el Jefe de Fuerza a Charley—, el Unificador y el Alcalde sólo permanecerán con el Comandante unos pocos minutos más...

Charley pasó delante de él y el Jefe de Fuerza giró en redondo para teclear en su intercomunicador. Con los tacones resonando en el lustroso suelo, Charley nos condujo hacia una puerta que abrió y que daba paso a un despacho. Le seguimos a su interior: era una habitación cuadrada y grande, con ventanas orientadas a la ciudad, donde nos encontramos con nuestro alcalde, Moro Spence, un hombre de anchas espaldas, que se hallaba allí de pie junto con otro individuo de cabello blanco, rostro tranquilo y ojos del color de las avellanas, que vestía una túnica azul; los dos estaban situados enfrente de un escritorio detrás del cual se sentaba la imagen calcada de Kensie, su hermano gemelo, Tan Graeme.

Ian habló en dirección a su escritorio cuando entramos.

—Está bien —contestó.

Presionó una tecla y alzó la vista hacia Charley, quien se adelantó, con Chu a su lado, hasta el mismo borde de la mesa, momento en el que ambos saludaron.

—¿Qué ocurre? —inquirió Ian.

—Kensie —repuso Charley. Su voz cobró un tono formal—. El Comandante de Campo Kensie Graeme acaba de ser asesinado, señor, mientras nos dirigíamos a la ciudad.

Quizá durante un segundo —poco más— Ian permaneció en silencio. Pero su rostro —tan parecido al de Kensie y, sin embargo, tan diferente— no cambió de expresión.

—¿Cómo? —preguntó luego.

—Por asesinos que no pudimos ver —respondió Charley—. Creemos que se trata

de civiles. Escaparon.

Moro Spence maldijo.

—¡El Frente Azul! —exclamó—. Ian..., Ian, escuche...

Nadie le prestó atención. Charley resumía lo que había ocurrido desde el momento en que el mensaje de la invitación llegó al campamento...

—¡Pero no había planeada ninguna celebración de ese tipo! —protestó Moro Spence a los oídos sordos que le rodeaban.

Ian permanecía sentado con tranquilidad, con su anguloso y poderoso rostro cubierto a medias por las sombras producidas por la luz del sol que penetraba por el ventanal que había detrás suyo, escuchando quizá como habitualmente lo hacía con mil informes más. Aún no se percibía ningún cambio visible en él; salvo que él, que siempre se había situado distante de los demás, parecía ahora aún más remoto. Sus pesados antebrazos yacían sobre el escritorio, y las enormes manos entrenadas para ser armas mortales en sí mismas, permanecían abiertas e inmóviles sobre los papeles en las que se apoyaban. Casi parecía ser más un personaje legendario que un hombre corriente; y esa impresión no sólo la sentía yo, ya que a mi espalda, Pel respiró entre dientes con furia contenida; entonces recordé lo que había dicho de que Ian era únicamente hielo y agua, y Kensie sangre.

El hombre del pelo blanco y la túnica azul, cuyo nombre era Padma, el Exótico, Unificador con destino en Santa María por el tiempo que durara la Expedición, también observaba fijamente a Ian. Cuando Charley acabó su narración, Padma habló:

—Ian —comenzó, y su tranquila voz de barítono pareció modularse extrañamente y producir ecos en el oído—. Creo que esto es algo que deben tomar en sus manos las autoridades locales.

Ian le miró.

—No —respondió. Entonces posó sus ojos en Charley—. ¿Quién está de guardia?

—Ng'kok —repuso Charley.

Ian presionó la tecla del intercomunicador de su escritorio.

—Póngame con el coronel Waru Ng'kok, en el Cuartel General del Campamento —ordenó.

—¿No? —repitió Moro—. No lo entiendo, Comandante. Podemos manejarlo nosotros. Es el Frente Azul, ¿sabe? Son una fuerza política proscrita...

Me acerqué por detrás de él y coloqué la mano sobre su hombro. Se interrumpió, para girarse.

—¡Oh, Tom! —exclamó con cierto alivio—. No le había visto. Me alegra de que se encuentre aquí...

Me puse el dedo en los labios. Era lo suficientemente buen político como para darse cuenta de que a veces es mejor callarse. Ahora lo hizo; y los dos miramos de nuevo a Ian.

—... ¿Waru? Le habla el Comandante de la Base, Ian Graeme —decía Ian por el

teléfono—. Movilice a nuestros cuatro mejores Grupos de Rastreo; y elija a tres Fuerzas de sus tropas en activo para que rodeen Blauvain. Cierre todas las entradas a la ciudad. Dígale a estas tropas que pronto recibirán un informe completo de la situación.

Como soldados independientes y profesionales, bajo el mismo esquema contractual de los Dorsais —que los contratantes Exóticos respetaban para todos sus empleados militares—, los mercenarios tenían derecho a conocer el objeto y la meta de todas las órdenes que recibían acerca de cualquier acción militar. Si se producía un voto negativo del noventa y seis por ciento entre los hombres alistados que estuvieran involucrados en dicha acción, podían negarse a obedecer la orden. De hecho, y con un voto del cien por cien, podían obligar a sus oficiales a utilizarlos en una acción que ellos mismos exigieran. Sin embargo, no se conocía ni un solo caso de total unanimidad. El contestador sobre el escritorio de Ian emitió algo que yo no pude oír.

—No —replicó Ian—, eso es todo.

Cortó la comunicación y bajó la mano para abrir un cajón de su escritorio. Extrajo un cinturón de armas —un cinturón de trabajo, de color marrón, diferente al que llevaba puesto antes Kensie—, con la pistola en la funda; poniéndose de pie, se lo colocó. Allí erguido, dominaba toda la habitación por encima de nosotros.

—Tom —comentó dirigiéndose a mí—, ponga a trabajar a su policía, y que averigüen lo que puedan. Dígales que se preparen a recibir órdenes de cualquiera de nuestros soldados, sin importar el rango que ostenten.

—No sé si poseo la autoridad necesaria para comunicarles eso —contesté.

—Acabo de otorgarle esa autoridad —respondió con calma—. A partir de este momento, Blauvain se encuentra bajo la ley marcial.

Moro se aclaró la garganta; yo alcé una mano para indicarle que permaneciera quieto. No había nadie presente en el despacho que ahora pudiera cuestionar la autoridad de Ian, salvo el hombre de rostro tranquilo y la túnica azul. Miré a Padma en busca de ayuda, y él se volvió de mí hacia Ian.

—Por supuesto, Ian, se tomarán medidas adecuadas para que los soldados que conocieron a Kensie reciban satisfacción —intervino con suavidad Padma—, sin embargo, quizá la búsqueda de los culpables se realice mejor a través de la policía civil, sin ninguna ayuda militar.

—Me temo que no podemos dejarles la tarea a ellos —afirmó Ian tajante. Se volvió hacia los otros dos oficiales Dorsai—. Chu, hazte cargo de las Fuerzas a las que acabo de ordenar que acordonen la ciudad. Charley, tú actuarás como Comandante de Campo en Funciones. Que todos los oficiales y soldados del campamento permanezcan en él, y haz que regresen los que están fuera. Usa el despacho anexo a éste. Esta tarde pondremos al tanto de lo ocurrido a las tropas. Chu puede hacerlo con las tuyas a medida que los sitúe alrededor de la ciudad.

Los dos dieron media vuelta y se encaminaron a la puerta.

—¡Un momento, caballeros!

La voz de Padma sólo se alzó ligeramente. No obstante, la pareja de oficiales se detuvo y giró por un momento.

—Coronel ap Morgan, Comandante Moy —dijo Padma—, como oficial representante del Gobierno Exótico, que es su empleador, les relevo de la necesidad de seguir cualquier orden futura del Comandante Ian Graeme.

Charley y Chu miraron más allá del Exótico, hacia Ian.

—Adelante —les dijo Ian. Se marcharon. Ian se encaró con Padma—. Nuestros contratos estipulan que los oficiales y la tropa no están sujetos a la autoridad civil mientras se encuentren en servicio activo, en lucha contra un enemigo.

—Pero la guerra..., la guerra con los invasores Amistosos..., ha terminado —intervino Moro.

—Uno de nuestros soldados acaba de ser asesinado —repuso Ian—. Hasta que se establezca la identidad de los asesinos, asumiré que aún estamos luchando contra el mismo enemigo.

De nuevo me miró.

—Tom —me dijo—. Puede ponerse en contacto con su Cuartel General de la Policía desde este escritorio. Tan pronto como lo haya hecho, preséntese ante mí en el despacho de al lado, donde envié a Charley.

Rodeó el escritorio y se marchó. Padma le siguió. Me acerqué a la mesa y llamé a mi propia oficina.

—¡Por el amor de Dios, Tom! —exclamó Moro dirigiéndose a mí mientras presionaba las teclas con el número de mi oficina y comenzaba a activar el dispositivo para que entrara en funcionamiento el engranaje de la policía—. ¿Qué está ocurriendo?

Yo me hallaba demasiado ocupado para responderle. Sin embargo, alguien no lo estaba.

—Hará que paguen por la muerte de su hermano —contestó Pel de forma salvaje desde el otro extremo de la habitación—. ¡Eso es lo que ocurre!

Casi me había olvidado de Pel. Moro debió olvidarlo por completo, ya que se volvió en redondo como si Pel hubiera aparecido en la escena a través de una nube de fuego y humo con olor a azufre.

—¿Pel? —inquirió—. Oh, Pel..., reúne a tu milicia de inmediato y ármala. Ésta es una emergencia...

—¡Vete al infierno! —le contestó Pel—. No pienso mover ni un dedo para evitar que Ian persiga a esos asesinos. Y tampoco nadie de la milicia que haya conocido a Kensie Graeme lo hará.

—¡Esto puede provocar que caiga el gobierno! —Moro estaba a punto de llorar—. Puede hacer que Santa María caiga en la anarquía; ¡y entonces el poder se le entregará en bandeja al Frente Azul!

—Eso es lo que este planeta se merece —afirmó Pel—, cuando permite que hombres como Kensie sean acribillados como perros..., ¡hombres que vinieron aquí a

arriesgar sus vidas para salvar a nuestro gobierno!

—¡Estás más loco que estos mercenarios! —exclamó Moro mirándole con ojos furiosos. Entonces, un atisbo de esperanza iluminó sus apagadas facciones—. En realidad, Ian parece bastante tranquilo. Tal vez él no...

—Echará abajo esta ciudad si tiene que hacerlo —interrumpió Pel con ira—. No te engañes.

Yo había acabado con mi llamada telefónica. Corté la comunicación y me levanté, mirando a Pel.

—Creí que me habías dicho que Ian sólo estaba compuesto de hielo y agua —le dije.

—Y así es —contestó Pel—. Pero Kensie es su hermano gemelo. Eso es lo único que no podrá hacer a un lado. Ya lo verás.

—Espero y rezo para que no sea así —dije, saliendo de la oficina y dirigiéndome a la contigua, donde Ian me esperaba.

Pel y Moro me siguieron; sin embargo, cuando llegamos a la puerta del otro despacho, había un soldado ante ella que sólo me permitió el acceso a mí.

—... Quiero un guardia en la habitación del hospital y una Fuerza que proteja al hospital en su conjunto —le comentaba Ian con lentitud y deliberación a Charley ap Morgan cuando entré.

Se encontraba de pie delante de Charley, quien estaba sentado detrás del escritorio. Contra una pared, permanecía la silenciosa figura de la túnica azul que era Padma. Ian se volvió para mirarme.

—Las tropas del campamento formarán dentro de una hora —comentó—. Charley se dirigirá hacia allí para informarles de lo que ha ocurrido. Me gustaría que fuera con él y estuviera sobre la plataforma a su lado en el momento en que se lo comunique.

Le devolví la mirada, alzando los ojos. Yo no había creído la afirmación de Pel de que aquel hombre era sólo hielo y agua. Pero ahora, por primera vez, comencé a dudar de mi opinión y a creer la de Pel. Si alguna vez existieron dos hermanos que parecieran las dos mitades opuestas de un único huevo, éstos eran Kensie e Ian. Lo cierto es que ante mí se hallaba Ian, con Kensie muerto —quizá la única persona viva de los once mundos habitados por seres humanos entre las estrellas que le había amado o comprendido—, y todavía no había mostrado ninguna emoción por la muerte de su hermano, del mismo modo que no lo habría hecho si hubiera descubierto alguna incorrección en la orden del día.

Se me ocurrió que tal vez se encontrara bajo los efectos de un *shock* emocional..., y que ésta era la causa de su antinatural calma. Pero el hombre al que miraba ahora no mostraba ninguno de los síntomas de alguien sometido a una presión interna. Me pregunté si el amor de un hombre por su hermano podía ocultarse tan profundamente que ni siquiera la muerte violenta de ese hermano fuera capaz de resquebrajar la superficie congelada del que continuaba con vida.

Si Ian se hallaba conteniendo una emoción que en algún momento del cercano futuro explotaría, entonces todos nos encontrábamos en problemas. Mi policía de Blauvain unida a la milicia planetaria resultaban simples soldados de juguete comparados con estos profesionales. Sin el control Exótico para dirigirlos, todo el planeta estaba a su merced. Pero no tenía ningún sentido reconocer eso —incluso ante nosotros mismos— mientras poseyéramos una mínima sombra de independencia.

—Comandante —dije—, la milicia planetaria del General Pel Sinjin estuvo trabajando muy unida a las fuerzas de su hermano. Le gustaría encontrarse presente cuando se informe a sus soldados. También le gustaría asistir a Moro Spence, Alcalde de Blauvain y Presidente Vitalicio del Gobierno Planetario de Santa María. Estos dos hombres, Comandante, están tan involucrados en la situación como sus tropas.

Ian me miró.

—El General Sinjin —repuso después de un momento—, por supuesto. Pero no nos hacen falta alcaldes.

—Santa María sí los necesita —aduje—. En realidad, ellos conforma nuestro Consejo Mundial: el grupo de alcaldes de las ciudades más importantes. Dé a entender que Moro y los demás no significan nada, y la poca autoridad que posean se desvanecerá en diez minutos. ¿Merece Santa María algo así por parte de usted?

Me pudo haber contestado que Santa María había sido la causante de la muerte de su hermano..., y que merecía cualquier cosa que él eligiera darle. Pero no lo hizo. Me habría sentido más seguro si lo hubiera hecho. A cambio, me miró como desde una distancia larga, muy larga, durante varios segundos, y luego a Padma.

—¿Está a favor de su propuesta? —le preguntó.

—Sí —repuso Padma.

Ian me miró de nuevo.

—Entonces, tanto Moro como el General Sinjin pueden ir con usted —me dijo—. Charley se marchará de aquí por vía aérea en unos cuarenta minutos. Hasta entonces, le dejaré que vuelva a sus propias responsabilidades. Será mejor que nombre a alguien de la policía como enlace, y que permanezca en este despacho.

—Gracias —le contesté—. Lo haré.

Di media vuelta y salí del cuarto. Mientras lo hacía, escuché a Ian a mi espalda dictando.

«... Todos los viajes que hayan de realizar los ciudadanos de la Ciudad de Blauvain quedarán restringidos a los absolutamente necesarios. Para ello, se pedirán pases militares. Los habitantes han de permanecer fuera de las calles. Cualquiera que se vea involucrado en alguna reunión pública, quedará sujeto a una investigación y, por tanto, al arresto. La Ciudad de Blauvain ha de reconocer el hecho de que ahora se encuentra bajo la ley marcial, no civil...».

La puerta se cerró detrás de mí. Vi que Pel y Moro esperaban en el corredor.

—Todo está bien —les comuniqué—, no estáis excluidos de la investigación...,

de momento.

Cuarenta minutos más tarde despegábamos desde el techo del edificio: Charley y yo delante, en los asientos de los controles de un coche militar de enlace, con capacidad para ocho personas; Pel y Moro sentados atrás, entre los asientos de los pasajeros.

—Charley —le pregunté, en la intimidad que nos brindaba el aislamiento de la parte delantera del vehículo, una vez que estuvimos en el aire—. ¿Qué va a ocurrir?

Parecía concentrado en la pantalla de visión y durante un momento no me contestó. Cuando lo hizo, no giró la cabeza.

—Kensie y yo —me dijo con suavidad, casi ausente— crecimos juntos. La mayor parte de nuestras vidas tuvimos el mismo destino, trabajamos para las mismas personas.

Había pensado que conocía a Charley ap Morgan. Con su alegría, desde siempre me había parecido más humano, más alejado de esa imagen de semidiós de la guerra que ofrecían otros Dorsais como Kensie o Ian..., o incluso oficiales de menor graduación, como Chu. Pero ahora se había distanciado junto con los demás. Sus palabras lo situaban más allá de mi alcance, en una tierra más fría, alta y distante donde sólo los Dorsai vivían. Era una tierra en la que yo no podía entrar y cuyas reglas nunca comprendería. Sin embargo, lo intenté otra vez.

—Charley —dije después de un momento de silencio—, eso no responde a mi pregunta.

Entonces me miró unos instantes.

—No sé lo que va a ocurrir —repuso.

De nuevo trasladó su atención a los controles. Volamos el resto del trayecto hacia el campamento sin hablar.

Cuando aterrizamos, hallamos a toda la Expedición formada. Estaban agrupados por Unidades en Batallones y Grupos; y sus uniformes de batalla de color pardo reflejaban destellos de luz bajo el sol de la tarde. No fue hasta que nos subimos a la plataforma que había delante de ellos que reconocí lo que significaban esos destellos. Habían acudido a la formación armados..., todos ellos, aunque aquello no iba incluido en las órdenes de Ian. Las noticias sobre lo acontecido a Kensie habían llegado antes que nosotros. Miré a Charley; él no le prestaba atención alguna a las armas.

El sol caía sobre nosotros desde el sudoeste en un ángulo bajo. Las tropas formadas le daban la espalda a la vieja fábrica, y cuando Charley habló, los amplificadores recogieron su voz y la transportaron por encima de sus cabezas.

—Tropas de la Fuerza Expedicionaria Exótica de ayuda a Santa María —dijo—. Por orden del Comandante Ian Graeme, se ordena esta reunión en el día ciento ochenta y siete de la Expedición en tierra de Santa María.

Las paredes de ladrillo devolvieron sus palabras con un eco apagado sobre los hombres de uniforme. Yo permanecía ligeramente más atrás, escuchando. Pel y Moro

se hallaban detrás de mí.

—Lamento informarles —prosiguió Charley— que la actividad de francotiradores dentro de la Ciudad de Blauvain, en este día, aproximadamente a las trece horas, nos costó la vida del Comandante Kensie Graeme.

No surgió ningún sonido por parte de los hombres.

«Los francotiradores aún no han sido capturados o muertos. Ya que no han podido ser identificados, el Comandante Ian Graeme ha ordenado que la situación de hostilidad, que se suponía finalizada, todavía permanezca en vigor. Blauvain ha sido puesta bajo la ley marcial, se han enviado fuerzas suficientes para que sellen la ciudad ante cualquier salida o entrada, y todas las personas bajo contrato Exótico con la Expedición, han sido llamadas de regreso a este campamento...».

Sentí el calor de un aliento en mi oído y la voz de Pel me susurró:

—¡Míralos! —exclamó—. Están preparados para marchar sobre Blauvain ahora mismo. ¿Crees que consentirán que Kensie sea asesinado en un pequeño mundo appestoso como el nuestro y no hacer que alguien pague por ello?

—Cállate, Pel —murmuré por la comisura de los labios. Pero él continuó.

—¡Míralos! —repitió—. Lo que aguardan es la orden de marcha..., de marchar sobre Blauvain. Y si Charley no termina por darla, explotará el infierno. ¿Ves cómo todos van armados?

—¡Correcto, Pel, como Blauvain no es tu ciudad! —Fue el amargo murmullo de la voz de Moro—. Si desearan emprender la marcha sobre Castelmane, ¿sentirías lo mismo?

—¡Sí! —siseó Pel con fiereza—. Si vienen hombres aquí para arriesgar su vida por nosotros, y lo único que les damos es una muerte en las calles, ¿qué merecemos? ¿Qué merece cualquiera?

—¡Deja de analizarlo como si se tratara de un juicio! —replicó Moro duramente—. Es en Kensie en quien piensas..., eso es todo. Del mismo modo que esos hombres de ahí sólo están pensando en Kensie...

Intenté calmarlos de nuevo, luego me di cuenta de que en realidad daba igual. A todos los efectos, nosotros tres éramos invisibles detrás de Charley. La atención de los hombres allí formados se centraba en él, y sólo en él. Como Pel había dicho, únicamente aguardaban una orden; y sólo les importaba esa orden.

Era como permanecer enfrente de una enorme bestia herida de color pardo, lista para cargar en cualquier momento, aunque sólo fuera porque en la acción esperaba encontrar un alivio para el dolor que padecía. La impasible voz de Charley prosiguió, y cada palabra retornaba como el rechinar de pizarras secas que se frotaran entre sí en el eco producido por el muro de la fábrica. Pronunciaba una larga lista de órdenes que tenían que ver con el orden del campo y su transición de nuevo hacia la situación de máxima alerta.

Sentí cómo crecía la tensión a medida que se aproximaba al final de la lista sin especificar ninguna orden que pudiera indicar alguna acción por parte de la

Expedición contra la ciudad en la que Kensie había muerto. Entonces, de repente, la lista acabó.

—... Eso da por concluidas —dijo Charley con el mismo tono invariable— las presentes órdenes concernientes a la presente situación. Le recordaré al personal de esta Expedición que, hasta el momento, la identidad de los asesinos del Comandante Graeme es desconocida. La policía civil está llevando a cabo todas las medidas necesarias para investigar el asunto; y es la opinión de sus oficiales que por ahora no se puede hacer nada más salvo prestarles toda nuestra cooperación. Existe la sospecha de que un grupo nativo y proscrito con ramificaciones políticas, conocido como el Frente Azul, puede haber sido el responsable del asesinato. Si ello se confirmara, debemos tener cuidado en saber distinguir entre aquellos habitantes de este mundo que son de verdad culpables de la muerte del Comandante Graeme de la gran mayoría de ciudadanos inocentes.

Dejó de hablar.

No surgió ni un sonido de los miles de hombres formados delante suyo.

—Muy bien, Brigada-Mayor —se dirigió Charley a uno de los oficiales formados entre los de graduación—. Despida a las tropas.

El Brigada-Mayor, que había permanecido como todos los demás, de cara a la plataforma, giró en redondo.

—¡Aten...ción! —Restalló, y los sensores de amplificación de la plataforma llevaron su voz por encima de los hombres formados del mismo modo que lo habían hecho con la voz de Charley—. ¡Rompan filas!

La formación no se dispersó. Aquí y allí, se pudo distinguir alguna ligera oscilación en las filas; sin embargo, luego, esas figuras de pie, permanecieron de nuevo inmóviles. Durante un largo segundo, pareció como si nada más fuera a ocurrir, como si Charley y los soldados mercenarios que había delante de él fueran a permanecer mirándose hasta el día del Juicio Final..., pero entonces, en algún lugar entre los soldados, una solitaria y desafinada voz de bajo comenzó a cantar.

«Poco sabían de La hermandad...»

Otras voces se unieron a la primera con rapidez.

«... De la fe de los luchadores

Aquellos que para probar que su mentira era verdad

Colgaron al Coronel Jacques Chrétien...»

... Y de repente todas las filas que había ante nosotros se pusieron a cantar. Era una canción acerca del joven Coronel que había sido sentenciado a muerte hacía cien años, cuando los Dorsais comenzaban a surgir. Una ciudad de Nueva Tierra había

empleado a una fuerza de Dorsais con el fin secreto de usarlos contra una fuerza enemiga superior de modo que fueran aniquilados con toda certeza..., haciendo así que fuera innecesario el pago de sus servicios a la vez que le causaban un daño considerable al enemigo. Pero a cambio, los Dorsais derrotaron al enemigo, y la ciudad, después de todo lo planeado, se enfrentó a la obligación de tener que pagarles. Para evitarlo, a las autoridades de la ciudad se les ocurrió la idea de acusar al Comandante Dorsai de haber tenido tratos con el enemigo y de aceptar un soborno para declarar una victoria por una batalla que nunca se libró. Era la técnica de la gran mentira; y quizá habría funcionado si no hubieran cometido el error de arrestar al Comandante para apoyar su historia.

En condiciones normales, no habría sido una canción a la que me hubiera opuesto. Sin embargo ahora —de repente— la sentí dirigida contra mí. Era para Pel, Moro, y yo mismo, lo que los soldados de la Expedición estaban cantando. Antes, casi me había sentido invisible en la plataforma detrás de Charley ap Morgan. Pero en este momento, nosotros tres, los civiles, constituíamos el foco de atención de cada par de ojos del campo..., nosotros, los civiles que éramos como aquellos civiles que colgaron a Jacques Chrétien; nosotros, que éramos ciudadanos de Santa María, iguales a quienquiera que hubiera disparado contra Kensie Graeme. Era como estar ante una rugiente boca de alguna enorme bestia dispuesta a tragarnos. Permanecimos mirándola, inmóviles.

Tampoco intervino Charley ap Morgan.

Él mismo aguardó en silencio, mientras las tropas continuaban con todas las estrofas de la canción hasta el final:

*... La cuarta parte de las tropas de Rochmont
—Un batallón de Dorsais—
Fueron enviadas a la lucha, solas,
Con el fin de sangrar a Helmuth, y morir.
Mas mirad, mirad, desde las alturas de Rochmont
Sobre la llanura de Helmuth.
A todos sus soldados bien pertrechados
Vencidos o muertos por los Dorsal.
Bajad la vista, bajadla, ante la vergüenza de Rochmont,
Que para ocultar el daño que había producido,
Proclamó que Helmuth sobornó a los Dorsais...
Y que ninguna batalla se había ganado.
Para probar esa mentira, los Señores de Rochmont
Arrestaron a Jacques Chrétien,
Bajo el cargo de tratar con los Jefes de Helmuth
El pago de sus hombres.
Pero el Comandante Arp Van Din decía:*

*«No podéis juzgar a los Dorsai,
Devolvednos a nuestro Coronel antes del amanecer,
O la ciudad de Rochmont desaparecerá».*
*Fuerte detrás de sus muros,
Rochmont, desdeñosa, respondió condenándole,
Y al amanecer, colgó al joven
Coronel Jacques Chrétien.*
*Luminoso, luminoso el sol aquella mañana se alzó,
Y resplandeció sobre cada muro pertrechado.*
*Mas cuando el sol se puso por el oeste,
Sus murallas habían sido derribadas.*
*Entonces suave y blanca la luna surgió
Sobre calles y techos no manchados,
Pero cuando esa luna descendió de nuevo
Ninguna calle o techo quedó.*
*Ya no existe una ciudad llamada Rochmont,
Como tampoco sus hombres.*
*Mas se erige un monumento Dorsai
Al Coronel Jacques Chrétien.*
*Transmitid el relato de mundo en mundo,
Solo, Dorsai todavía permanece.*
*Y mientras viva, ningún habitante suyo
Perecerá por el daño ajeno.*
*Poco sabían de la hermandad
—De la fe de los luchadores—
Aquellos que para probar que su mentira era verdad
¡Colgaron al Coronel Jacques Chrétien!*

La canción terminó. Una vez más permanecieron en silencio..., en un terrible silencio. Sobre la plataforma, Charley se movió. Dio medio paso hacia adelante y los sensores recogieron de nuevo su voz y la amplificaron por encima de los hombres que esperaban.

—¡Oficiales! Al frente y al centro. ¡De cara a sus hombres!

Desde el extremo de cada fila avanzaron figuras. Los oficiales reclamados dieron un paso al frente, giraron y marcharon hasta un punto opuesto al de las filas que habían encabezado, donde dieron media vuelta otra vez y aguardaron en posición de firmes.

—Preparados para abrir fuego.

Las armas en las manos de los oficiales se situaron al nivel de la cintura, con los cañones apuntando directamente a los hombres que había enfrente de ellos. El aire en mi pecho de repente se solidificó. No habría podido inhalar o exhalar aunque lo

hubiera intentado. Había oído mencionar algo parecido pero nunca lo creí, y jamás soñé que yo estaría presente para contemplarlo. Por el rabillo del ojo podía ver el ángulo del rostro de Charley ap Morgan, y en todos los aspectos ahora se trataba de una cara Dorsal. Habló de nuevo.

—La orden de rompan filas ha sido dada —sonó la voz de Charley, desbordando su eco sobre los silenciosos hombres—, y no se obedeció. La orden será repetida teniendo en cuenta los principios del Tercer Artículo del Convenio del Soldado Profesional. Los oficiales abrirán fuego sobre cualquiera que se niegue a obedecer.

Surgió una especie de apagado suspiro que recorrió a todos los hombres, seguido del breve traqueteo de los seguros al ser quitados de las armas de los hombres formados. Permanecieron contemplando a sus oficiales directos y a los que no lo eran en este momento..., todos camaradas y viejos amigos. Sin embargo, todos profesionales. No aguardarían impasibles hasta ser ejecutados si el caso llegaba hasta ese extremo. El aire de mi pecho era ahora tan sólido que me producía dolor, como la presión de un objeto pesado e irregular oprimiendo mis costillas. En diez segundos todos podríamos estar muertos.

—Brigada-Mayor —pronunció la segura voz de Charley—. Despida a sus tropas.

El Brigada-Mayor, quien una vez más había girado para mirar a Charley cuando éste se dirigió a él, se volvió de nuevo de cara al grupo de hombres en formación.

—¡Rompan... —En la voz del Brigada-Mayor tampoco se percibía cambio alguno—... filas!

Las formaciones se disgregaron. Al unísono las filas se rompieron, los soldados que las componían dieron media vuelta, los oficiales de servicio y los que no lo estaban bajaron las armas que habían alzado ante la anterior orden de Charley. El aliento largo tiempo contenido salió de mis pulmones de manera tan brusca que me raspó la garganta. Me volví hacia Charley pero ya se encontraba en medio de las escaleras que bajaban de la plataforma, tan impasible como lo había estado durante los últimos minutos. Tuve que correr para alcanzarlo.

—¡Charley! —exclamé al alcanzarlo.

Giró el rostro para mirarme mientras seguía caminando. De repente me di cuenta de lo pálido y sudoroso que me encontraba. Intenté reírme.

—Gracias a Dios que esto acabó —comenté.

—¿Acabar? —Sacudió la cabeza—. No ha terminado, Tom. Los hombres alistados ahora deben estar votando. Es su derecho.

—¿Votar? —El mundo, durante un segundo, no tuvo sentido para mí. Súbitamente, cobró demasiado sentido—. ¿Quiere decir... que tal vez voten marchar sobre Blauvain, o algo por el estilo?

—Quizá..., algo así —repuso.

Le miré con ojos fijos.

—¿Y después? —inquirí—. Usted no..., si el resultado es la marcha sobre Blauvain... ¿qué haría?

Me contempló casi con frialdad.

—Conducir a mis tropas —contestó.

Me detuve. Totalmente inmóvil, le observé alejarse de mí. Una mano tiró de mi codo; di media vuelta para ver que Pel y Moro ya habían llegado hasta mi posición. Era Moro el que tenía su mano en mi brazo.

—Tom —dijo Moro—. ¿Qué hacemos ahora?

—Ver a Padma —afirmé—. Si él no puede hacer nada, no conozco a nadie que pueda.

Charley no iba a volver de inmediato a Blauvain. Ya se encontraba en una reunión de Estado Mayor junto a los demás oficiales, quienes no tenían derecho a votar de acuerdo con el Convenio. Nosotros tres, los civiles, tuvimos que pedir un vehículo terrestre del parque automotor del campamento.

La mayor parte del trayecto de regreso a la ciudad transcurrió en silencio. De nuevo yo me hallaba ante los controles, con Pel a mi lado. Justo antes de que llegáramos a la parte oeste de la ciudad, Moro, que había viajado en el asiento posterior, se inclinó hacia adelante para situar su cabeza entre nosotros dos.

—Tom —dijo—, tendrás que poner a tu policía en alerta especial. Y tú, Pel, tienes que movilizar a la milicia..., de inmediato.

—Moro —repliqué..., y de repente me sentí tremendamente cansado, casi a punto de caer exhausto—. Cuento con menos de trescientos hombres, de los cuales, el noventa y nueve por ciento no tiene nada más excitante como experiencia que rellenar impresos, hacerse cargo de un incendio, un accidente o una disputa familiar. No se enfrentarían a esos mercenarios ni aunque yo se lo ordenase.

—Pel —dijo girando hacia él—, tus hombres son soldados. Han estado en el campo de batalla con estos mercenarios... Pel se rió en su cara.

—Hace cien años, un batallón de Dorsais se apoderó de una ciudad fortificada —Rochmont— simplemente con un puñado de piezas de artillería ligera. Ésta es una *brigada* —seis batallones—, equipada con las mejores armas que los Exóticos han podido adquirir..., enfrentada a una ciudad que no posee ninguna defensa, ya sea natural o artificial. ¿Y tú quieres que mis dos mil milicianos intenten detenerles? No existe ninguna fuerza en Santa María que pueda frenar a esos soldados profesionales.

—En Rochmont todos eran Dorsais... —comenzó Moro.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Pel—. Estos están comandados por Dorsais, los mejores mercenarios que se puedan encontrar. Tropas de élite..., los Exóticos no contratan a nadie peor por miedo a que ellos se vean obligados a tocar un arma y así dañar su iluminación... ¡o lo que demonios sea! ¡Enfréntate a ello, Moro! Si las tropas de Kensie desean masticarnos, lo harán. ¡Y no hay nada que tú o yo podamos hacer al respecto!

Moro no pronunció palabra durante largo tiempo. La última frase de Pel casi tuvo un deje histérico. Cuando el Alcalde de Blauvain habló de nuevo, lo hizo con calma.

—Por Dios que me gustaría saber por qué deseas con tanta intensidad que ocurra

—comentó.

—¡Vete al infierno! —exclamó Pel—. ¡Vete...!

Coloqué la marcha del vehículo en punto muerto y nos detuvimos, cayendo sobre la hierba cuando el colchón de aire perdió presión. Miré a Pel.

—Eso es algo que también a mí me gustaría saber —repuse—. De acuerdo, te gustaba Kensie. Y a mí. Pero a lo que nos enfrentamos es a una amenaza que incluye desde la destrucción de una ciudad a la posible masacre de unas doscientas mil personas. ¿Todo ello sólo por la muerte de un hombre?

El rostro de Pel pareció amargado y cansado.

—Nosotros, los de Santa María, no servimos para nada —habló con voz apagada—. Somos un pequeño y cómodo mundo agrícola que, desde que fue colonizado, lo único que ha hecho ha sido pedir ayuda a gritos a los Exóticos cada vez que se presentaba algún problema. Y los Exóticos siempre nos han sacado de aprietos, sólo porque nos encontramos en el mismo sistema solar que ellos. ¿Para qué servimos? ¡Para nada! ¡Por lo menos los Dorsai y los Exóticos tienen algún valor..., alguna utilidad!

Se apartó de Moro y de mí; no conseguimos que volviera a pronunciar palabra.

Proseguimos nuestro trayecto hacia la ciudad, donde, para mi alivio, por fin me pude deshacer de Pel y de Moro; luego me dirigí al Cuartel General de la Policía y me hice cargo de la situación.

Tal como había supuesto, era bastante necesario que alguien se encargara de la gestión inmediata de los diferentes asuntos, pero, había subestimado en gran manera la necesidad de que alguien pusiera orden. Pensé que con dos o tres horas tendría la situación bajo control, para luego quedar libre y poder buscar a Padma. Sin embargo, casi me llevó siete horas aplacar el pánico, organizar la confusión y dotar de algún objetivo y orden a las operaciones de mi gente, incluidos los que estaban fuera de servicio y que se habían presentado para un servicio de emergencia. En realidad, eran pocas nuestras obligaciones en aquel momento: simplemente, patrullar las calles y verificar que los ciudadanos permanecieran fuera de ellas y fuera del camino de los mercenarios. No obstante, requirió siete horas conseguir que la operación comenzara a funcionar; y al final de ese tiempo, aún no me encontraba libre para buscar a Padma, sino que tuve que responder a una serie de llamadas que solicitaban mi presencia junto al grupo de detectives asignados para trabajar con los mercenarios en el rastreo de los asesinos.

Conduje despacio a través de las vacías calles nocturnas; llevaba las luces de emergencia conectadas y el emblema oficial de mi coche de policía visiblemente iluminado. Sin embargo, tres veces fui detenido e inspeccionado por grupos de tres a cinco mercenarios, vestidos con trajes de combate y completamente armados, que surgieron de forma inesperada. La tercera vez, el Jefe de Grupo al mando de los soldados que me detuvieron, se unió a mí en el coche. Después de eso, cuando por dos veces nos encontramos de nuevo con grupos militares, él se asomó por la ventana

derecha para que le vieran; y en ambas ocasiones nos hicieron señas para que prosiguiéramos.

Por fin llegamos a un bloque de naves y, situado, en la parte norte de la ciudad; y nos detuvimos en una en especial. El interior de su enorme estructura, que provocaba ecos, estaba vacía salvo por unos cien metros cuadrados de maquinaria de recolección agrícola empaquetada en la primera de sus tres plantas. Encontré a mis hombres en la segunda planta, en los transparentes cubículos que constituían las oficinas del edificio y en apariencia no hacían nada.

—¿Qué ocurre? —pregunté cuando los vi.

No sólo estaban ociosos, también parecían descontentos.

—No hay nada que podamos hacer, Superintendente —repuso el teniente detective al mando: se trataba de Lee Hall, un hombre que conocía desde hacía dieciséis años—. No podemos mantener su ritmo, aunque nos dejen.

—¿Mantener? —inquirí.

—Sí, señor —dijo Lee—. Venga, se lo mostraré. De todas formas, nos dejan observar.

Me condujo fuera de las oficinas hasta la última planta de la nave, un espacio enorme y vacío, con unas pocas cajas de embalaje desperdigadas entre montones de materiales nuevos de envoltura. En un extremo, luces portátiles iluminaban cierta zona con una despiadada luz de color azul-blanco que hacían que las sombras proyectadas por los hombres y las cosas adquirieran la apariencia necesaria de solidez como para llegar a creer que se podría tropezar con ellas. Me llevó hacia la luz hasta que un Jefe de Grupo se adelantó para bloquearnos el camino.

—Hasta aquí, teniente —le dijo a Lee. Me miró.

—Éste es Tomas Velt, Superintendente de la policía de Blauvain.

—Es un placer conocerle, señor —el Jefe de Grupo se dirigió a mí—. Pero usted y el teniente tendrán que permanecer aquí si desean ver lo que ocurre.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Una reconstrucción —contestó el Jefe de Grupo—. Ése es uno de nuestros Equipos de Cazadores.

Me volví para observar. En el resplandor blanco de la luz se encontraban cuatro mercenarios. A primera vista parecían estar ocupados en alguna extraña danza o una representación de mimo. Se hallaban separados por cortos espacios; primero se movía uno, luego otro, en cada ocasión un trecho ínfimo..., tal vez como si pretendiera haberse levantado de una silla inexistente y se acercara a una mesa igualmente inexistente, para luego volverse de cara a los demás. Momento en el que otro hombre avanzaba y en apariencia hacía algo en la misma mesa invisible junto a él.

—Los hombres de nuestros Equipos de Cazadores son en esencia rastreadores, Superintendente —me explicó el Jefe de Grupo en voz baja al oído—. Sin embargo, algunos equipos resultan mejores que otros en determinados entornos. Estos hombres pertenecen a un equipo que trabaja bien en interiores.

—¿Pero qué están haciendo?

—Reconstruyendo lo que realizaron los asesinos cuando estuvieron aquí —respondió el Jefe de Grupo—. Cada uno de los tres hombres del equipo capta la señal de uno de los asesinos, mientras el cuarto los observa, ejerciendo como coordinador.

Le miré. En una manga llevaba el emblema de los Dorsais, pero ofrecía un aspecto corriente, como yo o alguno de mis detectives. Estaba claro que se trataba de un inmigrante de primera generación; lo que explicaba el porqué tenía los galones de un oficial no comisionado junto al otro emblema.

—¿Qué clase de señales están rastreando? —pregunté.

—En su mayoría, cosas pequeñas —sonrió—. Cosas insignificantes..., algunas ni usted ni yo seríamos capaces de verlas aunque nos las señalaran. A veces no hay nada, y tienen que empezar basándose sobre una corazonada..., es ahí donde ayuda el coordinador —se compuso de nuevo—. Parece magia negra, ¿verdad? Incluso a mí me lo parece a veces, y llevo catorce años siendo Dorsai.

Observé a las figuras en movimiento.

—Dijo..., tres —comenté.

—Así es —respondió el Jefe de Grupo—. Hubo tres francotiradores. Les hemos seguido la pista desde el edificio en que dispararon hasta aquí. Éste era su cuartel general..., el lugar en el que se reunieron justo antes del asesinato. Hay señales de que, por lo menos, permanecieron aquí un par de días a la espera.

—¿A la espera? —repetí—. ¿Cómo sabe que eran tres y que estuvieron esperando?

—Hemos descubierto un montón de signos repetitivos, producto de acciones habituales. Señales de camas de campaña, de alimentos para un determinado número de comidas. Señales de lubricante de metal que muestran que se desmontaron armas allí. Huellas de un teléfono portátil privado..., seguro que esperaron una llamada telefónica de alguien que les avisó que el Comandante había salido del campamento.

—¿Pero cómo sabe que sólo eran tres?

—Únicamente hay señales de tres individuos —repuso—. Tres: todos grandes para los cánones de su mundo, todos por debajo de los treinta años. El más corpulento tenía cabello negro y barba. Él fue el que no se cambió de ropa durante una semana...

—El Jefe de Grupo olió el aire—. ¿Le huele?

Me concentré en oler la atmósfera.

—No capto nada —contesté.

—Hmm —el Jefe de Grupo pareció sombríamente complacido—. Quizá esos catorce años me han servido después de todo. Su hedor flota en el aire con claridad. Es una de las evidencias que nuestro Equipo de Cazadores siguió hasta este lugar.

Dirigí mis ojos hacia Lee Hall, luego, de nuevo, al soldado.

—No necesita a mis detectives para nada, ¿verdad? —inquirí.

—No, señor —me miró a la cara—. Aunque supusimos que a usted le gustaría que estuvieran con nosotros. Está bien.

—Sí —acepté.

Me marché. Si mis hombres no eran requeridos, tampoco lo era yo; y no disponía de tiempo para quedarme en un sitio en el que resultara inútil mi presencia. Aún debía hablar con Padma.

Pero no fue fácil localizar al Unificador. La Embajada Exótica no pudo o no quiso decirme dónde se hallaba; y el Cuartel General de la Expedición en Blauvain también me aseguró no saberlo. Como una cuestión de trabajo policial rutinario, mi propio departamento mantenía localizadas a todas las personas importantes de otros mundos, por ejemplo, los hermanos Graeme y el Unificador, mientras estaban en la ciudad. No obstante, en este caso no existía ningún informe de Padma que indicara que hubiera abandonado la habitación en la cual le vi por última vez junto a Ian Graeme al comienzo del día. Finalmente, tomé la determinación de llamar al mismo Ian y preguntarle si Padma se encontraba con él.

La respuesta fue un seco «no». Eso lo aclaraba. Si Padma estaba con él, un Dorsai como Ian se hubiera negado a responder antes que pronunciar una mentira directa. Me rendí. Sentía la cabeza ligera debido a la fatiga y me dije a mí mismo que iría a casa a dormir unas horas, para intentarlo de nuevo después.

De modo que, acompañado por uno de los soldados profesionales en mi vehículo policial para que respondiera por mí en los bloqueos, regresé a mi oscuro apartamento; y cuando por fin me encontré solo, descubrí allí a Padma aguardándome, sentado en uno de mis sillones flotadores.

La sorpresa de encontrármelo en el lugar más insospechado resultó como un mazazo sólido..., aunque más parecido a una explosión emocional de lo que yo hubiera creído. Fue como ver a un fantasma, el fantasma de alguien de cuyo funeral acabaras de regresar. Me quedé de pie mirándole.

—Lamento asustarle, Tom —dijo—. Lo sé, iba a servirse una copa y a olvidarse de todo por unas horas. Así que, de cualquier forma, ¿por qué no se sirve la copa?

Con la cabeza me indicó el bar empotrado en una de las esquinas de la sala de estar del apartamento. Nunca lo usaba a menos que tuviera invitados; aunque siempre estaba bien provisto..., ése era parte del acuerdo de mantenimiento. Me acerqué y oprimí unas teclas, solicitando un *brandy* solo y agua. Sabía que no serviría de nada ofrecerle alcohol a Padma.

—¿Cómo entró aquí? —pregunté dándole la espalda.

—Le dije a su portero que usted me estaba buscando —contestó Padma—. Me dejó pasar. Los Exóticos no somos tan corrientes en su mundo como para que no me reconociera.

Bebí media copa de un trago, regresé con el resto y me senté en un sillón enfrente de él. La luz ambiental del apartamento se había activado de forma automática cuando la noche oscureció las ventanas. Era una iluminación suave, que salía de las esquinas del techo y de pequeñas aberturas dispersas en nichos en las paredes. Bajo ella, con su túnica azul, con su rostro sin edad, Padma tenía el aspecto de un Buda,

más allá de las tormentas normales y humanas de la vida.

—¿Qué está haciendo aquí? —le pregunté—. Le busqué por todas partes.

—Ésa es la razón de que me encuentre aquí —repuso Padma—. Tal como está la situación, querrá pedirme que le ayude a resolverla. De manera que deseaba verle lejos de cualquier lugar donde usted pudiera echar la culpa de mi negativa a las presiones externas.

—¿Negativa? —repetí. Probablemente fuera mi imaginación, pero el *brandy* y el agua que ya había bebido parecía haberseme subido a la cabeza. Me sentía como flotando e irreal—. ¿Ni siquiera va a escucharme primero antes de decirme que no?

—Mi esperanza —expuso Padma— es que sea usted quien me oiga primero, Tom, antes de rechazar lo que tengo que decirle. Usted cree que yo puedo presionar a Ian Graeme para que traslade a sus soldados a medio mundo de distancia de Blauvain, o que, por lo menos, haga que la situación se aparte del momento crítico en que se encuentra. Pero la verdad es que no puedo; e incluso si estuviera en mis manos, no lo haría.

—No lo haría —repetí atontado.

—Así es. No lo haría. Pero no se debe a una simple cuestión de elección personal. Durante cuatro siglos, Tom, nosotros, los estudiosos de las Ciencias Exóticas, le hemos estado diciendo al resto de los seres humanos que nuestro grupo está comprometido con un futuro, con los mecanismos de la historia tal como es. Es cierto que los Exóticos ahora poseemos una técnica de cálculo, que se llama ontogenética, que nos ayuda a resolver cualquier momento presente o predicho en sus factores históricos más amplios. No hemos ocultado la posesión de esas técnicas. Sin embargo, eso no quiere decir que podamos controlar lo que sucederá, especialmente mientras otros hombres aún tienden a rechazar la esencia de lo que nosotros usamos en nuestro trabajo: el concepto de un esquema global y cambiante que nos involucra a todos nosotros y a nuestras vidas.

—Yo soy católico —intervine—. No creo en la predestinación.

—Tampoco en Kultis o Mará creemos en ella —dijo Padma—. Pero sí creemos en la física de la acción e interacción humanas, que pensamos funciona en una cierta dirección, hacia una meta que consideramos cercana, a menos de cien años..., si, de hecho, no la hemos alcanzado aún. El movimiento hacia ese objetivo ha ido desarrollándose al menos durante los últimos mil años; y en este momento el ímpetu de sus fuerzas es enorme. Ningún individuo aislado o grupo de individuos posee ahora el peso específico necesario como para oponerse o desviar a ese movimiento de su camino. Sólo algo mayor que un ser humano tal como lo conocemos podría hacerlo.

—Claro —repuse. La copa en mi mano estaba vacía. No recordaba haber bebido el resto de su contenido; sin embargo, el alcohol me relajaba de la tensión y el cansancio. Me puse de pie, volví al bar y retorné con una copa llena, mientras Padma aguardó en silencio—. Claro, lo entiendo. Usted cree que ha localizado una corriente

histórica aquí; y no desea interferir por miedo a estropearla. Una bonita excusa para no hacer nada.

—No es una excusa, Tom —contestó Padma; había algo diferente en su voz, como la nota profunda de un gong, que de un soplo desvaneció los vahídos del *brandy*, me devolvió la claridad y me hizo mirarle—. No le estoy diciendo que no quiera hacer nada en esta situación. Le digo que no puedo hacer nada. Incluso si lo intentara, no serviría en absoluto. No sólo para usted esta situación resulta demasiado complicada; lo es para todos.

—¿Cómo lo sabe si no lo intenta? —pregunté—. Déjeme que le vea probarlo y comprobar que no ha funcionado. Tal vez entonces le crea.

—Tom —dijo—, ¿puede usted alzarme de esta silla? Mis ojos parpadearon. Yo no soy un Dorsai, como creo que ya expuse, pero sí soy corpulento y alto para los cánones de mi mundo, lo que, en este caso, significaba que medía bastantes centímetros más que Padma y quizá le sobrepasara en un cuarto más de su peso. Tampoco quedaba la menor duda de que yo era más joven; y durante toda mi vida había realizado ejercicios físicos para mantenerme en forma. Podría haber alzado a alguien de mi mismo peso de aquella silla sin ningún problema, y Padma era más liviano.

—Sí, a menos que estuviera atado a ella —repuse.

—No lo estoy —se incorporó un momento y luego se sentó de nuevo—. Intente levantarme, Tom.

Dejé mi copa, me acerqué a su flotador y me coloqué a su espalda. Crucé mis brazos alrededor de su cuerpo, por debajo de las axilas, y traté de alzarle..., al principio con suavidad, luego con toda mi fuerza.

No sólo no pude levantarlo, sino que ni siquiera le moví. Si hubiera sido una estatua de piedra de tamaño natural habría esperado una mejor reacción en respuesta a mis esfuerzos.

Finalmente, jadeando, me rendí y me separé de él.

—¿Cuánto pesa? —demandé.

—No más de lo que usted piensa. Siéntese otra vez, Tom... —Lo hice—. No deje que esto le moleste. Es un truco, por supuesto. No, no se trata de un truco mecánico, sino fisiológico..., no obstante, sigue siendo un truco, que ha sido realizado ocasionalmente en los escenarios, por lo menos durante los últimos cuatrocientos años.

—Póngase de pie —le pedí—. Deje que lo intente de nuevo.

Así lo hizo. Yo también. Seguía siendo inamovible.

—Ahora —comentó cuando me rendí por segunda vez—, pruebe una vez más. Verá que puede alzarme.

Me sequé la frente, puse mis brazos alrededor suyo y tiré hacia arriba con toda mi fuerza. Casi le lanzo contra el techo. Atontado, lo deposité en el suelo.

—¿Lo ve? —inquirió al sentarse en el sillón—. Así como yo sabía que usted no

podría alzarme a menos que yo le dejara, también sé que no hay nada que yo pueda hacer para alterar los acontecimientos actuales en Santa María dada la dirección por la que van. Sin embargo, usted sí que puede hacerlo.

—¿Yo? —Le miré asombrado y, en ese momento, exploté—. Entonces, por el amor de Dios, dígame cómo.

Sacudió la cabeza despacio.

—Lo siento, Tom —repuso—, pero no puedo. Sólo sé que, en términos ontogénicos, la situación actual le muestra a usted como un personaje central. En usted, como un punto, el haz de fuerzas humanas concentradas aquí e inclinadas hacia la destrucción por otro personaje central semejante, pueden ser redirigidas de nuevo hacia un esquema histórico general con un mínimo de daño. Se lo explico para que, al ser consciente de ello, permanezca al acecho de las oportunidades que se presenten para esa tarea de redirección. Eso es todo lo que puedo hacer.

De modo increíble, con esas palabras se puso de pie y se encaminó a la puerta del apartamento.

—¡Un momento! —exclamé, y él se detuvo, girando momentáneamente—. ¿Quién es este otro personaje central?

Padma sacudió de nuevo la cabeza.

—No le serviría de nada saberlo —contestó—. Le doy mi palabra de que ahora se halla muy lejos de la situación y no se acercará a ella. Ni siquiera se encuentra en el planeta.

—¡Uno de los asesinos de Kensie! —exclamé—. ¡Y ha abandonado el planeta!

—No —comentó Padma—. No. Los hombres que asesinaron a Kensie únicamente han actuado como instrumentos en estos acontecimientos. Si ninguno de ellos hubiera existido, otros habrían ocupado su lugar. Olvide a ese otro personaje central, Tom. Él no estaba al mando de la situación que creó más de lo que usted lo está aquí y ahora. Simplemente, al igual que usted, se encontraba en una posición que le posibilitaba la libre elección. Buenas noches.

Con esas últimas palabras se marchó repentinamente. Hasta el presente no me resulta posible recordar si se movió con insólita velocidad, o si, simplemente, por alguna razón que ahora no puedo recordar le dejé marchar. Lo único cierto es que, de súbito, me encontré solo.

La fatiga me inundó como las pesadas olas de algún océano de mercurio. Trastabillé hacia el dormitorio, caí sobre mi colchón de aire y eso es todo lo que recuerdo hasta —sólo pareció un segundo después— que me despertó el martilleo del sonido del teléfono en mis oídos.

Extendí el brazo, busqué en la mesilla de noche y activé el interruptor.

—Aquí Velt —repuse con pesadez.

—Tom..., soy Moro. ¿Tom? ¿Eres tú, Tom?

Me pasé la lengua por los labios, tragué saliva y hablé de forma más comprensible.

—Soy yo —contesté—. ¿A qué se debe tu llamada?

—¿Dónde has estado?

—Durmiendo —dije—. ¿A qué se debe la llamada?

—He de hablar contigo. ¿Puedes venir...?

—Ven tú aquí —comenté—. Tengo que levantarme, vestirme y tomar algo de café antes de que pueda ir a algún lugar. Podemos hablar mientras lo hago.

Corté. Él todavía decía algo al otro extremo de la línea, pero en ese momento no me importaba lo que fuera.

Saqué mi cuerpo muerto de la cama y comencé a moverme. Estaba vestido y con el café preparado cuando llegó.

—Toma una taza.

Se la empujé cuando se sentó conmigo a la mesa del porche. La cogió de modo automático.

—Tom... —comenzó. La taza temblaba en su mano cuando la levantó para beber rápidamente antes de depositarla otra vez sobre la mesa—. Tom, tú perteneciste en su momento al Frente Azul, ¿no es cierto?

—¿No pertenecemos todos? —repliqué—. Cuando nosotros y el movimiento éramos jóvenes y parecía un equipo idealista organizado con el fin de poner algún orden y sistema en nuestro gobierno mundial.

—Sí, sí, por supuesto —repuso Moro—. Lo que quiero decir es que, si una vez fuiste miembro de él, quizá conoces a alguien con quien puedas contactar ahora...

Comencé a reírme. Me reí tan fuerte que tuve que soltar la taza para que no se volcara el contenido.

—Moro, ¿no se te ocurre nada mejor que eso? —pregunté—. Si supiera quiénes son los actuales dirigentes del Frente Azul, estarían en la cárcel. El comisionado de policía de Blauvain, la cabeza visible de las fuerzas del orden de nuestra capital, es la última persona con la que el Frente Azul entraría en contacto actualmente. Primero se dirigirían a ti. Tú también en su momento fuiste militante, en los días de la universidad, ¿lo recuerdas?

—Sí —reconoció miserablemente—. Sin embargo, tal como dices, hoy en día no estoy al corriente de su actividad. Creí que quizá tú tuvieras informadores, o sospechas que no pudieras probar, o...

—Nada de eso —dije—. De acuerdo. ¿Por qué deseas saber ahora quién dirige el Frente Azul?

—Pensé en hacerles un llamamiento, instándoles a que entregaran a los asesinos de Kensie Graeme..., para salvar a la gente de Blauvain. Tom... —Me miró con fijeza—. Hace una hora, los hombres alistados en los mercenarios votaron para saber si exigirles a sus oficiales que les condujeran contra la ciudad. En más del noventa y cuatro por ciento, votaron a favor. Y Pel..., Pel finalmente ha movilizado a su milicia; sin embargo, no creo que su intención sea la de ayudarnos a *nosotros*. Durante todo el día ha intentado ponerse en contacto con Ian.

—¿Todo el día? —Miré la hora en la unidad de mi muñeca—: 4:25..., —¿ahora son las 4:25 de la tarde?

—Sí —corroboró Moro, mirándome—. Creí que lo sabías.

—¡No quería dormir tanto! —Salté de la silla y me encaminé hacia la puerta—. ¿Pel está tratando de ver a Ian? Cuanto antes vayamos a verle nosotros, mejor.

De modo que nos marchamos. Pero llegamos demasiado tarde. Cuando arribamos al Cuartel General de la Expedición y logramos pasar por delante de los oficiales de menor graduación hasta la puerta del despacho de Ian, Pel ya se hallaba con él. Aparté al Jefe de Unidad que nos frenaba el paso y entré, seguido de Moro. Pel estaba en pie de cara a Ian, que se sentaba detrás de un escritorio rodeado de pilas de cintas de informes. Se incorporó cuando Moro y yo aparecimos.

—Esta bien, Jefe de Unidad —le comunicó al oficial que permanecía detrás nuestro—. Tom, me alegro de que haya venido. Aunque usted, señor Alcalde..., si no le importa esperarnos fuera, le veré en unos minutos.

Moro tenía poco que hacer salvo salir de nuevo. Cuando la puerta se cerró a su espalda, Ian me indicó una silla al lado de Pel, y él también se sentó.

—Prosiga, General —invitó a Pel—. Repita lo que había comenzado a contarme en beneficio de Tom.

Pel me miró de forma salvaje por el rabillo del ojo antes de responder.

—Esto no tiene nada que ver con el Comisionado de Policía de Blauvain —repuso—, o con cualquier otra persona de Santa María.

—Repítalo —insistió Ian.

No alzó la voz. La orden simplemente constituía un muro de hierro puesto en el camino de Pel, que le obligaba a retroceder. Pel me miró una vez más de manera sombría.

—Estaba diciendo —comenzó— que si el Comandante Graeme se dirigiera al campamento y hablara a los hombres, con toda seguridad conseguiría que votaran por unanimidad.

—¿Votaran por unanimidad qué? —inquirí.

—Una búsqueda casa por casa en la zona de Blauvain —respondió Ian.

—La ciudad ha sido acordonada —intervino Pel rápidamente—. Una búsqueda así descubriría a los asesinos en cuestión de horas, si toda la fuerza expedicionaria se dedicara a ello.

—Seguro —afirmé—, y, junto con los asesinos reales, aparecerían unos cuantos centenares de sospechosos de asesinato, o gente que se asustó o corrió por razones diferentes, y que serían muertos o heridos por las tropas. Eso sin contar con que el Frente Azul no se aprovechara de la oportunidad —lo cual sin lugar a dudas harían— para empezar una lucha armada con los soldados en las calles de la ciudad.

—¿Y qué si es así? —preguntó Pel, dirigiéndose a Ian más que a mí—. Sus tropas pueden enfrentarse a cualquier contingente del Frente Azul. Y de paso le harían un favor a Santa María al eliminarlos.

—Siempre que el asunto no acabara en un aniquilamiento de toda la población civil de la ciudad —intervine yo.

—¿Acaso quieres dar a entender, Tom —arguyó Pel—, que las tropas Exóticas no pueden ser controladas por...?

Ian le paró en seco.

—Su sugerencia, General —dijo—, es la misma que he estado recibiendo desde otros cuarteles. Ahora mismo hay alguien que viene a proponérmela. Le permitiré que escuche la respuesta que le daré.

Se volvió hacia su intercomunicador de mesa.

—Haga entrar al Jefe de Grupo Whallo —ordenó.

Se irguió y giró hacia nosotros en el momento en que la puerta de su despacho se abría y entraba el oficial no comisionado al que yo había apartado minutos antes. Bajo la luz, vi que se trataba del Dorsai inmigrante del Equipo de Cazadores con el que ya me había encontrado..., el hombre que llevaba como Dorsai catorce años.

—¡Señor! —exclamó, deteniéndose a unos pasos de Ian y saludando.

Ian no le devolvió el saludo.

—¿Tiene un mensaje para mí? —inquirió Ian—. Adelante. Quiero que estos caballeros lo oigan, y también mi respuesta.

—Sí, señor —contestó Whallo. Vi que me miraba por el rabillo del ojo y que me reconocía—. Como representante de los hombres alistados en la Expedición, he sido enviado para transmitirle los resultados de nuestra última votación acerca de las órdenes. Por unanimidad, los hombres alistados de éste comando han acordado poner en práctica una única operación.

—¿Qué es?

—Que se establezca una búsqueda casa por casa de la zona urbana de Blauvain para localizar a los asesinos del Comandante de Campo Kensie Graeme —expuso Whallo. Asintió en dirección a Ian y por primera vez vi sobre el escritorio solidógrafos: sin duda reflejaban las impresiones del artista, que había querido resaltar en ellas claramente la imagen de tres hombres vistiendo ropas de civil—. No existe el peligro de que no les reconozcamos cuando los veamos.

La actitud formal y artificial de Whallo estaba en contradicción con el modo en que le escuché hablar cuando me encontré con él en el emplazamiento del Equipo de Cazadores. De repente, se me ocurrió que había un protocolo militar incluso para asuntos de esta naturaleza..., aún para la cuestión de la muerte de un hombre y para la posible destrucción de una ciudad. Sentí como una sacudida al darme cuenta de ello, y por primera vez comprendí parte de lo que Padma había querido decir acerca de que el ímpetu que poseían las fuerzas involucradas en la situación que vivíamos era enorme. Durante un segundo me pareció sentir esas fuerzas, como vientos huracanados, soplando sobre el presente. Pero Ian ya le estaba respondiendo.

—Cualquier operación de búsqueda casa por casa conlleva posibles errores militares y peligro para la población civil —comentaba—. El historial militar de mi

hermano no puede verse manchado después de su muerte por alguna orden mía poco sensata.

—Sí, señor —respondió Whallo—. Lo siento, señor, pero los hombres alistados en la expedición esperaban que la acción se iniciara a partir de una orden suya. La decisión tomada por ellos le brinda seis horas en las que usted puede considerar el asunto antes de que el Consejo de Hombres Alistados asuma la responsabilidad de su puesta en práctica. Mientras tanto, los Equipos de Cazadores serán retirados..., esto forma parte igualmente de la decisión votada.

—¿Eso también? —preguntó Ian.

—Lo siento, señor. Como sabe —prosiguió Whallo—, llevan varias horas en un callejón sin salida. La pista se perdió entre el tráfico, y los asesinos pueden hallarse en cualquier parte del centro de la ciudad.

—Sí —aceptó Ian—. Bien, gracias por el mensaje, Jefe de Grupo.

—¡Señor! —exclamó Whallo. Saludó de nuevo y se marchó.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, la cabeza de Ian se volvió para mirarnos a Pel y a mí.

—Ya lo han oído, caballeros —nos dijo—. Ahora tengo trabajo que llevar a cabo.

Pel y yo también nos marchamos. Fuera, en el corredor, sólo Moro permanecía esperándonos, pues Whallo ya se había ido y el joven Jefe de Unidad estaba ausente. Pel se volvió hacia mí con furia.

—¿Quién te pidió que aparecieras por aquí? —demandó.

—Moro —respondí—. Y fue una buena petición. Pel, ¿qué te pasa? Actúas como si tuvieras un hacha personal con el que ayudar a los mercenarios Exóticos a arrasar Blauvain.

Giró, apartándose de mí.

—¡Perdonadme! —Centelleó—. Tengo cosas que hacer. He de llamar a mi Cuartel General.

Intrigado, le observé dar un par de largos pasos que le apartaron de mí, mientras salía del despacho exterior. De repente, sentí como si los vientos de esas fuerzas poderosas que acababa de percibir brevemente en la oficina de Ian hubieran aclarado de forma extraña mi cabeza, vaciándola, de manera que el mínimo sonido producía ecos importantes. En aquel instante escuché el eco de Pel cuando pronunció esas mismas palabras el día que Kensie se preparaba para dejar el campamento mercenario con rumbo a la inexistente cena supuestamente ofrecida a los vencedores; y una sospecha reconocida a ineditas y que llevaba bastante tiempo en mi cabeza brilló con intensidad y certeza furiosa.

Di tres pasos detrás de él y le alcancé. Le hice girar de un empujón y lo aplasté contra la pared.

—¡Fuiste tú! —exclamé—. Tú llamaste desde el Campamento a la ciudad justo antes de que llegáramos. Fuiste tú quien les avisó a los asesinos de que nos hallábamos en camino y que se prepararan para atacar nuestro vehículo. Eres del

Frente Azul, Pel; ¡y tú planeaste la emboscada para que Kensie muriera!

Mis manos se cerraban sobre su cuello y, aunque hubiera querido, no habría podido responder. No le hacía falta. Entonces escuché un ruido de botas sobre el suelo de piedra pulida del corredor, que provenían de la oficina exterior, y le solté, a la vez que deslizaba mi mano bajo la chaqueta de mi uniforme en dirección a la pistola.

—Di una sola palabra —le susurré—, o intenta algo... y te mataré antes de que puedas emitir la primera sílaba. ¡Vendrás con nosotros!

El Jefe de Unidad entró. Nos miró con curiosidad a los tres.

—¿Hay algo que pueda hacer por ustedes, caballeros? —preguntó.

—No —repliqué—. No, ya nos marchamos.

Con un brazo alrededor de Pel y el otro bajo la chaqueta sobre la empuñadura de mi pistola, salimos tan próximos el uno del otro como los amigos que siempre habíamos sido, con Moro en la retaguardia. En el corredor, con la puerta de la oficina a nuestra espalda, Moró nos alcanzó y se colocó en el otro extremo, al lado de Pel.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Moro.

Pel aún no había hablado; no obstante, sus ojos eran como las sombras negras de los cráteres producidos por meteoritos en la superficie gris de una luna sin atmósfera.

—Llevarle a una celda de la comisaría de policía más cercana —contesté—. Si alguno de los mercenarios averigua lo que hizo, será como tener entre las manos una carga de potentes explosivos. Lo único que necesitan es saber que alguien de su posición está involucrado en el asesinato de Kensie para hacer que las alcantarillas de las calles se tiñan de rojo.

Metimos a Pel en una celda de la Comisaría del Distrito Noventa y Seis, un centro policial local a menos de tres minutos del edificio donde Ian mantenía sus oficinas.

—¿Pero cómo puedes estar seguro de que él...? —Moro dudó en expresarlo con palabras una vez que nos hallamos en la intimidad de la celda. Permaneció mirando a Pel, quien se encontraba encorvado en una silla, todavía en silencio.

—Estoy seguro —dije—. Padma, el Exótico... —Me detuve igual que lo había hecho Moro—. No importa. Lo esencial es que pertenece al Frente Azul, que está involucrado en el asunto..., y que debemos hacer algo.

Pel se movió y habló por primera vez desde que casi le hubiera estrangulado. Alzó los ojos hacia Moro y hacia mí con una patética cara de color gris mortecino.

—¡Lo hice por Santa María! —exclamó con voz ronca—. ¡Pero no sabía que iban a matarle! No lo sabía. Dijeron que sólo dispararían alrededor del vehículo..., para provocar un incidente...

—¿Lo oyes? —Miré a Moro—. ¿Deseas más prueba que eso?

—¿Qué podemos hacer? —Moro miraba con fascinado horror a Pel.

—Ésa fue mi pregunta —le recordé. Pero él apenas parecía encontrarse algo mejor que Pel—. Sin embargo, no creo que puedas aportar mucha ayuda con tu respuesta. —Me reí, aunque no fue una risa feliz—. Padma me comentó que la

elección dependía de mí.

—¿Quién? ¿De qué hablas? ¿Qué elección? —preguntó Moro.

—Pel... —lo señalé con la cabeza—, sabe dónde se esconden los asesinos.

—No —intervino Pel.

—Bueno, sabes lo suficiente como para que podamos hallarlos —dije—. Es igual. Y fuera de esta habitación, sólo existen en Santa María dos personas a las que podamos confiarles esa información.

—¿Crees que te lo diría? —inquirió Pel. Su rostro aún estaba ceniciento, aunque parecía más firme—. ¿Crees que aunque supiera algo te lo comunicaría? Santa María necesita un gobierno fuerte para sobrevivir, y únicamente el Frente Azul puede ofrecerlo. Ayer estaba dispuesto a dar mi vida por eso. Todavía lo estoy. No os diré nada..., y no me podréis obligar. Por lo menos no en seis horas.

—¿Qué dos personas? —quiso saber Moro.

—Padma —repliqué— e Ian.

—¡Ian! —exclamó Pel—. ¿Crees que él te ayudará? Le importa un bledo Santa María. ¿Acaso creíste sus palabras acerca del historial militar de su hermano? Lo que le preocupa es su propio historial; y poco le importa si los mercenarios despedazan Blauvain desde sus cimientos, siempre que la orden no parta de él. Se siente tan feliz con ese voto como cualquiera de los demás mercenarios. Permanecerá sentado las seis horas y dejará que los acontecimientos se desarrollen.

—Y supongo que a Padma tampoco le importa, ¿verdad? —El mismo Moro comenzaba a sonar desagradable—. ¡Fueron los Exóticos los primeros que nos enviaron su ayuda contra los Amistosos!

—¿Quién sabe lo que desean los Exóticos? —replicó Pel—. Fingen no hacer nada salvo ayudar a la gente, pero nunca se manchan las manos con actos violentos y cosas por el estilo; y, de alguna manera, con esa filosofía no paran de hacerse más ricos y poderosos a medida que pasa el tiempo. Seguro, confiad en Padma, ¿por qué no? ¡Confía en Padma y veréis lo que ocurre!

Moro me miró incómodo.

—¿Y si tuviera razón? —preguntó.

—¿Qué si tuviera razón? —Gruñí—. Moro, ¿acaso no puedes ver que éste ha sido constantemente el problema de Santa María? ¡Aquí está el agitador de siempre —alguien como Pel— susurrando al oído que el diablo se esconde en la chimenea, y tú —igual que hace siempre el resto de nuestro pueblo— empiezas a temblar y deseas vender la casa a cualquier precio! Permaneced aquí los dos; no intentéis abandonar la habitación.

Salí y cerré la puerta con llave a mi espalda. Se hallaban en una de las salas que había detrás del escritorio del oficial de guardia; me dirigí al sargento responsable del servicio nocturno. Era un hombre que conocía desde la época en la que yo ejercía de detective y entrenaba a las fuerzas del orden de Blauvain, un policía de la vieja guardia llamado Jaker Reales.

—Jaker —le dije—. Tengo a un par de personas que me interesa que permanezcan encerradas en la habitación de atrás. Espero regresar en una hora, más o menos, para recogerlos; pero si no vuelvo entonces, asegúrate de que no salgan y de que nadie les vea o averigüe que se hallan aquí. No me importa la clase de ruidos que puedan provenir de la sala, todo está en la imaginación del que crea que los oye...; si no vuelvo, mantenlos ahí como mínimo veinticuatro horas.

—Entendido, Tom —repuso Jaker—. Déjelo en mis manos, señor.

—Gracias, Jaker —dije.

Salí y me encaminé de vuelta al Cuartel General de la Expedición. No se me había ocurrido preguntarme qué haría Ian ahora que los Equipos de Cazadores habían sido retirados. Hallé el Cuartel General silenciosamente ocupado por oficiales..., oficiales que a toda vista eran en su mayoría Dorsais. No se veía a ningún soldado de las tropas.

Iba preparado para tener que explicar varias veces que deseaba ver a Ian; sin embargo, los hombres de guardia me sorprendieron. Sólo tuve que esperar cuatro o cinco minutos fuera del despacho privado de Ian antes de que seis Comandantes de alta graduación, con Charley ap Morgan entre ellos, salieran.

—Bien —dijo Charley haciendo un gesto con la cabeza en mi dirección cuando me vio; entonces continuó sin ninguna explicación suplementaria de lo que quería dar a entender.

Yo no tuve tiempo de mirarle. Ian me aguardaba.

Entré. Ian se sentaba, enorme, detrás de su escritorio y me esperaba. Cuando entré me indicó una silla enfrente de él. Me senté. Sólo se encontraba a unos centímetros de mí, pero de nuevo tuve la impresión de que una vasta distancia nos separaba. Incluso aquí y ahora, bajo las suaves luces de este despacho nocturno, transmitía, de manera más acentuada que cualquier Dorsai que hubiera conocido, una sensación de diferencia. Generaciones de hombres preparados para la guerra le habían construido como ser humano; yo no podía volcarme hacia él tal como Pel y otros lo hicieran con Kensie. Lejos de despertar algún afecto en mí, mientras permanecía allí sentado, un viento frío, como el de una cima montañosa helada y desnuda, pareció soplar desde él hacia mí, produciéndome escalofríos. Pude comprender lo que comentaba Pel, sobre que Ian era todo hielo y nada sangre; y no encontré en mi interior ningún motivo para que yo hiciera algo por él..., salvo que, como el hombre cuyo hermano había sido asesinado, merecía toda la ayuda que cualquier persona decente y de orden pudiera brindarle.

Aunque también me debía algo a mí mismo, y al hecho de que no todos en Santa María éramos villanos, como Pel.

—Tengo algo que decirle —expuse—. Es acerca del General Sinjin.

Asintió despacio.

—Esperaba desde hace tiempo que usted viniera a verme con esa noticia —me comunicó.

Le miré con los ojos abiertos.

—¿Sabía lo de Pel? —pregunté.

—Sabíamos que alguien de las autoridades de Santa María debía estar involucrado en lo sucedido —me respondió—. Normalmente, un oficial Dorsai permanece alerta ante cualquier situación potencialmente peligrosa. Pero surgió esa falsa invitación a la cena; y, luego, los asesinos aparecieron en el lugar adecuado y en el momento preciso, justo con las armas apropiadas. También nuestro Equipo de Cazadores halló claras evidencias de que el encuentro no fue accidental. Como he dicho, a un oficial como el Comandante de Campo Graeme no se le mata con tanta facilidad.

Me resultó peculiar estar sentado allí y escucharle pronunciar el nombre de Kensie de ese modo. El título y el nombre resonaron en mis oídos con la extrañeza que uno siente cuando alguien habla de sí mismo en tercera persona.

—¿Pero Pel...?

—No sabíamos que era el General Sinjin la persona involucrada —repuso Ian—. Usted lo acaba de identificar al venir en este momento a hablarme de él.

—Pertenece al Frente Azul —declaré.

—Sí —dijo Ian asintiendo.

—Le he conocido durante toda mi vida —comenté con cuidado—. Creo que ha sufrido una especie de crisis nerviosa por la muerte de su hermano. Ya sabe, él le admiraba mucho. Sin embargo, sigue siendo el hombre con el que yo crecí; y a ese hombre no pueden obligarle con facilidad a realizar algo que no desea. Pel dijo que no nos informaría de nada que ayudara a localizar a los asesinos, y no cree que podamos obligarle a hacerlo en el plazo de las seis horas que faltan para que sus soldados comiencen su búsqueda en Blauvain. Como le conozco, me temo que tiene razón.

Dejé de hablar. Ian permaneció sentado detrás del escritorio, mirándome, simplemente a la espera.

—¿No lo entiende? —inquirí—. Pel nos puede ayudar, pero no conozco ninguna manera de conseguir que lo haga.

Ian siguió sin pronunciar palabra.

—¿Qué desea de mí? —Por fin casi le grité.

—Lo que tenga que darme —me dijo.

Durante un momento, percibí que se producía una especie de grieta en la montaña de granito que parecía ser. Por un instante, casi juraría que pude ver en su interior. Sin embargo, si esto fue verdad, la grieta se cerró de inmediato, apenas en el momento mismo en que la vislumbré. Siguió detrás de su escritorio, remoto, helado, a la espera.

—No tengo nada —comenté—, a menos que usted conozca alguna forma de hacer hablar a Pel.

—No tengo ninguna que esté a la altura de la reputación de mi hermano como oficial Dorsai —contestó Ian distante.

—¿Le preocupan las reputaciones? —pregunté—. A mí lo que me preocupa es la gente que morirá y sufrirá daño si sus mercenarios van de puerta en puerta tras los asesinos. ¿Qué importa más, la reputación de un hombre muerto o las vidas de los que siguen vivos?

—Tiene todo el derecho de pensar en la gente, Comisionado —dijo Ian más distante aún—, sin embargo, la reputación de Kensie Graeme es mi derecho.

—¿Qué le ocurrirá a esa reputación si las tropas entran en Blauvain en menos de seis horas? —exigí.

—Nada bueno —repuso Ian—. Ello no altera mis responsabilidades personales. No puedo hacer lo que no debería y he de hacer lo que debo.

Me puse de pie.

—Entonces no hay ninguna respuesta para la situación —concluí.

De repente, el terrible cansancio que ya sintiera antes me dominó de nuevo. Estaba cansado de los fanáticos Amistosos que habían venido desde otro sistema solar para llevar a cabo una reclamación puramente teórica sobre nuestras ganancias y la superficie planetaria como pretexto para invadir Santa María. Estaba cansado del Frente Azul y de los hombres como Pel. Estaba cansado de la gente de otros mundos, de cualquier clase, incluyendo a los Exóticos y a los Dorsais. Estaba cansado, cansado... Entonces se me ocurrió que podía marcharme. Podía negarme a tomar la decisión que Padma había dicho que adoptaría y todo el asunto quedaría fuera de mis manos. Me convencí de hacerlo, de levantarme y salir; pero mis pies no se movieron. Al elegirme, los acontecimientos habían seleccionado al idiota adecuado como punto central. Al igual que Ian, no podía hacer lo que no debería, y tenía que hacer lo que debía.

—De acuerdo —repuse—, Padma quizá pueda hablar con él.

—Los Exóticos —comentó Ian— no fuerzan a nadie.

No obstante se incorporó.

—Tal vez yo pueda convencerle —dije exhausto—. Al menos, puedo intentarlo.

De nuevo, no tenía idea de donde hallar a Padma de inmediato. Pero Ian lo localizó en una cabina de investigación en la biblioteca de Blauvain, que, como la mayoría de las bibliotecas de los once mundos habitados, había sido equipada por los Exóticos. En el pequeño espacio de la cabina, Ian y yo nos detuvimos ante él, los dos de pie, Padma sentado, envuelto en la serenidad de su túnica azul e inmutable expresión facial. Le comuniqué lo que necesitábamos para el asunto de Pel y él sacudió la cabeza.

—Tom —contestó—, ya debe saber que nosotros, los que estudiamos las ciencias Exóticas, nunca forzamos a nadie ni a nada. Y no sólo por motivos morales, sino porque al cometer un acto de fuerza dañaríamos nuestra capacidad para realizar el trabajo delicado al que hemos dedicado nuestras vidas. Ésa es la razón por la que contratamos a mercenarios para que luchen por nosotros, y a abogados cetanos para que lleven nuestros contratos interplanetarios. Soy la última persona de este mundo

que haría hablar a Pel.

—¿No siente ninguna responsabilidad por la gente inocente de esta ciudad? —pregunté—. ¿Por las vidas que se perderían si él no habla?

—Emocionalmente, sí —repuso Padma con suavidad—. No obstante, existen límites prácticos para la responsabilidad de la inacción personal. Si tuviera que preocuparme por todo el dolor generado como consecuencia de cualquier mínima acción mía, debería pasar toda mi vida como una estatua. Yo no fui responsable de la muerte de Kensie; y tampoco lo soy de encontrar a sus asesinos. Sin semejante responsabilidad, no puedo violar la prohibición básica de las reglas que rigen mi vida.

—Usted conoció a Kensie —le dije—. ¿No le debe nada a él? ¿Y no le debe nada a la misma gente de Santa María en cuya ayuda, supuestamente, usted envió una expedición armada?

—Lo importante para nosotros es dar, no tomar —comentó Padma—, para evitar precisamente las deudas que nos podrían obligar a realizar lo que no deberíamos hacer. No, Tom. Los Exóticos y yo no tenemos ninguna obligación hacia su gente, ni siquiera hacia Kensie.

—¿... Y hacia los Dorsais? —inquirió Ian a mi espalda.

Casi había olvidado que estaba ahí, tan concentrado me encontraba en Padma. Ciertamente, no esperaba que Ian hablase. El sonido de su profunda voz resonó como el repiquetear de una pesada campana en la pequeña habitación; y por primera vez el rostro de Padma cambió.

—Los Dorsais... —repitió—. Sí, se acerca el tiempo en que no habrá Dorsais ni Exóticos, cuando se consiga el desarrollo final. No obstante, los Exóticos siempre hemos considerado que nuestro trabajo constituía un escalón hacia esa meta; y los Dorsais nos ayudaron a subirlo. Posiblemente, si las cosas hubieran ido por otro lado, tal vez los Dorsais nunca habrían existido; y nosotros nos encontraríamos en el lugar exacto en el que estamos ahora. Sin embargo, las cosas fueron por el camino debido, y nuestro sendero se ha mezclado con el de los Dorsais desde la época en que tu abuelo, Cletus Grahame, fallecido hace mucho tiempo, liberó por primera vez a los mundos jóvenes de la política de la Tierra...

Se incorporó.

—No forzaré a nadie —prosiguió—. Pero le ofreceré a Pel mi ayuda para que encuentre la paz consigo mismo, si es que puede; y si la encuentra, tal vez desee decirles por propia voluntad lo que desean saber.

Padma, Ian y yo retornamos a la comisaría de policía donde había dejado a Pel y a Moro encerrados. Soltamos a Moro y cerramos la puerta, quedando nosotros tres en la celda de Pel. Estaba sentado en una silla y nos miró, pálido y con aire insolente.

—De modo que has traído al Exótico, ¿verdad, Tom? —me comentó—. ¿Qué vais a hacer? ¿Alguna clase de hipnosis?

—No, Pel —repuso Padma con suavidad mientras atravesaba la habitación en el momento en que Ian y yo nos sentamos a esperar—. Nunca utilizaría la hipnosis, en

especial sin la autorización del sujeto a hipnotizar.

—¡Bueno, por todos los demonios que no tiene la mía! —exclamó Pel.

Padma ya había llegado hasta él y se detuvo. Pel alzó la vista hacia el tranquilo rostro que sobresalía por encima de la túnica azul.

—No obstante, inténtelo si lo desea —propuso Pel—. No se me hipnotiza con facilidad.

—No —contestó Padma—. He dicho que no lo haría; de cualquier modo, ni usted ni nadie puede ser hipnotizado sin un consentimiento previo. Todos los actos que se realizan entre individuos son de mutuo acuerdo. El prisionero consiente su cautividad al igual que el paciente autoriza la operación..., la diferencia radica en el grado y en el esquema. La gran masa ciega que es la humanidad en general se asemeja a una ameba. Existe gracias a unas leyes internas que unen su cuerpo y sus acciones. Esas leyes internas se basan en el consciente y el inconsciente, en autorizaciones mutuas de sus átomos —nosotros— para colaborar y cooperar. La paz y el bienestar nos llegan de acuerdo con el éxito de tal cooperación, en el movimiento de búsqueda hacia adelante de la criatura-humanidad como un todo. El no-consentimiento y la no-cooperación frenan cualquier posibilidad de avanzar. El dolor y el odio a uno mismo surgen de la fricción producida cuando luchamos contra nuestro deseo natural de cooperar...

Su voz continuó. Suave, pero de forma convincente, dijo mucho más, y yo lo comprendí todo de inmediato; aunque más allá de lo que he citado —y esas primeras frases permanecen con absoluta claridad en mi memoria—, no recuerdo ninguna otra palabra específica. Hasta hoy en día no sé lo que sucedió. Quizá me quedé medio dormido sin percatarme. De cualquier modo, el tiempo transcurrió; y cuando llegué a un punto en el que la actividad de la memoria funcionó otra vez, él se marchaba y Pel había cambiado.

—¿No puedo hablar con usted un poco más? —preguntó Pel cuando el Unificador se incorporaba para irse. La voz de Pel había adquirido un tono claro y extrañamente juvenil—. No quiero decir ahora. Me refiero a si habrá otras oportunidades.

—Me temo que no —afirmó Padma—. En breve me marcharé de Santa María. Mi trabajo me lleva a mi propio mundo y luego a uno de los planetas Amistosos, donde he de encontrarme con alguien y acabar lo que comenzó aquí. Pero usted no necesita hablar conmigo. Creó sus propias intuiciones a medida que conversamos, y eso podrá realizarlo siempre. Adiós, Pel.

—Adiós —dijo Pel. Observó a Padma mientras abandonaba la habitación. Cuando de nuevo me miró, su rostro, como su voz, parecía más claro y mucho más joven de lo que yo lo había visto en años—. ¿Oíste todo eso, Tom?

—Creo que sí... —Repuse, ya que el recuerdo comenzaba a alejarse de mí. Sentía la importancia de lo que Padma había hablado con Pel; sin embargo, era incapaz de darle una forma exacta: parecía como si hubiera interceptado un mensaje que resultó

no ser para mí, de modo que mi maquinaria mental ya comenzaba el proceso de cancelación. Me puse de pie y me acerqué a Pel—. ¿Nos ayudarás ahora a encontrar a esos asesinos?

—Sí —replicó—. Por supuesto que lo haré.

Pudo brindarnos una lista de cinco lugares que quizá sirvieran como escondite para los tres hombres que perseguíamos. Nos suministró las direcciones exactas para localizarlos.

—Ahora —le comenté a Ian cuando Pel finalizó— necesitamos los Equipos de Cazadores que han sido relevados de la misión.

—Tenemos Cazadores —afirmó Ian—. Los oficiales que son Dorsais permanecen a nuestro lado; y entre ellos hay Cazadores.

Se aproximó a la unidad telefónica de la sala y llamó a Charley ap Morgan al Cuartel General de la Expedición. Cuando Charley respondió, Ian le dio las cinco direcciones que nos había proporcionado Pel.

—Ya —me dijo cuando cortó la comunicación—. Regresaremos a mi despacho.

—Quiero acompañarles —pidió Pel.

Ian le miró durante un largo momento, luego asintió sin que su expresión facial cambiara.

—Puede hacerlo —repuso.

Cuando retornamos al edificio que albergaba el Cuartel General de la Expedición, los despachos y corredores aparecían aún más abarrotados de oficiales. Tal como Ian había dicho, en su mayor parte se trataba de Dorsais. Aunque vi a algunos entre ellos que quizá no lo fueran. En apariencia, Ian despertaba su propia lealtad, o tal vez el concepto Dorsai de la jerarquía era el que despertaba su propia lealtad ante cualquiera que ostentara el mando. Nos dirigimos a su oficina; nos sentamos y aguardamos mientras los informes comenzaban a llegar.

Las tres primeras direcciones inspeccionadas por el Equipo de Cazadores no arrojaron ninguna pista. La cuarta mostraba evidencias de haber sido usada en las últimas veinticuatro horas, aunque ahora se hallaba vacía. La última dirección comprobada ofreció idéntico resultado.

El Equipo de Cazadores se concentró en la cuarta y comenzó a trabajar desde allí, con la esperanza de descubrir algún indicio a partir de ella. Yo miré los números de mi unidad de tiempo. Casi era la una de la madrugada, tiempo local; y el plazo de seis horas de los mercenarios alistados expiraría en cuarenta y siete minutos. En la oficina donde aguardaba junto a Ian y a Pel, Charley ap Morgan y otro oficial superior Dorsai, el aire era tenso por la espera. Ian y los otros dos Dorsais permanecían sentados en completa inmovilidad; incluso Pel estaba quieto. Era yo el que se movía y caminaba a medida que el tiempo transcurría.

El teléfono sobre el escritorio de Ian emitió la luz de señal visual, Ian extendió el brazo y lo activó.

—¿Sí? —inquirió.

—Equipo Tres de Cazadores —contestó una voz desde la mesa—. Tenemos una señal clara que seguiremos ahora. Sugerimos que se reúna con nosotros, señor.

—Gracias. En marcha —repuso Ian.

Salimos, Ian, Charley, Pel y yo, en un vehículo de la expedición. Fue un trayecto extraño a través de las patrulladas y vacías calles de mi ciudad. El Equipo Tres de Cazadores de Ian se había adelantado a nosotros y nos condujo a una habitación de hotel en el extremo norte de la ciudad, en la parte vieja.

El edificio había sido construido con cemento, y presentaba una fachada de granito de Castlemane. En el interior, los pasillos eran estrechos, a la antigua usanza, y cerrados, cubiertos con una moqueta oscura y gruesa y rodeados de paredes de metal imitando madera de roble. Sin embargo, la insonorización era buena. Subimos a la planta séptima y bajamos por el pasillo hacia la *suite* número 415 sin que escucháramos ningún sonido salvo el que nosotros producíamos.

—Ian —comentó Charley ap Morgan mientras miraba su unidad de tiempo—. Los hombres alistados comenzarán su marcha sobre la ciudad en seis minutos. Podrías ir a su encuentro y decirles que hemos hallado a los asesinos. Los demás y yo...

—No —cortó Ian—. No podemos comunicar que los hemos encontrado hasta que los veamos y los identifiquemos sin lugar a dudas.

Se puso a un lado de la puerta; alargó un brazo y presionó el comunicador.

No hubo respuesta. Por encima de la puerta, la pantalla cuadrada del comunicador, que medía medio metro, permaneció inactiva y de color marrón.

Ian apretó el botón otra vez.

De nuevo esperamos y no obtuvimos respuesta.

Ian presionó el botón y lo mantuvo así, de modo que su voz, junto al timbre de llamada, fuera oída por las personas que hubiera dentro.

—Les habla el Comandante Ian Graeme —anunció—. Blauvain se encuentra actualmente sometida a la ley marcial; y ustedes están bajo arresto en conexión con el asesinato del Comandante de Campo Kensie Graeme. Si es necesario, podemos entrar por la fuerza. Sin embargo, me interesa que la reputación del Comandante de Campo Graeme quede libre de toda crítica en lo referente a la cuestión de determinar las responsabilidades de su muerte. De modo que les ofrezco la oportunidad de salir y rendirse.

Soltó el botón y dejó de hablar. Se produjo una larga pausa. Entonces, una voz surgió del anunciador que había debajo de la pantalla, pero ésta permaneció en blanco.

—Váyase al infierno, Graeme —dijo la voz—. Matamos a su hermano; y si intenta entrar aquí también le mataremos a usted.

—El consejo que les doy —replicó Ian..., su voz era fría, distante e impersonal, como si se tratara de algo que hacía a diario— es que se rindan.

—¿Nos garantiza nuestra seguridad si lo hacemos?

—No —comentó Ian—. Sólo les garantizo que me encargaré de que la reputación del Comandante de Campo Graeme no se vea severamente dañada por el modo en que son tratados.

No se produjo ninguna respuesta inmediata desde la pantalla. Detrás de Ian, Charley miró de nuevo la hora.

—Están ganando tiempo —comunicó—. ¿Pero por qué? ¿En qué les beneficiará?

—Se trata de fanáticos —expuso Pel en voz baja—. Tan fanáticos como los soldados Amistosos, sólo que en favor del Frente Azul en vez de alguna forma puritana de religión. Esos tres que hay ahí dentro no esperan salir con vida de esto. Lo único que intentan es que su muerte resulte más cara..., obtener algo más por ella.

De la unidad de tiempo de Charley sonó una alarma.

—Se acabó el plazo —le dijo a Ian—. En estos momentos comienza la marcha de los hombres alistados sobre los suburbios para iniciar la operación de búsqueda.

Ian extendió el brazo y apretó el botón del anunciador de nuevo, manteniéndolo presionado mientras les hablaba a los hombres del interior de la habitación.

—¿Saldrán?

—¿Por qué deberíamos hacerlo? —respondió la voz que habló la primera vez—. Denos una razón.

—Si lo desean, entraré y lo discutiremos —ofreció Ian.

—No... —comenzó Pel en voz alta. Le cogió el brazo y se volvió a mí, susurrando —: ¡Tom, dile que no entre! Es lo que ellos quieren.

—Quédate aquí —le indiqué.

Avancé hasta que Charley ap Morgan alargó un brazo para detenerme. Le hablé por encima de ese brazo a Ian.

—Ian —dije, con voz lo suficientemente baja como para que el anunciador de la puerta no la captara—. Pel asegura...

—Tal vez ésa sea una buena idea —repuso la voz del anunciador—. Correcto, ¿por qué no entra, Graeme? Deje sus armas fuera.

—Tom —ordenó Ian, sin mirarme a mí o a Charley—, sitúese a un lado. Manténlo lejos, Charley.

—Sí, señor —afirmó Charley. Me miró a la cara, a los ojos—. Permanezca al margen de esto, Tom. Vuelva atrás.

Ian dio un paso para quedar delante de la puerta, por la que podía surgir con toda facilidad un rayo y matarle. Al acercarse se quitó la funda del arma que llevaba a un costado. La dejó caer al suelo, en un sitio donde se pudiera ver bien desde la pantalla, a través de cuyo vacío estarían observando los de dentro.

—Estoy desarmado —comunicó.

—De esa pistola, sí —repuso el comunicador—. ¿Piensa que aceptaremos su palabra de que no lleva ninguna otra arma? Desnúdese.

Sin dudar, Ian abrió la chaqueta de su uniforme y comenzó a quitarse la ropa. En un momento, quedó desnudo en el corredor; pero si los hombres de la *suite*

creyeron que ganarían alguna especie de ventaja moral sobre él por ello, sufrieron un desencanto.

Desnudo, parecía —al igual que un atleta— más grande e impresionante que antes, cuando estaba vestido. Sobresalía en el pasillo por encima de todos nosotros, incluso por encima de los Dorsais presentes; y con su piel bronceada bajo las luces tenía el aspecto de una figura soberbia tallada en roble.

—Estoy esperando —dijo con calma después de un momento.

—De acuerdo —aceptó la voz del anunciador—. Entre.

Avanzó. La puerta se abrió, deslizándose a un lado. La atravesó y de inmediato se cerró a su espalda. Durante un instante quedamos sin percibir ningún sonido de la habitación o de él; luego, de forma inesperada, la pantalla se iluminó. Nos encontramos mirando más allá de los desnudos hombros de Ian a un cuarto en el que había tres hombres, cada uno armado con un rifle y un par de pistolas, frente a él. No dieron muestras de enterarse de que había activado la pantalla del anunciador, cuyos controles estarían ocultos detrás suyo.

El que estaba sentado en el centro se rió. Era el hombre grande y de barba negra que me resultó vagamente familiar cuando vi los solidógrafos de los tres en el despacho de Ian; ahora le reconocí. Era un luchador profesional. Fue arrestado cuatro años atrás acusado de comportamiento violento, pero la falta de pruebas hizo que los cargos se retiraran. No era tan alto como Ian, pero sí más pesado; fue su voz la que habíamos escuchado, ya que entonces la oímos de nuevo mientras sus labios se movían en la pantalla.

—Bien, bien, Comandante —dijo—. Esto es lo que necesitábamos..., una visita de usted. Ahora podemos deshacernos de dos oficiales Dorsai antes de que sus soldados se lleven lo que quede de nosotros a la morgue; y Santa María podrá comprobar que incluso ustedes pueden ser vencidos por el Frente Azul.

No podíamos ver el rostro de Ian; pero no repuso nada y, en apariencia, su falta de reacción estaba irritando al asesino grande, porque dejó a un lado su alegre tono y se inclinó hacia adelante.

—¿No lo entiende, Graeme? —prosiguió—. Hemos vivido y muerto por el Frente Azul, los tres..., por el único partido político con la fuerza y las agallas necesarias para salvar a nuestro mundo. Somos hombres muertos hagamos lo que hagamos. ¿Pensó que no lo sabíamos? ¿Cree que no sabemos lo que nos habría sucedido si hubiéramos sido lo suficientemente idiotas como para rendirnos tal como nos pedía? Sus hombres nos habrían despedazado; y si después aún quedaba algo nuestro, la ley del gobierno nos juzgaría y luego nos fusilaría, únicamente le permitimos la entrada con el fin de matarlo como hicimos con su hermano gemelo, antes de que nosotros mismos muramos. ¿No me comprende, hombre? Se entregó a nuestras manos como cae una mosca en una trampa sin darse cuenta de ello.

—Me di cuenta —replicó Ian.

El hombre grande le hizo una mueca y el cañón del rifle láser que sostenía en su

gruesa mano se alzó.

—¿Qué quiere decir? —exigió—. Sea lo que fuere lo que piense que tiene oculto, no va a salvarle. ¿Por qué entraría aquí, sabiendo lo que le haríamos?

—Los Dorsais somos soldados profesionales —explicó Ian con voz tranquila—. Vivimos y sobrevivimos gracias a nuestra reputación. Sin ella, ninguno de nosotros podría trabajar. Y la reputación de los Dorsai en general es la suma de todas las reputaciones de sus hombres y mujeres. De modo que la reputación profesional del Comandante de Campo Kensie Graeme representa algo valioso y que ha de ser guardado, incluso después de su muerte. Entré por ese motivo.

Los ojos del hombre grande se estrecharon. Era el único que hablaba; sus compañeros parecían satisfechos de que así fuera.

—¿Vale la pena morir por una reputación? —preguntó.

—Llevo dieciocho años dispuesto a morir por la mía —repuso con calma la voz de Ian—. Hoy es igual que ayer.

—Y entró aquí... —La voz del hombre grande se detuvo con un bufido—. No me lo creo. ¡Vosotros dos, vigiladle!

—Créalo o no —comentó Ian—, yo entré aquí, tal como le he dicho, para asegurarme de que la reputación del Comandante de Campo Graeme quedaba protegida de los acontecimientos que pudieran empañarla. Notará... —Su cabeza se movió ligeramente como indicando algo que estuviera detrás suyo y fuera de nuestro alcance—... que he activado la pantalla del comunicador, de forma que afuera puedan ver lo que ocurre aquí dentro.

Los ojos de los tres nombres se alzaron para mirar a la pantalla de la *suite*, situada en algún sitio por encima de la cabeza de Ian. Entonces, se produjo un movimiento borroso causado por el cuerpo bronceado de Ian al lanzarse a través del aire y se escuchó el sonido de un golpe, antes de que la pantalla quedara en blanco de nuevo.

Una vez más perdimos la visión de lo que sucedía en el interior, allí de pie en el pasillo. Pel, que se había acercado hasta mí, se dirigió hacia la puerta.

—¡Quieto! —Restalló Charley.

La palabra emitida en tono agudo fue como una orden dada a algún animal doméstico. Pel se sobresaltó, pero se detuvo..., y en ese momento la puerta ante nosotros se desintegró con el rugido de una explosión en el cuarto.

—¡Vamos! —aullé, y me lancé a través de la puerta abierta.

Fue como arrojarse a una centrifugadora llena de remolineantes cuerpos. Me agaché para esquivar la forma voladora de uno de los hombres que había visto en la pantalla, pero su pierna golpeó contra mi cabeza, y trastabillé, medio atontado y desorientado, en dirección al corazón mismo del tumulto. Todo era una acción borrosa. Tuve una impresión confusa de explosiones y haces de fuego pasando a mí alrededor..., y, de alguna forma, en medio de todo ello, el enorme cuerpo bronceado de Ian moviéndose con la certeza y precisión mortal de una pantera. Todos aquéllos a los que tocaba caían; y todos los que caían permanecían tumbados.

Cuando pude recuperarme del golpe, el combate había terminado. Me apoyé con una mano contra una pared medio quemada y me di cuenta de que sólo Ian y yo misino nos hallábamos de pie en la habitación. Ninguno de los otros Dorsais me habían seguido dentro. En el suelo, los tres asesinos yacían inmóviles. Uno tenía el cuello roto. En el otro extremo del cuarto un segundo estaba claramente muerto; no obstante, no se veía ninguna señal del daño que había acabado con su vida. El hombre grande, el ex-luchador, tenía el lado derecho de su frente aplastado, como si lo hubieran golpeado con un mazo.

Levantando los ojos de los tres cuerpos, vi que ahora me hallaba solo en la habitación. Me volví hacia el corredor y únicamente encontré a Pel y a Charley. Ian y los demás Dorsais ya se habían marchado.

—¿Dónde está Ian? —le pregunté a Charley.

Mi voz sonó espesa, como la de un hombre un poco borracho.

—Déjele solo —repuso Charley—. Ahora no lo necesita. Ahí están los asesinos; y ya se les ha notificado su eliminación a los hombres alistados, que inmediatamente han abandonado su búsqueda en Blauvain. ¿Qué más hace falta?

Me compuse; y recordé que era un policía.

—He de saber con exactitud lo que ocurrió —señalé—. He de saber si fue en defensa propia o...

Las palabras murieron en mi boca. Acusar a un hombre desnudo de cualquier responsabilidad en la muerte de tres individuos fuertemente armados que habían amenazado su vida, tal como yo mismo acababa de oír por el anunciador, era ridículo.

—No —comentó Charley—. Este acto fue cometido durante un período de ley marcial decretado en Blauvain. Su oficina recibirá un informe de nuestro comando; en realidad, ni siquiera se trata de algo que forme parte de la competencia de su autoridad.

La tensión a la que había estado sometido recientemente pareció abandonarle entonces. Sonrió a medias y se convirtió en el amigable oficial que yo había conocido antes de la muerte de Kensie.

—La ley marcial se retirará pronto —me dijo—. Quizá quiera dirigirse a un teléfono y hacer que su propia gente venga a encargarse de los detalles.

Se hizo a un lado para dejarme pasar.

Un día después, los soldados profesionales de la Expedición Exótica mostraron su afecto por Kensie de una manera especial.

Su cuerpo había sido depositado ceremonialmente para un adiós público en la sala principal del edificio gubernamental de Blauvain. Con el comienzo del amanecer gris y durante todo el despejado día —el tipo de día duro y brillante que parece impacientarse con aquellos que no entierran a sus muertos y continúan sus quehaceres—, los mercenarios desfilaron ante el féretro que contenía a Kensie, visible en su totalidad con su uniforme de gala bajo la tapa transparente. Cada uno, a medida que pasaba por delante, tocaba el féretro levemente con los dedos, o le dirigía

unas palabras al muerto, o las dos cosas. Fueron más de diez mil hombres los que desfilaron uno tras otro ante él. Iban desarmados, vestidos con sus uniformes de campaña y la columna que formaban parecía interminable.

Sin embargo, aquello no fue el fin. Los civiles de Blauvain formaron a ambos lados de la calle que la hilera de tropas recorría hasta el emplazamiento en el que se encontraba el cuerpo de Kensie. Los civiles se habían congregado a pesar de una estricta orden policial que lo prohibió; mis hombres no consiguieron dispersarlos. La situación no podía ofrecerle una mejor oportunidad al Frente Azul para crear problemas. Por ejemplo, una granada calorífera lanzada hacia la fila de soldados desarmados que avanzaban con lentitud. Pero no ocurrió nada.

Cuando llegó y pasó el mediodía sin incidentes, yo estaba preparado para adivinar la causa. Se debía a que había algo en el estado de ánimo de la multitud civil que execraba al terrorismo aquí y ahora. Cualquier activista del Frente Azul que lo hubiera intentado, habría sido despedazado por los mismos civiles en cuyo nombre actuaban.

Algo de asombro y pena, casi de envidia, parecía agitar las almas de la gente de Blauvain; esos mismos conciudadanos míos que se habían refugiado en sus casas veinticuatro horas antes, con un miedo declarado a los hombres que ahora desfilaban ante ellos y avanzaban despacio hacia el edificio gubernamental. Una vez más, mientras permanecía en un balcón por encima del salón principal que albergaba al féretro, sentí esos vientos de vasto movimiento que percibiera durante un momento en la oficina de Ian, los vientos de esas fuerzas de las que me había hablado Padma. La gente de Blauvain hoy era diferente y dejaba ver esa diferencia. La muerte de Kensie les había cambiado.

Entonces sucedió algo más. A medida que desfilaban los últimos soldados, los civiles de Blauvain se colocaron detrás de ellos, alargando la fila. A inedia tarde, el último soldado había pasado y la primera figura con ropas civiles se aproximó al féretro, sin hablar y sin tocarlo, sólo deteniéndose para mirar el cuerpo con una inusual, casi tímida, curiosidad por el rostro en cuyo nombre tanto podría haber ocurrido.

Detrás de ese primer hombre, la fila de civiles ya era el doble de larga de lo que había sido la de los soldados.

Casi a medianoche, mucho después de que se hubiera planeado cerrar las puertas del salón, el último de los civiles pasó y el féretro pudo ser trasladado a una habitación del Cuartel General de la Expedición, desde donde sería enviado de regreso a Dorsai. En contadas ocasiones se trasladaba un cuerpo a su planeta de origen, incluso en los casos de mercenarios del más alto rango; pero nunca existió la menor duda de que eso era lo que ocurriría con el cuerpo de Kensie. Los hombres alistados y los oficiales de su comando contribuyeron a los fondos necesarios para el envío..., Ian, cuando llegara su hora, sin lugar a dudas sería enterrado en el mundo en el que cayera. Sólo si quería la casualidad que se encontrara en casa cuando sucediera

tal evento, su tierra sería la del planeta Dorsai. Sin embargo, Kensie había sido..., Kensie.

—¿Sabes lo que me han sugerido? —me preguntó Moro; mientras él, Pel y yo, junto con otros oficiales superiores de la Expedición, entre los que se encontraba Charley ap Morgan, permanecíamos contemplando cómo se llevaba el féretro de Kensie hacia la habitación del C. G. de la Expedición—. Hay una propuesta para que el gobierno de la ciudad erija una estatua de él, aquí en Blauvain. Una estatua de Kensie.

Ni Pel ni yo contestamos. Seguimos observando el emplazamiento del féretro. A pesar de su enorme apariencia, cuatro hombres lo cargaban con facilidad. El metal aparentemente grueso en los laterales, era en realidad hueco con el fin de reducir su peso para el viaje. Los soldados lo depositaron, sacaron la tapa transparente de cobertura y se la llevaron; el perfil de su rostro, visto desde donde nos hallábamos, estaba tranquilo e inmóvil en contraste con la tela de color rosa pálido del interior del féretro. Los oficiales superiores que se encontraban con nosotros y que no habían desfilado, comenzaron a dirigirse hacia el salón, uno por uno, para detenerse durante un segundo ante el féretro antes de salir de nuevo.

—Nunca hubo nadie como él en Santa María —señaló Pel después de un largo rato. Parecía un hombre distinto desde que Padma hablara con él—. Un líder. Alguien a quien amar y seguir. Ahora que nuestra gente ha visto que existe algo así, querrán lo mismo para ellos.

Alzó la vista hacia Charley ap Morgan, que salía del salón en ese momento.

—Ustedes los Dorsais nos han cambiado —comentó Pel.

—¿De verdad? —inquirió Charley deteniéndose—. ¿Qué siente con respecto a Ian ahora, Pel?

—¿Ian? —Frunció el ceño—. Hablamos de Kensie. Ian es..., lo que siempre ha sido.

—Lo que ustedes nunca comprendieron —dijo Charley y nos miró a todos.

—Ian es un buen hombre —repuso Pel—. No cuestiono eso. Pero jamás habrá otro Kensie.

—Jamás habrá otro Ian —dijo Charley—. Él y Kensie conformaban una única persona. Eso es lo que ustedes nunca comprendieron. Ahora, la mitad de Ian ha desaparecido: está en la tumba.

Pel sacudió la cabeza despacio.

—Lo siento —comentó—. No lo puedo creer. No puedo creer que Ian necesitara alguna vez a alguien..., ni siquiera a Kensie. Nunca arriesgó nada, ¿cómo podría perder algo? Después de la muerte de Kensie, no hizo nada, salvo permanecer sentado a la vez que insistía en que no podía arriesgar la reputación de Kensie haciendo algo..., hasta que los acontecimientos le obligaron. Ésa no es la actitud de alguien que ha perdido la mejor mitad de sí mismo.

—Yo no he dicho la mejor mitad —corrigió Charley—. Sólo dije la mitad..., y la

mitad es suficiente. Deténgase e intente imaginar durante un momento lo que se sentiría. Deténgase durante un segundo e imagine qué ocurriría si a usted le amputaran por la cintura..., si la vida que estaba más próxima a usted le fuera arrebatada, asesinada en la calle por un puñado de dementes revolucionarios engañados por un mundo al que usted vino a rescatar. Suponga eso para usted, ¿cómo se sentiría?

Pel pareció palidecer a medida que Charley hablaba. Cuando respondió, su voz transmitió sólo un ligero eco de la diferencia y juventud que adquiriera desde que Padma habló con él.

—Creo... —comenzó despacio, pero se quedó en silencio.

—¿Sí? —insistió Charley—. Ahora empieza a entender, a sentir del modo que Ian siente. Suponga que se siente así y que justo en las afueras de la ciudad, donde se esconden los asesinos de su hermano, hay seis batallones de soldados veteranos que pueden convertir esa misma ciudad, lo que más desean, en otro Rochmont con una sola palabra de usted. Dígame, ¿es fácil, o es difícil, no pronunciar esa palabra que liberaría los sentimientos de todos?

—Sería... —Las palabras parecían arrastrarse fuera de Pel—... difícil...

—Sí —acordó de modo sombrío Charley—, tal como lo fue para Ian.

—¿Entonces por qué lo hizo? —exigió Pel.

—Él mismo le respondió —contestó Charley—. Lo hizo para proteger la reputación militar de su hermano, de manera que ni siquiera después de su muerte el nombre de Kensie Graeme sirviera como excusa para nada que no fuera una conducta militar absolutamente elevada.

—Pero Kensie estaba muerto. ¡No podía dañar su reputación!

—Sus tropas sí —expuso Charley—. Sus tropas querían que alguien pagara por la muerte de Kensie. Deseaban construir un monumento para él, que recordara su sufrimiento, un monumento que perdurara del modo en que Rochmont perduró para Jacques Chrétien. Sólo había una forma de satisfacerles, y ésta era viable si Ian actuaba por todos ellos —como su agente— en la captura de los asesinos. Ya que nadie podía negar que el hermano de Kensie tenía el indiscutible derecho de representar a aquellos que perdieron parte de sí mismos con su muerte.

—Habla del hecho de que Ian matara personalmente a los asesinos —dijo Moro—. Pero no había ningún modo de que él supiera que alguna vez se enfrentaría cara a cara con...

Se frenó, detenido por la delgada y breve sonrisa que apareció en el rostro de Charley.

—Ian era nuestro Operador de Batalla, nuestro estratega —señaló Charley—. Así como Kensie era el Comandante de Campo, nuestro experto en táctica. ¿Cree que un estratega de la capacidad de Ian no podría elaborar un plan que le situara cara a cara, solo, con los asesinos una vez que éstos fueran localizados?

—¿Y si no se los encontraba? —pregunté—. ¿Qué habría sucedido si yo no

descubro la conexión de Pel y éste no nos dice su paradero?

Charley sacudió la cabeza.

—No lo sé —comentó—. De algún modo Ian supo que así se desarrollarían los acontecimientos..., de lo contrario lo hubiera planteado de forma diferente. Por alguna razón él contaba con su ayuda, Tom.

—¡Yo! —exclamé—. ¿Qué le hace decir eso?

—Él personalmente me lo comunicó —Charley me miró de modo extraño—. ¿Sabe?, mucha gente pensaba que porque ellos no entendían a Ian, éste no les comprendía a ellos. En realidad, comprende a la gente sorprendentemente bien. Creo que vio algo en usted, Tom, en lo que podía confiar. Y tuvo razón, ¿verdad?

Una vez más, los vientos que había sentido, los de las fuerzas de las que habló Padma, soplaron en mi interior, dejándome helado, iluminándome. Ian sintió esos mismos vientos igual que yo..., y los comprendió mejor. Ahora veía la inevitabilidad del asunto. Sólo tiró una vez de las muchas cuerdas enredadas que componían el tejido de los acontecimientos que se produjeron aquí; y ese tirón, a través mío, fue hacia Ian.

—Cuando él se dirigió a esa habitación donde estaban ocultos los asesinos — explicó Charley—, su intención era entrar solo y desarmado. Al matarlos con sus manos desnudas, realizó lo que todo hombre de la fuerza Expedicionaria deseaba hacer. De modo que al concluir, la ira de las tropas había sido canalizada. A través de Ian, todos obtuvieron su venganza; y entonces quedaron libres. Libres para lamentar a Kensie como han hecho hoy. De modo que Blauvain se salvó; la reputación de los Dorsai también escapó a la posibilidad de quedar manchada, y el estado de las relaciones entre los mundos habitados no se vio alterado por el incidente de Santa María, que podía haberlos enemistado profundamente, como el caso de los Exóticos y los Dorsai, y la propia Santa María, cuyo destino es, sin embargo, ser amigos.

Dejó de hablar. Había sido una charla demasiado extensa para Charley; y ninguno de nosotros podía pensar en realizar ningún comentario. El último de los oficiales superiores, todos excepto Ian, ya había pasado delante nuestro, y el féretro se hallaba solo. Entonces Pel añadió:

—Lo siento —dijo, y parecía lamentarlo—. Pero aunque todo lo que diga sea verdad, lo único que prueba es lo que siempre he señalado de Ian. Kensie poseía el sentimiento de dos hombres, pero Ian ninguno. Es sólo puro hielo y agua sin nada de sangre en su interior. No podría sangrar aunque quisiera. Explíqueme sino cómo un hombre roto emocionalmente por la muerte de su hermano gemelo, podría permanecer sentado y manipular una situación con tanta sangre fría y eficiencia.

—La gente no siempre sangra en el exterior, donde usted pueda verlo... — Charley se interrumpió y giró la cabeza.

Miramos en la misma dirección que él, corredor abajo y detrás nuestro, y vimos que Ian se aproximaba, alto y solo. Llegó hasta nosotros, hizo un breve gesto con la cabeza y nos pasó en dirección a la habitación. Le vimos caminar hasta un costado

del féretro.

No le habló a Kensie, tampoco tocó con suavidad el féretro como habían hecho los soldados en el salón. En vez de eso, depositó sus grandes manos, esas mismas manos que habían matado a tres hombres armados, casi de forma casual, en el borde de la caja, y miró hacia abajo, a la cara de su hermano muerto.

Rostro gemelo mirando a rostro gemelo, el vivo y el muerto. Bajo las luces del cuarto, con la inmóvil figura imponente de Ian, era como si los dos vivieran, o como si ambos estuvieran muertos..., tan poca diferencia se percibía entre ellos. La diferencia estribaba sólo en que los ojos de Kensie estaban cerrados y los de Ian abiertos; Kensie dormía mientras Ian vigilaba. Y la unión de los dos fue tan sólida y evidente en esa habitación, que hizo me vi forzado a retener el aliento.

Aproximadamente, durante un minuto o dos, Ian permaneció inmóvil. Luego alzó la vista, se separó del féretro y se volvió. Se acercó caminando hacia nosotros, con las manos a los costados y los dedos curvados en las palmas.

—Caballeros —saludó con un gesto de la cabeza cuando pasó a nuestro lado, y siguió corredor abajo hasta que un giro hizo que lo perdiéramos de vista.

Charley nos dejó y entró despacio en la habitación. Permaneció allí un momento y luego se volvió y nos llamó.

—Pel —dijo—, venga aquí.

Pel fue; y nosotros detrás de él.

—Se lo comenté —le recordó Charley a Pel—, alguna gente no sangra en el exterior, donde usted pueda verlo.

Se apartó del féretro y nosotros lo miramos. En sus bordes se apreciaban dos marcas en el lugar donde las manos de Ian lo habían agarrado mientras contemplaba a su hermano muerto. No existía forma de equivocarse el sitio, ya que en los dos, el metal hueco había sido doblado sobre sí mismo y aplastado con la fuerza de una presión que resultaba difícil de imaginar. Debajo de las zonas hundidas, la tela que recubría el interior del féretro también estaba arrugada y desgarrada; y donde cada yema había presionado, la tela aparecía rota y marcada con una oscura mancha de sangre.

Epílogo

—... De modo que —comentó la tercera Amanda por fin— ya ves cómo ocurrió todo en realidad.

Hal Mayne asintió. De repente, alzó la cabeza para ver que ella le contemplaba penetrantemente.

—Tal vez —preguntó—, ¿ves algo más que yo en esta historia?

—Tal vez —repuso. La soledad y la necesidad de explicarse le inundaron sin advertencia previa, como una pesada ola—. Has de comprender que soy un poeta. Yo..., manejo cosas que no entiendo de forma constante. Casi soy como alguien que permaneciera en total oscuridad, tanteando las cosas, sintiéndolas, pero incapacitado para ver las formas que le puedo describir a otra gente. Ella respiró despacio.

—Así que —dijo— desde el principio había algo más que tu simple interés en los ap Morgan y los Graeme.

—Sí... ¡no! —exclamó casi de manera explosiva—. Todavía no lo comprendes. No puedo probar nada, pero siento... que hay conexiones.

Sus manos se movieron, se estiraron casi por voluntad propia para coger el aire vacío delante de él.

—Conexiones —prosiguió— entre el pasado y el presente. Entre Cletus y Donal y muchos otros, aparentemente no relacionados entre sí. Conexiones entre tú y las otras dos Amandas, y entre los ap Morgan y los Graeme..., y entre todo esto y el movimiento de cruce de las Culturas Divididas: la Nueva Especie, como se llaman a sí mismos ahora... y todo ello a su vez con el resto de la especie humana en todos los mundos. Voy dando tumbos en la oscuridad, pero estoy llegando... ¡Siento que estoy llegando!

Ella se había relajado. Todavía le observaba, pero ya no deforma acusadora.

—Ésa es la razón por la que tienes que regresar ahora a la Tierra y a la Enciclopedia, final —afirmó.

—Sí —la miró como poseído—. Tuve que marcharme para salvar la vida. Pero ahora he de regresar. Todo lo que me ocurrió en Coby, en Armonía, incluso lo que me sucedió aquí, señala continuamente haría la Tierra.

Alargó el brazo para tomar su mano. Ella se lo permitió, pero sin devolver la presión de sus dedos.

—Amanda —pidió con urgencia—. Vuelve conmigo, y no sólo porque desee que estés a mi lado. Lo que quiero decir es que allí es donde finalmente todo se unirá. Es donde todo acaba..., o comienza. Deberías estar presente..., al igual que yo. Amanda, ven conmigo.

Ella permaneció inmóvil durante un momento; luego, sus ojos fueron más allá de él. Con gentileza, retiró su mano.

—Si estás en lo cierto, entonces iré —repuso—. Pero no ahora, Hal. No ahora. Lo

haré en mi propio momento.



Gordon Rupert Dickson nace en Edmonton, Alberta (Canadá) el 1 de noviembre de 1923 y a la edad de 13 años se muda a Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial sirve tres años en el ejército, a la vuelta de los cuales retoma sus estudios en la Universidad de Minnesota y comienza a escribir. Fue director de la SFWA desde 1969 a 1971. Muere el 31 de enero de 2001. Poco antes de su muerte había sido incluido en el Salón de la Fama de la ciencia ficción.

Escribió numerosas historias que fueron publicadas en diferentes revistas y por las que ganó tres veces el premio Hugo.

Su principal aportación fue el ciclo childe o ciclo de dorsai, iniciado con *El general genético* (1960) (reeditada en 1976 como *Dorsai!*) y que trata sobre la carrera militar de un joven soldado en una civilización alienígena y que se extiende a lo largo de sus principales obras hasta su novela póstuma, *Antagonist*.

Colaboró con autores como Poul Anderson, Keith Laumer y Harry Harrison.